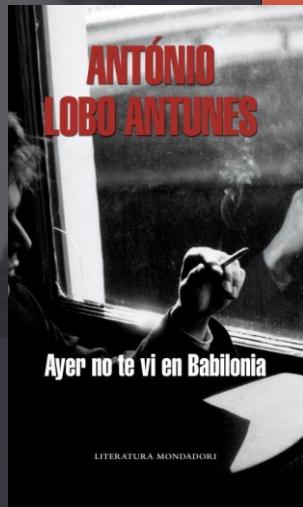




Visita al territorio de António Lobo Antunes



La Escalera

Lugar de lecturas

AYER NO TE VI EN BABILONIA

António Lobo Antunes

MEDIANOCHE

1

Llegaba siempre antes de que sonase la campanilla cuando iba a buscar a mi hija y salvo la madrina de la alumna ciega susurrando cumplidos en tono de disculpa sin que yo la entendiese

(de tan exagerada en su infelicidad daban ganas de gritar — Apártese de mí, no me moleste)

no había nadie en el portón, así que el patio de recreo estaba vacío a no ser por un árbol cuyo nombre nunca supe con las hojas demasiado pequeñas para el tronco y tal vez compuesto de varios árboles diferentes

(las manos de mi padre minúsculas al final de unos brazos enormes, tal vez compuesto de varios hombres diferentes)

el tobogán al que le faltaban tablas con el letrero No Usar y la puerta y las ventanas atrancadas, debido a la impresión de que no había nadie ahí dentro comprendí a la madrina de la alumna ciega, le dije sin palabras

—Usted no exagera, perdone

y como dejé de tener una hija cesé de respirar, no solo la puerta y las ventanas atrancadas, salas desiertas, polvo, el edificio del colegio al final abandonado y viejo, la madrina de la alumna ciega se acercó acarreando olores antiguos y en eso qué alivio la campanilla

(—Sensiblería mía, sí que exagera) sacudiendo las hojas del árbol (o los brazos de mi padre)

los dedos dejaron de atormentar la cremallera del bolso y el corazón se encogió en las costillas, los pulmones gracias a Dios respiran, estoy aquí, cuántas veces al despertarme me sorprendía de que los muebles fuesen los mismos de la víspera y los recibía con desconfianza, no creía en ellos, por haber dormido era otra y no obstante los muebles me imponían los recuerdos de un cuerpo al que no quería volver, qué desilusión esta mesa camilla, esta silla, yo, susurrarle a la madrina de la alumna ciega lo que me susurraba a mí, pedir disculpas sin que me hagan caso y la puerta y las ventanas abiertas, la profesora en las escaleras, los primeros niños, padres

(no mi padre)

en el portón conmigo, no mi padre a quien no le sobraba tiempo — No te muevas que me pones de los nervios

conversando con el secretario o hablando por teléfono en el escritorio del periódico lleno de cartas, fotos, ganaría mucho dinero, padre

(no lo creo)

no finja que no entiende lo que le digo

—Me pones nervioso tú

murió hace la tira de años, ya es más de medianoche (—Tardísimo, hija)

y no finja que no entiende lo que le digo, medianoche en esta casita del Pragal,
dentro de poco sonidos húmedos de foca en el primer piso y la señora

—Me pones nerviosa tú

era a mi padre a quien yo ponía nervioso a pesar de estar callada (—Aún estás
ahí, qué manía)

la señora mi nombre

—Ana Emilia

golpeando el colchón y los brotes del grosellero a lo largo del muro, la campanilla
del colegio aceleraba el tiempo, las hojas del árbol salpicando sílabas muy deprisa

—Ana Emilia

en la puerta la alumna ciega, mi hija, las mellizas y la pelirroja gorda a la que
había que empujar en gimnasia, la mujer de la limpieza desatrancaba las ventanas y ni
salas desiertas ni polvo, ningún difunto bien estirado con corbata blanca
observándome, solamente mapas, pupitres, restos de números con tiza, la frente de mi
padre, la sábana de una cama sin hacer

—Vienes a pedirme dinero para tu madre, ¿no?

hurgaba en el bolsillo y se oían las llaves, desistía, el periódico dos o tres
cuartuchos oscuros

(una botella en un rincón y entonces sí, creo que difuntos con corbata blanca)

esto en una travesía cerca de un convento, mujeres con el pelo teñido vestidas de
domingo en sus islas de perfume español, mi hija encajaba la cabeza en mi barriga, la
hacía girar una o dos veces sujetándole los hombros con miedo a que se soltase de mí
y se lastimase en una arista, medianoche en el Pragal

(mi madre antes de fallecer

—No te necesito

incapaz de cerrar la boca, las rodillas trémulas)

en Australia y en Japón por la mañana y todas las madres vivas, los trastos
adonde la lámpara no llegaba invisibles o sea manchas más densas, adivinaba el
armario en el que durante la lluvia tintineaba la vajilla, si la alumna ciega estuviese
conmigo habría de alarmarse midiendo el aire con las orejas

—¿Qué ha sido?

y pasado un instante la señora —Ana Emilia

preguntando la hora, cómo se inquietan los enfermos con la hora, cómo los
intriga, qué extraño

—¿Qué hora es?

esto segundo tras segundo, dudan, insisten — ¿Seguro?

qué rayos significa la hora para ellos, seguirá existiendo el colegio, el árbol cuyo
nombre nunca supe y la madrina vigilando la campanilla con sus susurros de disculpa

—Sigo a su lado, fíjese

subiendo del Pragal a Almada comenzaba a entreverse el Tajo en los espacios
entre los edificios, estos comercios de pobres, estas personas, si encontrase a mi

madre en la calle seguro que se me cruzaría por delante

—¿Tu padre te ha dado al menos el dinero?

nunca he visto a una persona cortar con tal furia de dientes lo que restaba de coser un botón y ahí estaba Ana Emilia pensando en esto al entregarle el comprimido a la señora que se deslizaba hacia el interior del sueño insistiendo

—Gardénia (¿una prima, ella misma?)

el comprimido le imponía una zona más profunda en la que un caballero de edad señalaba el globo terráqueo con la uña sucia — El mundo es grande, niña

y regresaba al ataúd para extenderse en él, el grosellero iluminaba el muro y se anulaba enseguida, al iluminar el muro un ladrillo asomaba del revoque y se adivinaba el postigo del almacén en el que había una olla eléctrica averiada y cebollas germinadas, mi hija de vuelta a casa conmigo, dos pasos míos, tres pasos de ella, un perro husmeando recuerdos y mi hija tirándome de la falda

—El animal nos va a morder, madre

hasta que los recuerdos

(de una escudilla con carne, de su ama silbándole, del cesto donde acurrucarse) condujese al perro en dirección al parque donde tal vez la escudilla o el ama (—Me pones nerviosa tú)

lo animasen mientras que en mi caso, cuando llego del Pragal a Lisboa con el muro del grosellero diluyéndose en mí, ninguna uña sucia señalándome nada, el globo terráqueo desviado de su eje y el mundo, pensándolo bien, no gran cosa, exiguo,

paredes y paredes, el biombo que me ocultaba la habitación, el mundo una esfera encogida desvaneciendo los colores de la cortina, de la pantalla, de los cojines del sofá y la muñeca de mi hija en la mesilla, encajé mi cabeza en su barriga e intenté una vuelta con miedo a que se soltase de mí y se lastimase, los difuntos muy estirados con corbata blanca

—Cuidado

y es posible que lloviese porque un tintinear de vajilla que el armario cerrado atenuaba, mi marido impidiéndome girar agarrada a la muñeca

—¿Te imaginas lo que van a pensar de nosotros?

las flores del grosellero en mi pelo y en el cuello ocultándome a la alumna ciega, las mellizas y la pelirroja gorda que no atinaba con los escalones, yo apartando a mi marido

—Me pones nerviosa tú

con el manzano del patio en la cabeza, manzanitas insignificantes, verdes, y el banco caído, me acuerdo de los escarabajos junto al pozo a pesar de haberlo tapado con una chapa, al recordar los escarabajos sonidos húmedos de foca y la señora

—Ana Emilia

la rebequita con los botones cambiados, una especie de sonrisa justificándose

— No le diría que no a una infusión

de hierbaluisa, de tila, de las hierbas que rodeaban el manzano y no cortábamos nunca, le apetece una infusión de las hierbas junto a las cuales se ahorcó mi hija a los quince años, señora, le apetece asustarse con la muñeca en el suelo, la cara contra ninguna barriga que no dejaba de girar, un momento no a medianoche como hoy

(no sé cómo no me da vergüenza decir esto)

más temprano, encontré a mi marido probándose una falda mía y mis pendientes, igualito a las mujeres vestidas de domingo en la travesía, mi padre desde el escritorio

—Aún estás ahí, qué manía

conversando con el secretario o tapando el micrófono, un periódico de anuncios de bodas que los clientes mandaban por correo y mi padre leyéndole las cartas al secretario

—Qué tontos

mi madre en la parada del autobús cien metros más abajo que parecía tan acabada al acudir hacia mí mezclando sílabas por el cansancio

—¿Te ha dado al menos el dinero? mientras yo pensaba

Ninguno de los dos comprende quién soy, me desconocen

si el automóvil del hombre que prometió visitarme rodease la plazoleta hasta le agradecería las mentiras, mi marido me vio en el espejo y se quitó uno de los pendientes convencido de que se había quitado todo, la falda, el blusón, el collar, los frutos del manzano ya no verdes, grandes, un primo nuestro desató la cuerda que mi hija había robado del tendedero y su indignación gritaba, ayudé a la señora con la taza y en el segundo intento de tragarse un suspiro

—No puedo más

con el mismo susurro de disculpas que la madrina de la alumna ciega devolviéndome el portón del colegio y las ventanas atrancadas, yo aún creyendo frente al patio de recreo vacío y seguro que no hay colegio hoy día, una oficina, despachos, el árbol y el tobogán un basurero donde se dejan desperdicios y la mitad de una persiana golpeando, golpeando, a final de mes en la sala, si es que aquello puede llamarse sala

(un Buda en una réplica de altar)

la sobrina de la señora hacía las cuentas en el acto, mi madre aunque fallecida me robaba el sobre y comprobando su espesor — ¿Te ha dado al menos el dinero?

lo guardaba bajo llave y la llave desaparecía en el delantal maldiciendo a mi padre mientras interrogaba sombras — Explíquenme cómo pude confiar en ese imbécil

la familia la seguía desde los marcos y su imagen de joven ya amarga, ya seria, nunca la visito en el cementerio así como nunca visito a mi hija, un lugar hirviente de huesos que buscan expresarse, la campanilla de la capilla más grave que la del colegio, nombres que apenas se descifran y no pertenecen a nadie, la ilusión de que un día de estos haya una niña en el portón y nosotras brincando contentas, mi marido me extendió el pendiente en la palma, además de la muñeca el acuario sin peces ni

agua con un alicate en el interior ya no en la entrada ni en la habitación, en la despensa, lo siento brillar en medio de las conservas y tal vez la sorpresa de un pez, el ojo fijo que me estudia, la cola que sacude y que es de él, en la época de mi hija plantas artificiales y un frasquito de comida que sabía a tiza, mi hija

—Sabe a tiza

la cantidad de episodios que me gustaría exponer — Aguantadme este rollo un ratito, tomad

intimidades que hasta hoy he ocultado, pedirle al hombre que prometió visitarme y no me visita

—Escucha

sentarme frente a él demasiado llena de palabras, comenzar barajándolo todo, cambiando frases, equivocándose y él casi conmovido, feliz, inventar que mi padre conmigo en brazos, el periódico importante en una calle importante, no una travesía de tendejones y mujeres vestidas de domingo en sus islas de perfume español, mi

padre con un traje como es debido en vez de la chaqueta cortísima, secretarios que lo respetaban, no uno, varios, una uña sucia

(no suya)

señalando el globo terráqueo —El mundo es grande, niña

con la convicción de que yo podría imaginar regiones infinitas en un pedazo de lata abollada en el Pacífico y la poblaría a mi gusto, negros con flechas, naufragios, conseguir un marido, una hija y un patio con un manzano, qué tonta, como si una rama de manzano aguantase sin romperse a una chica de quince años, un grosellero a lo largo del muro en el Pragal y una señora inválida en el primer piso, la cantidad de episodios que a pesar de todo me enternece y me gustaría que alguien, prestándome atención, conociese, la noche y los pavores que trae consigo el silencio menos difícil para mí, de pequeña viví cerca del cementerio y vi las fosforescencias que se alzaban de las lápidas, supongo que los difuntos entreverados con guijarros y raíces deseosos de resucitar, los que no llegué a conocer inspeccionando la casa y preguntándome acerca de la utilidad de los objetos, la cantidad de episodios que me gustaría contarle a alguien, que me tuviesen un poquito de consideración, de simpatía y en el fondo de mí una campanilla de colegio que no para, no para, sin que persona alguna la toque salvo el viento, me acerco y el badajo solo, mi abuela enterrando las crías de la gata que chillaban entre gemidos amontonándose, arrastrándose, protestando, comenzaba por coger a la gata en la despensa

(y el bicho furioso contra la puerta) después juntaba a las crías en una cesta (todo esto callada)

suspendiéndolas del pescuezo, del rabo, de una pata, cavaba el hoyo y vaciaba la cesta mientras la desesperación de la gata derribaba frascos, mi madre

(—¿Te ha dado el dinero al menos?)

se embozaba tras el delantal con sus cejas de muchacha angustiada — No me habitúo a esto

en una agitación de lágrimas sin lágrimas, mi abuelo a mi madre buscando cualquier cosa en los bolsillos sin encontrar nada o descubriendo una moneda, observándola un instante y arrojándola por la ventana él que no tiraba ni un clavo torcido

—No se puede contradecir a tu madre, disculpa
mi madre

—Padre

y mi abuelo apartándose de nosotras con la nuez de Adán para abajo y para arriba mientras mi abuela cubría a las crías, alisaba la tierra con las botas y cesaban los gemidos, la gata por fin resignada en la despensa, esperando, horas según el reloj de la consola, cuatro o cinco, con el mecanismo que las obligaba a precipitarse que bien se advertía el esfuerzo de los muelles guiándolas hasta el bordecito y dejándolas caer, al caer la última mi abuela frotaba las suelas en el felpudo mirándonos desafiante o algo así

(y acaso buscando monedas en los bolsillos por detrás del desafío)

mientras que la gata husmeaba la tierra alisada, desaparecía entre las alubias y regresaba dos días después aflojándosele de disgusto las piernas, si hubiese heredado el reloj que vendieron con los trastos al vender la casa confirmaría que era medianoche, un reloj con un medallón de porcelana que representaba un coche, dos caballos

(uno castaño y otro pardusco, o sea uno castaño y uno blanco que la vida oscureció)

y un individuo con fusta teniendo las riendas, en el interior pesas y volantes que fabricaban las horas, redondeándolas, llevando hacia arriba esas gotas de sonido, quién habrá comprado la granja, quién sufrirá como antes yo los gemidos de las crías amontonándose, arrastrándose, protestando, quién se interroga inclinando la oreja

—¿Qué es esto?

la gata se quedó inspeccionando el hoyo agachada entre las dalias, hablar también de la gata antes de que el invierno comience y con él chopos negros, los racimos del grosellero en el suelo, sonidos húmedos de foca en el primer piso y la señora que perdió mi nombre tanteando ruinas del pasado, un grupo de parientes interrumpiendo la partida de cartas

—Gardénia

y un barquito a remos que se detenía entre junquillos y barro, intentó sujetarlo y se le escapó, lo llamó y no obedeció, se dio cuenta de que el barquito no estaba vacío, una niña de vestido lila sonriéndole

—No nos veremos nunca más

y era ella misma diciéndose adiós, compases de música y un cura trinchando un pollo en la cabecera de la mesa, la señora dirigiéndose a la niña que había dejado de sonreírle, ocupada en ponerse flores en el sombrero

—Usted

mientras la hija me extendía el sueldo —Ya ni los nombres distingue
así como no distingue el tintinear de la vajilla en el armario y las mil
crepitaciones de los barrotes, los insectos que a pesar del espliego
(siento su aroma a la distancia, bolsitas de espliego con lazos)

le roen las fundas y los manteles del arcón, las pilas de revistas (*La Femme Idéale, Maravilhas de Renda*^[1],)

la rinconera con relieves labrados y el hombre que prometió visitarme en Évora
con la mujer que sabía de boca de él confidencias que me pertenecen, son mías,
secretos que me commueven y hasta hoy he callado, misterios probablemente
idénticos a los de todo el mundo, naderías de pacotilla, falsedades, mi hija a los
quince años

(creo haber dicho quince años)

cogiendo la muñeca a la que no le hacía caso desde hacía siglos puesto que las
pasiones se asoman y se pasan

—Llámeme cuando esté lista la cena que voy un momento al patio

de modo que ni siquiera la miré pensando en el mar de Póvoa de Varzim que
tantas veces me vuelve a la memoria, el mar, la playa y el olor de las olas, la niebla de
la mañana que casi me impide ver a mi abuela enterrando a las crías y la creciente
que les ahoga el terror, siempre que un tema me preocupa ahí están el viento y la
espuma salvándome, el viento en las rendijas de las ventanas y a pesar de que mi
madre se irritaba por la arena en el suelo gracias, viento, no te imaginas lo que te
debo, nuestra casa no en Póvoa de Varzim, sino en el interior adonde no llegaban los
gritos de las traineras a no ser en abril siempre que todo estuviera en silencio, la
bomba del pozo, los luganos en el pomar, mi abuelo desplegaba redes para los pájaros
y, aunque estrangulados, yo insistía en liberarlos, batía palmas frente a las alas
muertas

—Desapareced
impacientándome

—Fuera de mi vista ya

y buscando cualquier cosa en los bolsillos sin buscar nada, no observando la
moneda ni arrojándola porque no tenía ni un clavo torcido de muestra, si acaso había
un caramelo se lo daba a los luganos

—Si me prometéis que os vais os lo regalo

había momentos de mar muy sereno en agosto con una paz de nubes encima,
basta el mar en agosto y el recuerdo del Casino y me emociono enseguida, las
lágrimas que lloraría si estuviese allí, amigos, ganas de besar las piedras al
reencontrarlas, sentir las en la palma, acercármelas a la mejilla, llamé a mi hija en
Lisboa mientras las olas iban y venían en Póvoa, probablemente una única ola
repetida sin cesar, mi marido en el espejo con el pendiente suspendido, la papada
floja del ganado con el hocico inerte pero los miembros rígidos, después de clavarles

un rejón en la nuca helos ahí desplomándose de lado, la señora rozó al cura que trinchaba el pollo en la cabecera de la mesa pronunciando mi nombre

—Ana Emilia

mariposas en el verano fuese en Póvoa de Varzim fuese en el Entroncamento donde también viví

(si tengo oportunidad escribiré acerca de los trenes, ocho años de mi vida bajo el signo de los trenes, soy de la época de las locomotoras a carbón, voces de almas del Purgatorio sufriendo en la caldera que imploraban socorro) fuese en Póvoa de Varzim fuese en el Entroncamento fuese aquí en Lisboa mariposas, una azul y dos blancas cuando llamé a mi hija para cenar

(¿seguirán existiendo redes y luganos?)

o dos azules y una blanca o tres azules o tres blancas qué más da, lo importante es que eran mariposas, por ventura más de tres, media docena, una docena, cuarenta, sesenta, centenares de mariposas en torno del manzano, listo, si alguien

(aquel a quien me gustaría decirle unas cuantas cosas, intimidades que escondí por pudor)

si el hombre que prometió visitarme con la mujer en Évora prestándole una atención que debía ser mía, es mía, me pertenece, quisiera sonsacarme algunas que lo haga

(puede ser que en provincias redes y luganos y un viejo disimulándolas entre los juncos)

por consiguiente la mariposa azul y las dos blancas, los arriates que me olvidé de limpiar, mi hija

ya estamos de nuevo con mi hija, antes de mi hija y por última vez repito que el mar de Póvoa de Varzim tan sereno en agosto con una paz de nubes encima y por hablar de mi hija una paz de nubes encima también, alargadas o redondas

(una redonda en el horizonte)

basta el mar en agosto y el recuerdo del Casino para enterñecerme, las lágrimas que lloraría ya no de tristeza, de contento, si estuviese allí, amigos, pensé en mi hija entretenida por ejemplo con las crías de la gata bajo la tierra amontonándose, arrastrándose, protestando y ella tapándose los oídos así como tengo ganas de tapármelos yo al recordar la campanilla o el murmullo del árbol compuesto de varios árboles diferentes, con hojas demasiado pequeñas para el tronco

(las manos de mi padre en el extremo de los brazos enormes, gestitos impulsados por la brisa de las seis

—Me pones nervioso tú)

mi hija mientras las olas iban y venían, seguro que una sola ola repetida sin cesar, densa, grande, la arena casi brillante (brillante, la arena brillante)

y sin huellas de pies al retirarse, una franja de alquitrán a la vez, sonidos húmedos de foca en el primer piso — Ana Emilia

una rebequita de punto con los botones cambiados — No le diría que no a una tisana

y una especie de sonrisa disculpándose, tisana de hierbaluisa, de tila, de las hierbas que rodeaban el manzano y no cortábamos nunca, quiere una tisana de las hierbas junto a las cuales mi hija se mató a los quince años, señora, al bajar los escalones la muñeca en el suelo, el banco, al principio no vi la cuerda ni me pasó por la cabeza que una cuerda, para qué una cuerda, vi la mariposa, la muñeca en el suelo y el banco, la muñeca además no acostada, sentada, con los brazos abiertos y el pelo sujetado con la cinta y vestida con el vestidito que le hice, la muñeca a quien yo

—Desaparece

capaz de regalarle un caramelito para que desapareciese en el acto antes de que mi abuelo cogiese la cacerola y la manteca, victorioso en el umbral

—Un guisado de pajaritos fritos como es debido

vi las mariposas, centenares de mariposas y no solamente blancas y azules, de varios colores, centenares de alas contra el manzano, no olas, alas, no piedras que me apetecería besar al reencontrarlas, sentir las en la palma, acercármelas a la mejilla, alas, mientras avanzaba alas, mientras llamaba a mi hija alas, no una cuerda gruesa, aparte que no teníamos cuerdas, teníamos guitarras y cintas de paquetes en el cajón de la tintura de yodo, de las tenazas y de las llaves de muebles que ya no teníamos en una cajita de aluminio porque nunca se sabe, la cajita proclamaba Betún Parisiense con un botín reluciente en la tapa, podía seguir horas sin fin describiendo la cajita con el propósito de tardar en decir lo que es inevitable que diga y mi boca se niega, mi cabeza se niega, toda yo me niego, un resto de pasta negra se adhería a la lata

—Me pones nerviosa tú

jirones de raciocinios, basura de días, una quejumbre desilusionada — Gardénia zonas sumergidas con domingos, un caballero de edad señalando el globo terráqueo

(medianochе)

con la uña sucia. El mundo es grande, niña (he dicho medianochе)

el grosellero iluminado en el muro y apagándose enseguida, en el grosellero no una cuerda, la cuerda del tendedero que no se entiende cómo no se cortó con el impulso porque mi hija apartó el banco con los pies, uno de los pies por lo menos, debe de haber comenzado colocando la muñeca en el suelo

—Quiero mostrarte una cosa, fíjate

amarrando la cuerda en la rama, voy a volver a Póvoa de Varzim, a las mariposas, a la alumna ciega que estudiaba el aire sin entender y sacudía a mi madrina

—¿Qué ha sido?

y lo que ha sido, querida, es que la puerta y las ventanas están cerradas, salas desiertas, polvo, el edificio del colegio al final abandonado y viejo, lo que fue, querida, es una mariposa blanca y dos azules o una mariposa azul y dos blancas qué más da, qué me importaban las mariposas entonces, qué me importaban ahora, si al

menos fuese el mar de Póvoa, el Casino, ha sido que la muñeca parecía divertida, yo mientras comprendía con miedo a la red de los luganos

—Me ponéis nerviosa vosotros

y a los arriates que me olvidé de arreglar, yo buscando cualquier cosa en los bolsillos sin buscar nada, la nuez de Adán para abajo y para arriba en el momento en que una uña sucia

—El mundo es grande, niña

señalaba a mi hija que giraba abrazada a mi cintura y una vuelta, dos vueltas con miedo a que se soltase, no tuviese fuerzas para seguir danzando y la lastimase una arista, centenares de alas entre el manzano y yo, no olas, alas, miedo a que una de las piernas diese en la muñeca, en el banco, el pendiente reduciéndose en la mano de mi marido, la imagen del espejo alejándose, si el hombre que prometió venir y no vino me ayudase

—Ayúdame

me pudiese ayudar, me diese la ilusión de poder ayudarme, responderle — No necesito nada

sin poder cerrar la boca y con las rodillas trémulas mientras iban pasando ante mí el tintinear de la vajilla con la lluvia y el almacén donde las cebollas habían germinado, yo indiferente a la tisana

—No necesito nada

y ahí está Ana Emilia, sola porque no necesita nada, además de no necesitar nada no espera nada, no desea nada, ni siquiera una última ola, con la última ola un friso de alquitrán en la playa que se quedará allí para siempre, observaba a la hija, observaba la muñeca, observaba a la hija de nuevo extrañándole el silencio, ojos no desorbitados, distraídos

(¿imaginando qué?)

los frutos del manzano puntitos verdes, en los últimos años ni llegaron a manzanas, se pudrían minúsculos, la muñeca que no tenía qué decirme, como la señora, como Ana Emilia a la que prometió venir y no vino

—No necesito nada

porque era obvio que no necesitaba nada, se satisfacía girando no tan rápido como en el portón del colegio, despacito, sin peso, me acerqué a mi hija ahuyentando a las mariposas

(docenas de mariposas)

que surgían de la hierba para subir, hasta el vértice de las copas, en dirección a esa única ola sin cesar repetida que me acompaña desde mi nacimiento, me acerqué no a mi hija, sino a la muñeca y la campanilla del colegio se acalló en la memoria, ahí estaba el patio, el tobogán

(intactos, nítidos)

la madrina de la alumna ciega murmurando cumplidos en tono de disculpa, ganas de gritarle igual que me gritó la muñeca — Apártese de mí, no me moleste

y quitando a la madrina de la alumna ciega nadie, no estaba el manzano, no estaba mi hija, así que yo frente a una rama sin nada, mi hija en casa a la mesa del comedor empezando a comer no por falta de educación

(—Espero un ratito a mi madre, cinco minutos, vale)

por hambre, empujando hacia el borde con la delicadeza del tenedor

(en lo tocante a delicadeza, no es porque fuera mi hija pero siempre tuvo modales distinguidos)

las verduras que no le gustaban

—Como tardaba en venir empecé a comer

en consecuencia una muñeca y eso es todo, no un ser vivo y mucho menos alguien a quien yo conozca y conozco mucha gente, mucho menos mi hija, mi hija empezando a comer, no merece la pena apocarme, esconderme en el delantal con las cejas de una muchacha angustiada en una agitación de lágrimas sin lágrimas, no merece la pena rebelarme, arrastrarme, protestar, intentar huir del hoyo porque no hay hoyo, nadie me entierra, nadie me quiere matar, espero un ratito

(cinco minutos, vale)

que me llamen a la puerta y si no me llaman a la puerta reparo el pestillo de seguridad trabado en el resalte de abajo, con el de arriba no hay problema, pero en el de abajo se atasca, lo arreglo con el martillo, guardo las copas en el aparador

(antes seis y hoy día cinco, todo en la vida tiene su duración, hasta las copas)

y me acuesto sin pensar que hay un automóvil en la calle, pasos en la escalera, un índice cauteloso, casi tan delicado como el de mi hija, rascando la madera

—Soy yo y que juro no oír, no oigo, si por casualidad lo oigo lo atribuyo al sueño donde

suenan ecos, señales de conversación, amenazas, la rama del manzano susurrando misterios de baúl en el interior del alma porque es en las tinieblas y en el momento menos esperado cuando los baúles se lamentan, por tanto y hasta mañana únicamente el mar de Póvoa de Varzim tan sereno en agosto, una paz de nubes encima y yo acuclillada, mirándolo, reparo en las mariposas

(no importa el color ni el número, elijan el color y el número que quieran, diviértanse)

las hierbas que un día de estos, la semana que viene por ejemplo, ayudada por la tijera o la hoz o el rastrillo, he de limpiar, lo prometo, con un poco de atención repararé en la señora también

—Ana Emilia

o sea primero espasmos húmedos de foca y después — Ana Emilia

no en el Pragal, en mi sueño o en Póvoa de Varzim en agosto, en cuanto al horizonte se hacía difícil distinguir el cielo del mar, no una línea como de costumbre, la línea ausente de tal forma que era imposible saber el sitio en que el cielo se desdoblaba y comenzaba la ola, con la espuma plegándose, se veía la muñeca, no a mi hija, en el extremo de la cuerda del tendedero como iba girando lentamente, no

con los brazos abiertos, pegados al cuerpo en una actitud de entrega, una muñeca de la que las mariposas

(docenas de mariposas)

de la que docenas de mariposas me impedían distinguir las facciones, ver a mi hija en casa que empezaba a comer empujando hacia el borde del plato con la delicadeza del tenedor

(no es porque fuera mi hija pero siempre tuvo modales distinguidos)

las verduras que no le gustaban, mi hija empezando a comer, creo que he sido clara y pido que no me contradigan en este punto, mi hija que empezaba a comer y se disculpaba

—Como tardaba en venir empecé a comer

mi hija empezando a comer, mi hija viva y de una vez por todas si no se lo toman a mal

(espero que no se lo tomen a mal) no se vuelve a hablar de eso.

Debe de ser medianoche porque han cesado los ruidos, los del jardín, los de la casa y los de mi mujer que ahuyentó a los perros con el latiguillo de una rama

—Fuera

amarró a la perra en celo en el garaje y seguro que se acostó porque no había luz alguna en el pasillo ni en la habitación donde no entro desde hace siglos, me quedo aquí lejísimos de ella con todo este silencio y esta oscuridad entre nosotros, ni el roce de las sábanas ni una tabla de la cama al cambiar de posición, las farolas de Évora al otro lado de la casa, en esta ventana pitas, hasta mi reflejo se ha esfumado de los cristales

(¿qué me está pasando?)

y nadie vendrá a saludarme al mismo tiempo que yo, sentía el frenesí de los perros alrededor del garaje con la esperanza de una grieta en la pared y la perra acurrucada bajo el automóvil esperando, había hombres en esa postura cuando los deteníamos, tumbados en el suelo con los ojos abiertos al entrar en la celda, qué haría mi mujer si oyera mis pasos sin un automóvil donde esconderse y un muro de neumáticos viejos protegiéndola de mí, se defendería con el codo como los hombres que trataban de levantarse explicando no se entendía qué, dientes demasiado numerosos que les impedían hablar, debe de ser medianoche porque los perros desisten, inmóviles en las matas de los arriates y en las verduras muertas de tal modo que se confunden con piedras, son piedras, estoy despierto entre piedras, quizá yo una piedra también, una piedra mi mujer, una piedra la que me espera en Lisboa, me da la impresión de una claridad en los campos, la luna o algo así que amplía el bosque y las jaras que despiertan a los perros que resuelan bajo el alféizar pidiendo no entendía qué

(¿qué me está pasando?)

tal vez que les abriese la puerta del garaje o empujase la verja, después de la verja el surtidor de gasolina cuyo cobertizo aprovechaban los gitanos para los carros y las mulas, me acuerdo de mi padre rodeado de perros que volvía con las perdices no colgadas del cinturón, en una bolsa de tela, mi hermana y yo a la espera y él pasando a nuestro lado sin mirarnos, nos miró en una ocasión o dos cuando ya estaba enfermo, pregunté

—¿Qué se le ofrece?

hasta comprender que no me veía siquiera moviendo las encías así como los presos antes de que el médico les abriera los párpados, examinándolos con una linternita

—Es mejor no insistir por hoy

y las encías que seguían moviéndose, una nube ocultó la luna, desapareció la claridad y dejé de existir, existía el viento en las pitas y el cementerio en el que se quedó mi padre, no se me pasa por la cabeza visitar su tumba, mi hermana venía a

Évora y cambiaba las flores del búcaro, hay un grifo para el agua siempre goteando en la sección de los soldados que murieron en Francia y cuyas cruces oxidadas de musgo se van rompiendo una a una, colgado del grifo un cubo y sobre el cubo avispas, cuando después de la policía regresé a Évora y me casé

(¿a esto se lo llama casamiento?)

me sentaba en el cementerio a oír el sosiego de los árboles y las coronas de crisantemos que se deshojaban en las lápidas, mi madre que apenas conocí en este cementerio igualmente con los huesos mezclados con otros huesos o ni siquiera huesos, unos hierbajos a lo sumo, unos terrones de grasa, nunca la llamé

—Madre

no me quedó una fotografía e ignoro el color de su piel y sus facciones, en ciertos momentos hay un intervalo de dulzura en mí, me alzan del suelo y siento un cuerpo que me abraza y dedos que me desarreglan la cara, esto en el lapso de un instante y yo solo de nuevo, me pregunto si habrá sido mi madre, busco un indicio, un olor, un sonido y ni indicio, ni olor, ni sonido, las sombras de los árboles cada vez más largas, me contaron, no mi padre que se limitaba a pasar a nuestro lado con las perdices o a instalarse en un escalón a pelar mandarinas, un vecino, una tía, que mi madre falleció en el hospital de un problema en la sangre y sin embargo quién me alzaba del suelo y me desarreglaba la cara, si ese episodio me venía a la mente cuando estaba con un preso fingía no escuchar al médico

—Es mejor no insistir por hoy

porque no era con el preso con quién estaba, qué me interesaba el preso, me enfurecía el haber permitido que me alzasen del suelo, ganas de ver a mi padre en una celda y yo a él

—Cuádrese

buscando una mandarina en su bolsillo, debajo de la camisa, en la mano

— ¿Dónde ha escondido la mandarina, señor?

mi jefe extrañado

—¿Mandarina?

sujetándome el brazo

—¿No te encuentras bien tú?

mientras en mi cabeza solo la madre que no recuerdo con un problema en la sangre y cuyo lugar en el cementerio no son capaces de indicarme dónde queda, me siento por ahí observando las tumbas y nada, si al menos un hijo y ningún hijo, una mujer con la que no converso en la habitación y una perra en celo en el garaje, aunque cueste admitirlo he ahí la familia que me queda, eso y los desagües que me ensordecen en verano, la que me espera en Lisboa una hija, le di la muñeca en un

paquete con un lazo y me alejé lo más deprisa posible antes de que me diese las gracias, nunca la besé

ni di a entender que permitía besos, ni le pedí

—Ven acá

a pesar de que me apetecía pedirle, aunque fuese una sola vez

—Ven acá

escapando a esa memez que llaman ternura, qué me importa la ternura, para qué me serviría, me importa que cesen los ruidos, los del jardín, los de la casa y el de los perros atribulados de deseo ahí fuera, el del mundo en resumen, permítanme que envejezca en paz esperando que mezclen mis huesos con costillas y tibias ajenas en un hoyo cualquiera siempre que me libre del agobio de un hijo a quien debería llevar a pasear de la mano, consolar, asegurarle

—Estoy aquí

cuando creen que nos han perdido y no nos ganaron nunca, observamos a un niño crecer y volverse tan amargo como nosotros, qué extraño, no me arrepiento de no haber pedido

—Ven acá

mantente lejos y cállate así como yo me mantengo lejos y me callo, de tiempo en tiempo la que me espera en Lisboa me señalaba a su hija con el mentón al borde de una confidencia por el modo en que la respiración se alteraba, afortunadamente se detenía antes de las palabras, por decoro creo yo, aún hoy que ya no existe esa hija presiento que la revelación vuelve a asomar cuando alarga la nariz en dirección a la muñeca, deberían sepultar a las personas con todo lo que les toca impidiéndoles que sigan molestándonos en la superficie del mundo, de qué sirve morir si permanecen aquí con cantidad de lágrimas prontas a salir de cada cajón, cada arca, cada ángulo de la memoria solicitando

—Llórennos

deseosas de encontrar párpados a propósito, las nuestras

—Somos tuyas, ¿no lo ves?

escudriñándonos por dentro y descubriendo remordimientos donde creíamos que no había sitio para el malestar, si me fijo bien ahí están los objetos intentando convencerme con sus pequeños ardides

—Yo le gustaba a tu abuela

—Pertenecí a tu padrino

—Cuando eras pequeño no me soltabas nunca

por no mencionar los caprichos de la memoria proclive a la celebración de alegrías pasadas que agobian, hieren, si no hubiese acabado con los presos no habría prestado atención al médico

—Es mejor no insistir por hoy

y habría seguido castigándolos, al marido de la que me espera en Lisboa lo obligué a vestirse con la ropa de ella

—Rapidito los pendientes, el blusón, la falda
(la claridad de nuevo, supongo que de la luna, en un pajar distante donde un tractor, unas cabras)
y la que me espera callada, mi médico empujándome — ¿No estás exagerando tú?

a mí incapaz de mencionar a mi madre alzándome del suelo con frases que se me escapan, los tornillos de la tumba que unos individuos no acababan de apretar quitando el oxígeno que los difuntos necesitan, obligando a la madera o a mi madre a crujir y ahí tenemos el ejemplo de un capricho de la memoria que creía perdido, el oxígeno, los crujidos, un chiquillo de tres o cuatro años de edad pidiendo

—No le hagan daño

y no sé quién sujetándolo por el hombro, me creía desde hace tiempo libre del chiquillo y él volviendo del cementerio a casa con las manos vacilantes entre este chopo y aquél, estas flores y aquellas, estas marcas de zapatos y otras marcas más tenues hasta que el vigilante a mi padre sin soltarme la oreja

—No deja a su madre en paz

y después de irse el vigilante mi padre pelando una mandarina callado, si de algo le estoy agradecido es de que nunca cayó en la debilidad de las lágrimas, acababa la mandarina y se iba, en la época en que trabajé en la policía mi jefe cambiando papeles de lugar y acercando al tintero la fotografía de su esposa

—No te vendrían mal unas vacaciones

unas vacaciones por ejemplo en el lugar en que naciste, Évora, donde a partir de la medianoche cesan todos los ruidos, los del jardín, los de la casa, los de los campos de alrededor, mi mujer despierta entre las sábanas acechándome, mi jefe recogía una mota de polvo del cristal de su esposa y acercaba el meñique a las gafas estudiando la mota, si aún hoy regreso al cementerio no se trata de curiosidad por el sosiego de las tumbas, es con la esperanza de que mi madre me alcé del suelo y ahí estoy yo conmoviéndome, qué rabia, no exactamente conmoviéndome, no permito que las lágrimas me hagan polvo, un malestar, unos nervios, si pudiese volver a extenderle a su marido la ropa de la que me espera, el blusón y la falda

—Ponte eso

en lugar de una muñeca cada vez con menos pintura, pasmada en la cómoda, la cogí no sé por qué

(no hay manera de aprender que debería dedicarme a envejecer en mi rincón esperando que mezclen mis huesos mientras en la superficie se agitan voces, personas)

y una pieza de metal o de plástico, el mecanismo del habla, bailoteó en la barriga, emitió un vagido y antes de mi nombre en el vagido la tiré al suelo obligando a la que me espera a enderezarle la pierna y con el resalte de la pierna una sílaba perdida, ojalá no de mi nombre, escondan la muñeca en la despensa porque me irrita la compañía de una lágrima viva dispuesta a pegárseme a los ojos, Dios mío, si es que

existís, tened piedad de mí y haced que no sea una sílaba de mi nombre, yo un extraño, no hagáis caso a lo que se dice por ahí, creedme, yo un extraño, vivía en el Alentejo, estaba casado, trabajé en la policía para Vuestra gloria contra el comunismo ateo, llegaba de Évora uno o dos sábados por mes a lo sumo para una visita de horas, no dormía con ella, no me levantaba con ella, ni un pijama en su casa, yo un extraño como aquí a medianoche solo que en vez de campos arriates donde la hierba crecía sobre un banco caído, mariposas, dos azules y una blanca o una azul y dos blancas, una chica con trenzas y si me fijo mejor ninguna chica, una pieza suelta en mi barriga, de metal o de plástico, el mecanismo del habla que articulaba

—Niña

sin que yo la alzase del suelo, no le pidiese ni una sola vez por mucho que me apeteciera y no me apetecía

—Ven acá

me apetecía el gajo de mandarina que nunca me ofrecieron — ¿Te apetece, chaval?

o sea un brazo decepcionándome por delgado, inseguro, si por ventura — No me moleste, padre

obedecía, una miseria de padre que no me duraba un minuto entre manos, apenas comenzase el médico de la policía a abrirle los párpados con la linternita

—Es mejor no insistir por hoy

un padre que me dejaría quedar mal —Me ha decepcionado, señor
delante de mis compañeros cuyas miradas de soslayo percibía, mi hermana como si mi padre fuese una persona importante, el afinador de pianos o el jefe de los bomberos cuyo retrato con casco prestigia la lápida, cambiándole las flores de la tumba y sirviéndose del grifo en la sección de los soldados para el búcaro de cristal mientras yo pensaba en el afinador de pianos amenazando a las tórtolas que le manchaban el toldo con el alicate de los sonidos, por la noche el ajuste de una cuerda gritaba en la oscuridad, si pudiera expresarme cuando me sean vedadas las palabras y yo solo dientes y uñas espero comunicar con el mundo en clave de sol y asegurar que os detesto, tendré alguna estima por los perros del jardín que galopan en los arriates deshechos disputando un pájaro, por esta casa a la que no volveré y a pesar de tantos

años juntos no se han aficionado a mí, el pozo en cuyo fondo mi cara temblequea para siempre aprisionada entre musquitos oscuros, no creo que haya alguien sobre todo desde que las rodillas de mi hermana no se doblan para cambiar las flores los sábados, creo en el moho del olvido, en los perros vagando entre las pitas bajo la lluvia de octubre, tal vez dentro de cinco años un solo zapato al levantar el ataúd así como al levantar el ataúd de mi padre en lugar de las pepitas de mandarina que esperaba la entretela de la corbata y un pedazo de cinturón, yo sin necesidad de preguntarle

—¿Qué se le ofrece?

aunque las encías se siguiesen moviendo bajo una luz imprevista que pese a acercar las cosas aumenta las distancias, los carros con que los gitanos cruzan la frontera camino del Polo y una lágrima difícil de ocultar astillándose por dentro, una gota que se balancea, intento impedir que caiga, se irrita

—¿Vas a llorarme o no?

y se equivoca la pobre, basta con que afirme que se equivoca y se equivoca, equivocar qué verbo extraordinario, la que me espera en Lisboa, la ingenua, pensando que la oscilación de una nada de líquido debido a la muñeca o a la hija cuando en realidad sin motivo alguno, episodios insignificantes que después de muchos lustros una emoción dilata, por ejemplo el jefe de los bomberos plantándose frente a mí en la curva del parque

—Haces que recuerde a mi nieto

mientras sacaba el pañuelo del bolsillo y resurgía del pañuelo con los ojos diferentes, demasiado pequeños para lo que se acumulaba en ellos, no le iba a dar a la que me espera la alegría de asistir a un sonar de disgustos pensando que la hija a quien yo nunca

—Ven acá

me removía las entrañas, me limité a entregarle a la niña un paquete con un lazo y a alejarme hacia el ángulo de la sala donde la ventana en que las ramas del manzano, rodeadas de mariposas, se iban irguiendo leves, el jefe de los bomberos intentó una sonrisa, guardó el pañuelo, desistió, cuando supe de la hija de la que me espera y de la cuerda del tendedero deseé que fuese medianoche para que cesaran los ruidos, los del jardín, los de la casa, los de una víscera mía no sé a ciencia cierta cuál, el páncreas, el riñón izquierdo

(no el corazón, es obvio, ese músculo incierto)

dispuesta a ensordecarme porque hablaba, hablaba, sujetarla junto con la perra entre los neumáticos del garaje y negarme a oírla, que en materia de sonidos me llega el viento en agosto y la respiración que se acelera sin que descubra el motivo, encontramos al marido de la que me espera en la imprenta, no un sótano de suburbio como había imaginado, un bajo en el centro y del lado del sol, imprimiendo folletos contra Dios y el Gobierno, descubriendole semejanzas conmigo, o sea algo suelto dentro,

bien el mecanismo del habla bien una lágrima a la espera, deseosa de pertenecerle en esa conversación de las lágrimas

—Soy tuya, ¿no lo ves?

descubriendo navajas suizas, cartas de emigrantes, dedales

—Le gustábamos a tu abuela —Pertenecimos a tu padrino

—Cuando eras pequeño no nos soltabas nunca

lo obligué a ponerse el blusón y la falda y los pendientes, derribando un búcaro parecido al de la tumba de mi madre y sus flores desvaídas, él

—No

en voz baja, un secreto, una petición de amigo (y el manzano allá fuera)
una complicidad entre nosotros

No

solo le faltaban la mandarina, las perdices y la sección de los soldados de Francia
cuyas cruces se van rompiendo oxidadas de líquenes, el médico le abrió los párpados
y no

—Es mejor no insistir por hoy
guardando la linterna en el bolsillo

—Seguro que el director se va a enfadar con usted (¿por qué no tuve un hijo?)
a pesar de tantos años en la policía el médico seguía sin atinar con el cajón de los
certificados de defunción, el de arriba, el de abajo, sacaba un impreso

(si yo tuviese un hijo)

—Esto no es

y recomendaba a buscar con el sombrero puesto (—No me veo sin sombrero)
si hubiese tenido un hijo algo se habría alterado en esta casa o en mí, mi mujer
despierta, una claridad diferente en los campos acentuando las jaras, los perros que
resollaban bajo los cristales pidiéndome que les permitiese trotar en el declive donde
conejos y mochuelos, cerca del surtidor de gasolina cuyo cobertizo aprovechaban los
gitanos antes de reanudar el viaje, adornados con cascabeles, en dirección al Polo, me
pregunto si la compañía de un hijo me endulzaría la vejez pelando mandarinas y
ofreciéndole gajos mientras una nube nos ocultaba la luna, la claridad se esfumaba y

dejábamos de existir, existían las pitas, estas casas bajas hasta el final de la calle
y, después del final de la calle, Líbano o Tailandia donde una camioneta, pasos y
nadie en cuanto cesaban los pasos o la camioneta, ni un alma que se inquiete y me
ayude, el médico encontró el certificado de defunción y el sombrero, con la boca
sumida en la mesa iba pronunciando lo que escribía

—Seguro que el director se va a enfadar con usted
el director que nos llamaba a su despacho y no escuchaba lo que decíamos, exigía
—Más alto

aplanando los dedos en el tablero y a pesar de más alto alargaba el cuello con una
expresión de extrañeza, contemplaba al Presidente en el marco y abría la oreja con la
palma

—¿Cómo?

hasta cansarse de nosotros y echarnos con un movimiento de enfado, tal vez
deseoso de traer su banco al cementerio y distraerse con los árboles, sentía a mi mujer
(¿por qué no tuve un hijo?)

entre el estanque y el gallinero donde un gato acolchado de pereza avanzaba sus
patitas de fieltro en una mancha de luz (¿y si en lugar de un hijo un gato?)

mientras la que me espera debe de haber apagado como mi mujer las luces del
pasillo y de la habitación y renunciado a mí, atenta al manzano con sus frutitos verdes
creciendo, creciendo, un árbol poco mayor que un arbusto súbitamente enorme,

rodeado por las hierbas de los arriates que nadie cortaba así que yo solo desde que mis padres difuntos, mi hermana en Estremoz, mi mujer y la que me espera indiferentes a mí cuidando mis huesos ya dispersos en la tierra y ninguna manera de saber quién era yo a través de unos pocos carbones dispersos, ni la edad ni el tono del cabello ni lo que hice aquí, miedo a que me sobrase la víscera esa

(el páncreas, el riñón izquierdo, me dijeron que en los niños el timo)

o sea una pieza suelta en la barriga, de metal o de plástico, capaz de temblores llorosos, el mecanismo del habla que al sacudirse emitía una lágrima viva dispuesta a pegárseme a los ojos y una sílaba que espero que no pertenezca a mi nombre, haced, Dios mío, si es que existís, que no haya lágrima, ni sílaba, pero nunca sobre todo tornillos de ataúd que no acababan de ajustarse quitando el oxígeno que los difuntos necesitan y obligando a mi madre o al pino barnizado a crujir, sobre todo nunca un chiquillo de cuatro años pidiendo

—No le hagan daño

y un vecino o un pariente sujetándolo que aún hoy siento los dedos en la carne, seguro que las vértebras o las costillas que sobren los sentirán también, mira el silbido de los chopos a medianoche en Évora, mira el grifo del cementerio goteando plomo

en el cubo

(¿por qué no tuve un hijo, un amigo, un compañero, una persona en que pudiese confiar y que confiase en mí?)

mira la claridad de vuelta y con ella las jaras, la impresión de una liebre allá (el lomo, las orejas)

y al final un ladrillo, mi hermana inclinada sobre la tabla de lavar y me equivoqué, un boj

(no estoy siendo exacto, creo que tuve un amigo)

mi hermana adulta por lo que recuerdo, conoció a mi madre y hubo acaso entre ambas complicidades, secretos, se ayudaron la una a la otra con las gallinas y pasaron los domingos a lo largo de la muralla entre piedras antiguas, mis abuelos aún vivos alzándola del suelo, viejos queridos de los que recuerdo boberías, parálisis, tartamudeos, mandíbulas desmedidas aguardando la cuchara y allí está mi víscera, el páncreas, el riñón derecho, el timo que permaneció intacto como en los niños animándose solo, una lágrima en el interior de los ojos dispuesta a salir, a salir, lo que conservo en la memoria

(un hijo moreno como yo, un hijo)

es mi hermana sirviéndonos a mi padre y a mí sin preocuparse por nosotros, dejando la olla sobre el mantel y desapareciendo en la cocina, ocupaba el cuartucho del fondo antes de vivir en Estremoz y donde tantas veces la oí lamentarse, ella igualmente una pieza suelta en la barriga y un lloriqueo oculto, si al menos aunque fuese en silencio lograrse decir que la quiero, que nosotros, que yo un día y no me animo, no puedo, si paso por Estremoz no la visito, una mujer bajita, fuerte, de pelo

canoso, trabaja en la limpieza en el consultorio del astrólogo, debe de seguir padeciendo del riñón derecho, del páncreas, si yo me presentase ante ella una arruga y después de la arruga un paso hacia delante

(no me presento, claro, ni soñar presentarme ante ella) los tobillos gruesos, pobres, los pequeños labios soltando — Tú

escribí los pequeños labios soltando, ni soñar presentarme ante ella, mi madre un problema en la sangre de modo que no hubo tiempo, se quedó embarazada de mí y adiós, mi padre me miró una o dos veces cuando estaba enfermo, le pregunté

—¿Quiere algo?

hasta comprender que no oía siquiera, movía las encías y en eso las encías quietas y ahí tiene la eternidad, alégrese, o sea vaya repartiendo carbones, el astrágalo, el húmero, dentro de cinco años al levantar el féretro un zapato

(usted)

con los cordones desatados

(no estoy siendo exacto, creo que hubo un amigo, hablaré de él más adelante si me apetece hablar)

y volviendo al principio debe de ser medianoche porque han cesado los ruidos, la perra en el garaje olisqueando los neumáticos y habituándose a ellos y a elegir un pliegue de cemento donde recostar el cansancio, los perros resignados a un amanecer improbable o soy yo quien decide que no habrá mañana, con suerte una claridad

(¿la luna?)

sobre los campos y listo, los carros de los gitanos alcanzando el Polo, Évora al otro lado de la casa, en este tórtolas en una balsa listas para partir rumbo a Reguengos con los motorcitos encendidos, mi hermana bajita, fuerte, de pelo canoso, una cicatriz en la frente

—Tú

por un junco que se quebró al pisarlo, te tocó la lotería advirtió el enfermero, no te pilló la vista, después de la tintura una marquita en la piel cortando la ceja

(—¿te daba impresión verde en el espejo, hermana?)

acelerar el coche y no parar en Estremoz donde una víscera igual a la mía que se desprendió de la barriga

(el mecanismo del habla)

tintineando sin fin, tú a la ventana igualmente y tu reflejo se esfumó de la vida, si te quedases de pie frente a los cristales nadie, nuestros padres frente a los cristales nadie, tal vez la mandíbula desmedida de mi abuela aguardando la cuchara, apenas la cuchara se acercaba un saltito de la garganta a su encuentro, voraz, tengo en el desván postales que le escribieron desde un cuartel en Santarém y firmadas Armando, pienso que Armando a pesar de la letra, mi abuelo José y sin embargo Armando está ahí, si pese a mis precauciones acerca de Estremoz encontrase a mi hermana la llamaría aparte

(y mi hermana

—¿Qué quiere este ahora después de tantos años?) le preguntaría
¿Armando?

mi hermana con el pelo no canoso, blanco, más bajita, más fuerte, luchando con sus tobillos

—¿Armando?

y en el interior de

—¿Armando?

una lágrima oculta no por Armando, por ella, no es difícil imaginar que se lame en la oscuridad, espero que con las cortinas corridas, un poco de pudor al menos, no a la manera de antes, de bruces en la almohada entre sollozos pesados

(¿ocupará un cuartucho del fondo más pequeño que el nuestro, se asombrará de no estar en Évora, callejones diferentes, otras campanas, el triciclo del inválido en el pequeño edificio amarillo?)

una lágrima oculta no por Armando, por ella, en mi caso la muchacha de la mercería en Lisboa y promesas, mentiras, yo con la alianza en el bolsillo y su padre

—Muéstrame la alianza

registrándome el traje, su padre —Bribón

la muchacha de la mercería docenas de páncreas, de riñones, el mecanismo del habla tan desesperado, tan tenue

—Jura que es mentira la alianza, creo que es mentira, es mentira, ¿no?

y debe de ser medianoche porque han cesado los ruidos, los del jardín, los de la casa, mi mujer ahuyentó a los perros con el latiguillo de una rama

—Fuera

amarró a la perra en celo en el garaje y seguro que se acostó porque no hay ninguna luz en el pasillo o en la habitación donde no entro desde hace siglos, me quedo aquí con el silencio

(—Es mentira, ¿no?)

y la oscuridad entre nosotros, ni una tabla de la cama al cambiar de posición (—
Jura que es mentira

y yo callado)

los perros alrededor del garaje con la esperanza de una grieta en la pared

—Es mentira

la muchacha de la mercería encogida en el sofá

—¿Es mentira?

y una claridad en los campos, la luna supongo, ampliando el bosque, las jaras, el surtidor de gasolina cuyo cobertizo aprovechaban los gitanos para los carros y las mulas, no estaba siendo exacto, tuve un amigo, un compañero, al que obligué a vestirse con la ropa de la que me espera, imprimiendo folletos contra Dios y el Gobierno en un bajo del centro y del lado del sol, el marido de la que me espera con algo suelto, el mecanismo del habla o una lágrima intentando mi nombre, no el

nombre de su hija, mi nombre en esa conversación hilvanada entre lágrimas, mi jefe intrigado

—¿No te encuentras bien tú?

y me encuentro bien, me encuentro bien, claro que me encuentro bien a pesar de la rama del manzano para abajo y para arriba con una muñeca colgada en la cuerda del tendedero.

3

Francamente no sé lo que me pasa hoy, algo del tipo de la inquietud de la perra, es decir, el cuerpo en paz para quien lo viese desde fuera y no obstante una fiebre en la sangre, una prisa, yo al animal o a mí, a nosotras dos

—¿A ti qué te pasa?

mientras que los perros rascaban la puerta del garaje me veía preguntándoles

— ¿Quién quiere ser mi perro?

yo que no necesito perros, cincuenta y seis años, casi cincuenta y siete, estoy vieja, no me husmean ni se agitan a mi alrededor, me dejan en paz acarreando el vientre muerto entre el jardín y la casa si es que puede llamarse jardín a estas malvas, yo en el garaje con la perra sintiendo que su barriga late con la cadencia de la mía e intentando entender qué hilos de olor conducen a los machos si unas gotas apenas en el cemento y el animal mudo, creo que yo era así de joven, con el vientre abierto y mi marido a mis espaldas engordando en el colchón, su cola quieta

—No te veo

desde el principio que no me veía, veía un patio, no nuestro pomar, me señalaba la acacia

—¿No es un manzano aquello?

veía a un hombre vestido de mujer repitiendo — No

mi marido no sé a quién

—¿No insisto por hoy por qué?

de modo que me casé con un perro que no me entiende, sin deseo, sin nariz, no en jauría como los otros en las terrazas y en las plazoletas, sino husmeando presencias de su pasado por los rincones, si hablaba una voz de muñeca, uno de esos mecanismos de plástico o metal que emiten sonidos distorsionados y mi marido extrañado con la palma en la garganta, comprobando la palma como si en la palma hubiese un residuo de voz

—¿Qué es esto?

mientras yo me preguntaba por qué un perro, por qué tú, oyendo las plantas del jardín con mi vientre cerrado, los ruidos de la casa no, el silencio, desde hace no sé cuánto tiempo solo oigo el silencio de los muebles, el silencio de las tuberías, iba a decir el silencio de la sangre pero no tengo sangre de la misma forma que la perra no la tendrá un día, una gota, dos gotas y listo, los perros

—No te conocernos iguales a mi marido

—No te conozco

con la muñeca conversando cerca de él, qué muñeca, qué manzano, qué patio y en qué sitio, francamente no sé lo que me pasa, a las diez apago la luz del pasillo, la luz

de la habitación, todo lo demás comenzando por mi vientre cerrado lejísimos y hoy medianoche y yo despierta, los perros respiran bajo la ventana llamando

(¿mi vientre se habrá cerrado realmente o aún dentro de mí un hilo de olor, un ladrido?)

en la teja que falta no hay cielo, se acabó el cielo en Évora, hay un vacío donde los insectos roen sus propias alas royéndonos, por qué motivo no existe un perro que me roa, una prisa en mi lomo y patas que se me escurren de los ijares, recomienzan, me hieren, cuatro cinco seis perros persiguiéndome, desistiendo y persiguiéndome de nuevo, mi marido no me persigue, no desiste, no me persigue de nuevo, persigue al hombre vestido de mujer

—¿No insisto por qué? y hoy

(cuál es tu perra puesto que ha de haber una perra me dice, una muñeca, una mujer, cómo haría mi madre que me crio sin hombre, no garaje, no neumáticos, usted acuclillada junto a las pitas

—Vete de aquí

hábleme de su cuerpo, madre)

medianoche y yo a la espera, qué me pasa, si le pidiese a la perra

—Dime qué me pasa

si estos perros debajo del alféizar no insistiesen

—Tú, tú

queriendo lastimarme el cuello al tirar de mí, mira esas patas en mis ijares, estos dientes, tengo el vientre cerrado, ocúpense de los conejos y de los mochuelos, no se ocupen de mí, soy enfermera, trabajo en cirugía con las úlceras de las piernas y miren mis piernas delgaduchas, ni a persona llego, déjenme, mi marido atento a los carros de los gitanos que atraviesan el mundo rumbo al Polo, auroras boreales, glaciares y gitanos de luto, los ojos de perro de ellos, las cabezas de perro, las colas enroscadas llamándonos

—Tú, tú

no todos, el gordo al que le faltaba una oreja (hay perros así)

—Tú

y yo pensando si me llamas otra vez me voy contigo (ha de haber una balsa, una fosa)

cincuenta y seis años, casi cincuenta y siete, dice el médico que grasa en el hígado, no es así como se desabrocha el vestido, además no son botones ni es por delante, es por detrás, yo le quito las grapas, las pinzas, el gitano no habló conmigo, se fue y el ala del sombrero disimulaba la oreja, dentro de poco el carro, los cascabeles y una mujer con él, no una perra, no yo, un ladrido, una invitación, mi vientre al final abierto, qué extraño, mi vientre abierto, madre, no imaginaba mi vientre abierto, fíjese, por favor tóquenme, siéntanme, yo en el cobertizo del surtidor de gasolina con animales cuyo nombre desconozco, los que en sueños me agarran y yo, que detesto a los animales, no con miedo, contenta, topas, serpientes, arañas,

díganmelo ustedes que yo no lo sé, yo en el surtidor de gasolina y el carro y los cascabeles tan lejos, nunca me ordenó

—Tú

de modo que mis piernas de señora de edad bajo ningún perro, ganas de regalarle unos zapatos de mi marido, tome estos zapatos, señor, y él desconfiado rehuyéndome, uno de esos perros con miedo a nosotros que se escapan de un salto, nosotros

—No te vayas, no me dejes aquí

y ellos con miedo de una varita, un juncos — No me haga daño
acelerando el trote, un perro cualquiera o un campesino cualquiera, qué más da,
alguien que me lastimase el cuello

—Cállate

y yo casi muerta sin dejar de verlo, francamente no sé qué me pasa, ayúdenme,
cincuenta y seis años, casi cincuenta y siete, yo una señora, una enfermera,
cuéntenme qué reclama mi cuerpo, no mi cuerpo, este cuerpo diferente del mío, qué
reclama este cuerpo, oigo los campos, el viento, la encina junto a la casa de mi abuela
cantando, mi abuela

—¿No ves la encina? y yo

—¿La encina?

sin discernir cuál de las dos hablaba, un tronco tan antiguo, la piel de la corteza,
los huesos, era mi abuela quien

—¿No ves la encina?

o era la encina, era yo, mi tío (¿o mi abuelo?)

quemando el heno allá, me llamo Alice, Dios mío, no permitáis que las llamas del
Infierno me rodeen y yo arda, no me elijáis entre los justos

—Alice

y mi alma sufriendo, los gitanos en los hielos del Polo y el cobertizo del surtidor
de gasolina desierto, medianoche y yo a la espera, mi marido

(por qué no eres un perro, deberías ser un perro sorprendiéndose con el
mecanismo de plástico o metal y retirando la palma de la garganta como si en la
palma un residuo de voz

—¿Qué es esto?)

mi madre me crio sin hombre, ni un perro para muestra, patos, conejos, animales
así, cómo logró criarme sin un hombre, madre, no se daba cuenta de los cascabeles y
del trote de las mulas, de la encina que mi abuela

—¿No ves la encina?

y la encina allá, cuentan que la Virgen en una encina y no sé si soy virgen, el cura
hablaba de la Virgen en la iglesia, qué es ser virgen, virgen es una mujer sin prisa en
el lomo que sus propios dedos revuelven, no puedo siquiera conmigo, qué fuerza
tengo si no me desprendo de la cama, de esta almohada que me traba la lengua,
valedme, por Vuestro Santo Hijo que padeció en el

Calvario

(gotas de sangre como yo)

valedme, un domingo no sé qué edad tenía, qué edad tenía yo, madre, ha de saber qué edad tenía yo, incluso ahora cuando la visito en la Misericórdia, y a pesar de no hablar, ha de saber qué edad tenía yo, si me inclinase hacia usted

—¿Qué edad tenía yo en aquel momento, madre?

respondería sin hablar, sujetada a una silla con la manta en el regazo, aunque sin verme porque no me ve, el médico dice que no ve

—Ya no ve, pobre

(¿se acuerda de la encina?)

me miraba y respondía, antes de callarse de nuevo respondía

—Siete años

respondía

—Ocho años

claro que respondía a pesar del médico

—Ya no habla, pobre

y no hablando respondía

—Tenías siete años

—Tenías ocho años

el médico a mi lado

—Responder qué, si no habla

y respondía, ¿no ve?, escriba en su ficha, doctor — Tenías ocho años en ese momento, hija

por tanto escriba que ocho años, doctor, yo muriendo en la Misericórdia de Évora y mi hija ocho añitos, doctor, la piel tan clara, el pelo casi rubio, linda, fíjese en mi abuela, en la encina, en el heno que acababa de quemarse allá, detrás de las llamas las sombras de mi abuelo y de mi tío, me acuerdo de un rastrillo juntando cenizas en un cubo, no, me acuerdo de que en esa época solo mi madre y yo, mi abuelo no sé dónde, es decir, lo sé, mi abuelo fallecido y mi tío en Luxemburgo, no mandaba recados, no escribía, la postal de un compañero

—Un accidente con la máquina, doña María José se quedó aquí en el cementerio y entonces sí una carta pero no de él, del patrón y con una marca de dedos con tinta que mi madre ofrecía a la devoción de los vecinos

—Lo respetaban

dinero que no llegó para los muebles de la sala, llegó para el armario con portezuelas de cristal que está allá abajo en el sótano, meses más tarde una maleta casi vacía, calcetines enmohecidos, una foto mía de bebé que si estuviese en el arca se la entregaría a los gitanos

—Alguna vez tuve menos de cincuenta y siete años, fíjense

y una boina, mi madre callada observando la boina, la colgó al lado del fogón y la miraba de vez en cuando comparándola con la cena, después no sé lo que le ocurrió, mentira, lo sé, la gorra de adorno del espantapájaros con los calcetines enmohecidos

en la huerta, creo que los perros, los gitanos, la lluvia o todo junto se la llevaron un día así como se llevaron la carta que desapareció del cajón, me acuerdo de haber puesto mis dedos sobre la marca de los dedos con tinta, imaginar que me pertenecía y por consiguiente yo en Luxemburgo dirigiendo a los obreros, los portugueses, los negros, cómo logró criarme sin un hombre, señora, ha de acordarse de la helada porque lo que sembramos estaba quemado, lo que comíamos quemado, nada de agua en las tuberías, ni la encina se veía, fuimos tan pobres en el invierno, un domingo yo jugando con moldes de pasteles y en esto mi madre que traía un lebrillo o un pollo en la mano, no interesa, creo que un pollo, las piernas erizadas y el ojo enfadado, aun teniendo dos ojos un solo ojo enfadado, por dónde iba, pies, piernas, delantal, pollo y mi madre encima de todo aquello

—Tu padre está ahí fuera preguntando por ti

yo que no tuve padre, me crio sin un hombre, sola, no me obliguen a recapitular los inviernos, la gorra de mi tío ahí fuera y un perro
(no fueron los gitanos ni la lluvia, sino un perro quién se la llevó)

un automóvil con un señor y dos señoras en el exterior de la muralla desde donde no se divisa Évora, se divisa una especie de pantano, unas pocas cabañas y dos de ellas derruidas, todo más alejado que el sitio donde vivimos mi marido y yo, un señor de bigote, no un gitano, no un perro, dos señoras de azul, una de las señoras al lado del señor, la otra señora atrás, desde nuestra casa ahora se ve Évora, no desde toda la casa, desde el despacho y a las diez apago la luz del pasillo, la luz de la habitación y todo quieto excepto el mecanismo del habla de metal o de plástico que apenas entiendo, lejísimos, ni un perro bajo la ventana, nadie salvo mi padre en el automóvil, es decir, el señor y las dos señoras, mi madre junto a mí con el pollo

(—¿No ves la encina?)

y nosotras dos afligidas, es decir, mi madre y el pollo afligidos, es decir, el pollo porque mi madre allá arriba, su cara, sus hombros, el médico de la Misericórdia

—Ya no habla, pobre

y no hablaba, pobre, no le gustaba ser una de las señoras de azul, madre, estar con el señor de bigote, qué es eso de padre, cómo es un padre, enséñeme a decir padre, mover los labios y que salga

—Padre, padre

el brazo del señor de bigote fuera del automóvil — Toma

arrojándome monedas, conté cuatro monedas mientras los dedos se abrían y las monedas en el suelo, cuatro monedas en el suelo, la señora al lado del señor sonreía y el señor no sonreía, no me magulló el cuello, no una prisa en mis ijares resbalando, recomenzando, hiriéndome, la segunda señora sonriendo igualmente cuando el señor de bigote

—Aquella es mi hija

y el motor del coche alejándose, no una carretera, hoy sí una carretera, en aquella época un camino de tierra y qué me pasa hoy, medianoche y yo despierta, un camino

de tierra y arbustos y charcos, un tractor con una chimeneita arrastrando un arado porque los surcos se alzaban y balanceándose, mi madre con una manta en el regazo acordándose, no le hagan caso al médico

—No se acuerda de nada del tractor, de los arbustos — Tenías ocho años

y ¿se ha dado cuenta de cómo habla, doctor?, me pregunta por la encina, se interesa, había túmulos antiguos en la ladera o dicen que túmulos, círculos de piedras enormes, si escarba con el sacho ha de encontrar a mi padre, la pajarita, el bigote, las señoritas de azul, la última moneda arrojada desde el coche y el señor

—Aquella es mi hija

esas cosas de metal o de plástico que tenemos en la barriga, si nos agitamos enseguida

—Aquella es mi hija

y un halcón en el cielo hueco, un milano, insectos que al roer sus propias alas nos roen, mi madre prohibiéndome

—No cojas las monedas

y cuántos años tenía usted, madre, qué edad, ahí anda mi tío juntando el maíz, si el señor de bigote se acercase él con la gorra al pecho

—Patrón

aceptando callado, no callado

—Patrón

la escopeta de caza de mi abuelo en el armario y mi abuelo — Patrón

me crio sin un hombre, sola, los calcetines y la gorra de mi tío en el espantapájaros, un accidente con la cementera, doña María José y mi madre persiguiendo las letras con el dedo como apoyando la lectura, diez minutos después estaba desplumando el pollo cuyo único ojo colgado del cuerpo a pesar de ser dos se había desinteresado de mí, un ojo como los de la perra cuando los cachorros, antes de los cachorros, un ojo como los de la perra cuando mi marido la amarró en el garaje y el animal una gota, otra gota, una perra sin raza así como nosotros también sin raza, nosotros pobres

—Patrón

no volví a ver a mi padre ni a las señoritas de azul, el automóvil una mañana en Évora frente al notario y mi madre

—Camina más deprisa

docenas de perros en la plaza, en la sucursal del Banco, en las tiendas, salían del hostal cargando maletas, no la de mi tío, vacía, si mi tío estuviese con nosotros

—Patrón

(perros en el café siguiéndome)

francamente no sé qué me pasa

(—¿No ves a la encina cantando?)

medianocche y despierta, explíquenme qué me pasa — Dime qué me pasa, perra la semana pasada busqué las monedas en lo que queda del camino y ningún

tractor con una chimeneita, bosque, uno de los juncos del espantapájaros aún resistía, guitas de rafia, trapitos y yo sin darme cuenta

—Padre

cincuenta y seis, casi cincuenta y siete años, trátenme con respeto, trabajo en cirugía curando úlceras, varices y mi vientre se ha cerrado, los machos no resuellan bajo la ventana y yo

—Padre medianoche y yo

—Padre

debería haberme cambiado de ropa para no salir con mi vestido sucio, por qué motivo no me ha peinado, madre, me ordenaba — Ven acá

y un lazo en el pelo, horquillas, las señoras sin mirar a mi madre, riéndose

— ¿Aquella, tu hija?

y quitando el milano que no se desplazaba, pegado a no sé qué, nada, no me acuerdo de gitanos en esa época, mi madre

—Cállate

a pesar de estar callada de manera que solo quedaban los insectos royendo sus propias alas al roernos, mi madre a los insectos

—Cállense

y por tanto nada en realidad, la misma cama para las dos y su enfado en la oscuridad, mi madre mirando el techo y el espantapájaros consolándola en el patio con la voz de mi tío, no me digan que mi tío no conversaba con las personas, la prueba es que al pasar junto a los cebollinos él enseguida

(estoy mintiendo)

—Aliciña

la única persona que a mí

(estoy mintiendo, ¿qué me pasa?)

—Aliciña

en la maleta de Luxemburgo mi foto que no sé dónde está, me acuerdo mejor de la bicicleta que de su cara, tío, llevaba el plato de la cena hasta las alubias y se agachaba ahí fuera, mi madre desde la cocina

—¿Quieres más?

apenas se lo distinguía a usted hasta que las cámaras de aire vacías y mi madre sin necesidad de mostrarles la olla a las alubias y a los animales que nos asustan desde las profundidades de la tierra y dejaban a mí tío en paz sin que yo entendiese la razón

—¿Quieres más?

mientras que a mí me agarraban, me llevaban hasta las retamas y me comían enseguida, cabeza, ombligo y todo, aunque quisiera no podía gritar porque me comían los gritos, la bicicleta oxidándose en el patio, uno de los pedales se cayó y mi madre

—No lo toques

le probaba el timbre y un chirriar de óxido donde antes una campanilla, la bicicleta haciendo cuerpo con la tierra y convirtiéndose en un arbusto, un boj y había plantas

(—¿Qué edad tenía yo en ese momento, madre?)

que nacían del talud asegurando qué, anunciando qué en ese lenguaje de ellas (¿francés como en la carta de Luxemburgo, italiano?)

que ni la profesora traducía, me observaba como si yo me burlase de ella y no me burlaba, nunca me he burlado de nadie así como nunca me burlaría de la oreja del gitano si me buscase en el surtidor

—No me burlo, tranquilícese

no sé qué me pasa hoy, algo del tipo de la inquietud de la perra, un cuerpo viejo que se queja y será la muerte, Dios mío, los muertos también acostados, quietos, la cara igual a la mía, seguro, suelas nuevas incapaces de andar como nosotros, si andan un gemido de cuero que se estrena y ni una marca en el charol, la etiqueta del precio aún pegada al tacón, el cura se ponía las gafas para observar la etiqueta e indignarse por el gasto, lo que me pasa son estas ganas de encogerme en el garaje y quedarme allí como un desperdicio, una cosa, ningún perro antes de mi marido guiado por una vaharada de olor, supimos que mi tío estaba en Luxemburgo por un compañero de trabajo, quiso comprar la bicicleta y mi madre

—No la vendo

prometió que le llevaría hortalizas y huevos y no volvió a buscarlos, ningún perro antes de mi marido en círculos que nos tantean, nos miden, parten llamados por no sé qué a rebuscar entre los detritos o galopando en jauría tras una perdiz que se les escapa, el encargo para mi tío en el banquito de la entrada hasta la aparición de la maleta, en el reverso de la fotografía mi Aliciña a los once meses Joaquim, por qué razón nunca conversó conmigo ni me paseó en bicicleta, señor, me acuerdo de gestos rápidos y de barbillas de pez, se suspendía agitando aletas y en esto un movimiento de la cola y hasta siempre, llenen las cámaras de aire, arreglen el pedal, paséenme en bicicleta desde aquí hasta el Correo y tal vez lo que me pasa, algo del tipo de la inquietud de la perra

—¿A ti qué te pasa?

se atenuó, descubrí a mi marido en los árboles a la salida del hospital y al principio no reparé en él porque no era un perro, sino una sombra fumando, después

reparé en él porque reparaba en mí, dejaba el servicio nocturno y la sombra avanzaba un paso entre sombras, pasear en bicicleta con mi tío y el timbre no emitiendo un chirriar de óxido, una música aguda, no distinguía la cara de mi marido, distinguía su traje y su sombrero, árboles antes plátanos, otros árboles hoy, construyeron pabellones en el hospital, cambiaron el almacén y la bicicleta cada vez más deprisa anunciándoles a los ingleses del hostal

—Somos nosotros

una especie de viento en el cuerpo y palabra de honor que yo sin miedo, chicos, una noche no encontré a mi marido entre los plátanos, lo encontré en la carretera donde estaba el automóvil del señor de bigote y de las señoras de vestido azul sonriendo

—Aquella es mi hija

y el motor alejándose, un tractor con una chimeneita todo encorvado por el esfuerzo

(—Dentro de poco le dará una embolia)

se sentían sus músculos, pobre, y sus pulmones porfiando, prométanme que si digo que las cosas son iguales a nosotros, la fisonomía, el esqueleto, la manera de ser, no me considerarán ridícula

(no sé qué me pasa hoy, no hay una sola vena mía que no sufra, no estalle, esta en el corazón, por ejemplo, esta en mi barriga

vientre cerrado y sin sangre, fallecí

mi marido cerca de la casa receloso de mí, un perro acostumbrado a las perras alejándose de mí

—Quería conversar con usted

y no un ladrido, el mecanismo del habla articulando la frase toda junta, unas letras encima de las otras que me llevó tiempo separar y colocar en orden

—Quería conversar con usted

mientras que los insectos roían sus propias alas royéndonos, debían de haberme roído en ese momento, róanme ahora, vamos, ningún perro antes de este y este vacilante, curvando el lomo, atreviéndose

—Quería conversar con usted

a mí que no me apetecía conversar con un perro, me apetecía conversar con mi tío, guardé varios años seguidos Mi Aliciña a los once meses en el moho de la maleta, cincuenta y siete años, tío, se da cuenta, cincuenta y siete años, en serio, Aliciña tan vieja despierta a medianoche sin entender el motivo, su hermana en la Misericordia con una manta en el regazo y nadie que me proteja del mecanismo del habla y de las palabras automáticas sin que se moviesen las facciones

—Quería conversar con usted

no un hombre, un perro, cómo te llamas, perro, adivinaste que yo estaba aquí, me husmeaste y viniste rodeando el cobertizo del surtidor de gasolina completo en ese momento, con una farola por la noche, se veía al empleado leyendo el periódico en un cubo boca abajo, si mi tío estuviese conmigo en lugar de en Luxemburgo ahuyentaría al perro con una palmada mientras que mi vientre

mentira, aún no, yo no una perra, una enfermera, trabajaba en cirugía con las varices y las úlceras, ayudaba a los médicos, el perro insistiendo

Quería conversar con usted

un peñasco allí abajo con unos tallitos rojos y yo dándome cuenta de una inquietud, una prisa

—¿Qué me pasa hoy?

parecida a las señoras de azul en el automóvil en las que al pasmo seguía un bailoteo de pendientes

—¿Tu hija?

de modo que si no les importa ayúdenme a comprender lo que me pasa y lo que reclama mi cuerpo o un cuerpo por así decir de perra sin semejanzas con el mío, oigo los campos, el bosque, la encina cantando, si mi abuela estuviese aquí y mi abuela no está aquí, difunta, yo tan nerviosa sin usted, desesperada por las cosas, por favor no me susurre

—¿No ves la encina?

si oía la radio por la noche no oía la radio, oía las raíces

—Alice

un declive de conejos y de mochuelos

—Alice

encendí la lámpara y a pesar de la lámpara no atinaba con los muebles, ahí estaba la bicicleta apoyada en la tapia, pulsaba el timbre y no un chirriar de óxido, un silbidito tenue

—¿No ves la encina?

sin que yo respondiese (¿al timbre, a mi abuela?) — Tal vez

porque una gota de sangre, otra gota y la barriga creciendo, ¿podrá llamarse jardín a este pomar deshecho, estas malvas?, el empleado del surtidor de gasolina apagó la farola y de repente nadie, el volumen de la casa con el canalón torcido y los tiestos del porche, aunque ninguna luna que aún brillase, el mecanismo del habla en

lugar de

—Quería conversar con usted

un sollozo y la palma comprobando la garganta — ¿Qué es esto?

me llamo Alice, Dios mío, no permitáis que las llamas del Infierno, no consintáis que yo arda, yo en la verja a la espera, medianoche y a la espera, el hombre con la voz de muñeca suelta en la barriga o un perro, debía de ser un perro, ojalá sea un perro que se extravió de la jauría convocado por un instinto

cualquiera buscándome, se acabó el cielo en Évora, hay un espacio con postes eléctricos, ramas y por tanto no hay cielo y Dios no existe, qué suerte, si existiese se enfadaría conmigo y los enfados de Dios estatuas de sal, saltamontes, hay este olor a hojas, ladrillos destinados al almacén y que con la partida de mi tío no sirvieron de nada, insignificancias en los arriates prometiendo nacer

(¿un hijo?)

lo que el hombre consideraba brazos y yo afirmo que patas, un perro

—Quería conversar con usted

y el miedo de una palmada ahuyentándolo, de una puerta cerrándose y él ahí fuera sin mí, no un cigarrillo, no un hombre, un perro, la esperanza de que le ordene

—Ven con tu ama, perro

no lo desprecie, lo acepte, la pieza suelta no

—Quería conversar con usted

la pieza suelta

—Acépteme, señora

y lo acepto porque Dios no existe, el cura mintió y la prueba de que no existe es el cielo deshabitado, yo debajo del automóvil en el garaje y mi vientre ahora sí una gota, dos gotas, no suponía en mi barriga un mecanismo del habla repitiendo

—Me llamo Alice y voy a consumirme en el Infierno

mi madre en la Misericórdia al contrario de lo que afirmaba el médico

—Ocho añitos

y por consiguiente usted curada, madre, usted joven empezando a cenar, nunca necesitamos un hombre, nos ocupamos de la casa solas, no reparamos la chimenea porque nos hacía falta una escalera pero sacudíamos el mantel y el humo desaparecía, era usted quien lo sacudía

—No sabes hacer nada

y tenía razón, señora, no sabía hacer nada excepto dejar que me sujetasen los

muslos y me lastimasen la nuca, mi palma comprobando la garganta — ¿Qué es esto?

y un sonido rasgándose, rasgando la encina

—¿No ves la encina?

la piel de la corteza, las ramas, era la encina la que cantaba, no yo, de modo que expliqué

—Es la encina la que canta

y mi abuela calmada porque es la encina la que canta, dije al principio que no sé qué me pasa, una inquietud, una fiebre y me equivoqué, lo sé, a los cincuenta y seis, casi cincuenta y siete años a la espera de un perro y de una voz de muñeca

—Quería conversar con usted

quiero la puerta del garaje abierta de par en par y mi tío — Aliciña

dispuesto a llevarme en bicicleta rumbo a la mañana.

Desde hace más de sesenta años y conociendo al dedillo la naturaleza de las personas no le pido a una mujer sino que tenga la casa en orden y me deje en paz. Poca charla, un terroncito de azúcar en caso de que se porte con juicio y ahí las tenemos como es debido evitando que nos pongan el pie encima, que es el sueño de ellas, convencidas de que el mundo les pertenece, pero ochenta y cinco ya son años, soy una rata vieja, si levantan la nariz finjo no darmel cuenta y cuando menos se lo esperan no hacen falta palabras, basta con un apretón bien dado y lágrima más lágrima menos se ponen a raya otra vez, ¿quieres un cojín para la espalda?, ¿quieres que cierre la ventana?, ni una protesta si llamamos a otra al despacho que es lo mejor que tienen que hacer para vivir en calma y por la noche el camisón levantado y el cuerpo a la espera, no exijo que me abracen, no les pido teatro, solo que aguanten la tarea en silencio, se acurruquen al borde del colchón donde no repare en ellas y nada en mi cabeza excepto los alcornoques nuevos y la idea de la muerte

(me acuerdo de lo que fue con mi padre sollozando de miedo, el cretino — No me dejen solo, no me dejen solo)

y yo con ganas de pegarle avergonzado de él, la idea de la muerte revolviéndome las tripas y la certidumbre de que a Dios no solamente no le importo sino que no da ni un céntimo por mí, me ha olvidado y menos mal que me ha olvidado porque me quedo a gusto sin perderme en explicaciones del tipo de las que exigía mi padre, él antes de la enfermedad con la cresta alzada hasta que el gallo se cansó de estar allí tan manso, se convirtió en cáncer y acabó con su vejiga y con su próstata, mi padre perdiendo autoridad, adelgazando, señalándose los pantalones — Tengo una molestia aquí

se quedaba en el sillón mirando la pared y preguntando con buenos modales (por primera vez con buenos modales)

—¿Tú crees que es grave?

convencido de que era mi obligación pasar el tiempo con él como si no bastase con encargarme de la granja, corregir sus burradas y poner al personal a raya, mi padre desparramando en el escritorio los análisis del médico con la frente de quien observa el mapa de una batalla perdida

—¿Comprendes estos números al menos?

y un desmayo en la voz que me gustaba, bien hecho, una vacilación de pánico que me iba dando placer, la cocinera interrogándome con los párpados, más joven que yo, toda anillos, toda lujos, un piso en Vila Viçosa, una parcela en Reguengos, la visé también con los párpados y la muy pizpireta entendiendo y desapareciendo de mi vista

—Ya te aplico tu dosis, tranquilo

mi padre entendiendo igualmente pero conteniéndose quizá porque el Infierno asusta, en eso estamos de acuerdo, la carne de los hombros en los huesos y demasiado cuello para el pescuezo que tenía, un soplito infantil que imploraba mentiras

(—Sé buen chico y miénteme, qué te cuesta mentir el cretino hasta que por fin debajo de mi ala

—¿Qué te cuesta mentir?) —¿Tú crees que es grave?

y equivocándose de clueca porque no he nacido para gallina, yo sin necesidad de comprender los análisis para comprender la enfermedad, señalé uno de los papelitos al azar con una severidad de médico

—Esta no es gran cosa, qué pena

cogí una radiografía de modo que cayese al suelo y mi padre sin lograr agarrarla como si su vida dependiese de detener su caída, renunció porque la radiografía se deslizó por la alfombra y el cretino odiándome, solo faltó que me acusase de conspirar con la vejiga y la próstata, nosotros tres unidos con el propósito maligno de estropearle sus días, lo informé al marcharme para infundir un poco de energía en la pereza del administrador ocupado en rascarse el ombligo siguiendo con la mano a modo de visera la oscilación de los milanos

—Si estuviese en su lugar iría encargando el ataúd

y el cretino colgado de mí desorbitado de terror, se pasó tres meses rezando el rosario él que nunca rezaba, con las cuentas escondidas en el bolsillo para que yo no me enterase y llamó al cura para encargarle plegarias y misas que este presentó después del entierro en una factura aparte, por si las moscas le aclaré al cura en el pasillo acomodándole su bracito

—No creerá que le voy a pagar

y lo dejé masajeándose grasas y con el hueso machacado para que no se olvidase nunca mientras yo descubría agradecido que la enfermedad de mi padre, además de ayudarme a respirar, me volvía más firme, al administrador también le pareció cuando le retorcí el gaznate y acabé con los milanos, él que uno o dos años antes, por culpa del cretino sin noción de las jerarquías o despreciando al hijo, me trataba de tú

—Tú esto tú aquello

yo calladito soportándolo —Ya verás

y gracias a la ayuda de la vejiga y de la próstata, a quienes retribuyo su amistad, vio más pronto de lo que esperaba, hasta experimentó el tú sacudiéndose como un pollo

—¿Qué es eso, muchacho?

ora rojo ora pálido y no venas, fibras de cuerda, sin lograr conmoverme hasta que entendió quién mandaba

—Sí, señor, sí, señor

detestándome por lo que veo, estudiándose la tráquea a ver si le faltaban piezas y acomodándose lo que quedó de la camisa, tal vez debería haberle arrancado algunas

bisagras para que me detestase más, detéstense cuanto quieran y provóquenme úlceras si les da la gana siempre que se dejen guiar, lo encontré al día siguiente conspirando con mi padre en el despacho, el administrador con una gorra de visera en la cabeza y el cretino con la palma en el ombligo masajeándose los cólicos y apenas me vieron ni pío, angelicales, inocentes, uno de ellos se levantó del sofá de un salto pesado y el otro comenzó de inmediato a juntar los análisis, golpeándolos en un tablero para poner a la par los bordes, a pesar de ver en los cristales el olmo que planté de niño y me enterneció el corazón me acerqué al administrador hasta que la gorra le desapareció de la cabeza y se la puso contra el pecho

(adivinaba a la cocinera en la despensa detestándome igualmente y cambiando algunas piezas de la vajilla de balda sin sospechar que minuto más minuto menos recibiría su dosis)

y mi padre dándose cuenta no solo de quién mandaba sino también de quién no movería un dedo para impedir su muerte, mi madre falleció cuando yo nací y cuántas veces por la noche

no voy a entrar en ese tema, mientras el olmo exista yo aguento, me acuerdo de que era pequeño y le decía, conmovido y necio

—Ahora eres mi madre

cuando no necesito del olmo para nada, mañana para acabar con tanta sensiblería cojo el hacha y lo corto con dos golpes, mi madre al final una mujer ni mejor ni peor que la cocinera y la pandilla restante

(por algún motivo se casó con mi padre)

si yo hubiese vivido sacándome los ojos con ella — No me moleste, cállese

y en cierto sentido la prefiero difunta antes que tenerla persiguiéndome con jeremiadas hasta la puerta de la calle sin fuerzas ni para mandar cantar a un ciego

—Ponte la bufanda que hace frío —No has comido los huevitos

e imbecilidades de ese tipo, creo que me he librado de una buena, niñerías, exageraciones

—¿Por qué no me haces caso?

mientras que el olmo no se fija en lo que visto, en lo que como, no me pide que lo riegue

—¿Por qué no me haces caso a mí?

no se queja de parásitos o bichos, fui yo quien los encontró al reparar en las hojas oscuras y los brotes secándose, el cretino a mi espalda aleccionando al administrador

Mira al pasmarote cómo se ocupa de su novia, Belmiro

y yo aguantando así como aguanté a la cocinera, la dueña de la peluquería y la rucia de la mercería que picoteaban mi herencia, una pulsera para la izquierda, un secador para la derecha, si compraba el periódico era el anillo de compromiso de mi madre que me entregaba la vuelta y ni bufanda ni huevitos, una mudez de burla, hay momentos de debilidad, no sé, en que me imagino a mi madre diferente de sus

compañeras pero pronto comprendo que todas están hechas con el mismo molde y para qué perder el tiempo buscando matices entre ellas, sigo tirando qué remedio, de sigo tirando qué remedio nada, piso las semanas con energía evitando memeces, en cuanto al cretino se pasó meses confinado en el sillón, esquelético, amarillo, con un tubito en la boca y un tubito en sus partes, cobarde hasta el final

(—¿Está seguro de que usted era mi padre?) — No me dejen solo

ordené a la cocinera que fuese al despacho para acompañarlo en sus achaques, ella con ganas de matarme que es como prefiero que sean, me complacen el temperamento y la raza antes de partirlas el espinazo y, después de partirlas el espinazo, una mansedumbre que da gusto, mi padre se consumía en los tubos y la cocinera con el espinazo por ahora intacto y sal de ahí con malos modos

—¿Qué pasa?

yo como si no la oyese arrastrando el trípode hasta el sillón

(y ahí fuera el olmo aprobándome, tal vez no me cansase de sus desvelos, madre, le permito ocupar un ángulo de mi memoria con la condición de que si digo un ángulo es un ángulo, no piense que me commueve, no me commueve ni pizca)

arrastrando el trípode hasta el sillón donde los ojos de mi padre flotaban no en el lugar de ellos, sino en las mejillas, regresando de un sitio de oscuridad, de desgracias

—¿Tú crees que es grave?

y la cocinera dándose cuenta de qué madera era yo, allá se iban sus andares, la sopera y aun así vacilante la obstinada, yo en voz baja que nunca fui de gritar además de que no vale la pena gastar los pulmones con los otros, se tira de las riendas para aquí y para allá y si las mulas obedecen por qué no han de obedecer las personas también, me limité a mostrarle el trípode con dos palmaditas en el tablero y los dedos de mi padre se cerraron y se abrieron, su cara menos imbécil de lo que yo pensaba (lo felicito por ello, señor, enhorabuena)

anticipando el resto de la película, tal vez podríamos habernos entendido el uno con el otro, creo que no, probablemente, no lo sé, en todo caso se perdió la oportunidad, tarde para el cretino y tarde para mí, se acabó, por tanto anticipando el resto de la película y yo divertido con el montoncito de tibias en el sillón envueltas en el pijama, incapaz de impedirme

(si hubiésemos podido llegar a entendernos, ¿me sentiría feliz?) comunicarle a la cocinera con una amabilidad de pariente — Ahora te quedas ahí escoltando a tu novio

el despacho cuyos muebles me apresuré a cambiar así como cambié las habitaciones, la sala, me humillaron demasiado con aquel exceso de trastos que la misma mañana del entierro mandé quemar en el patio, como estaba aún fresco en el cementerio esperé a que mi padre se enfureciera con las llamas, él que no le compró ni un nicho a mi madre cuando levantaron sus restos, una simple placa en el muro donde encontrarse su nombre, nunca fui hombre de nostalgias y sin embargo no me costaban nada unas flores, se me pasó por la cabeza hablar con el guardia y colocar la

placa incluso sin restos dentro pero no me apetece que me venga la infancia a la memoria y con la infancia yo en la ventana contemplando la lluvia o con los dientes en la almohada mordiendo recuerdos que a ciertas alturas me asustan, por no hablar del viento que no me deja dormir en invierno y mi madre a la busca de sala en sala sin conseguir encontrarme, ayer pensé que ella en una pausa entre las tejas y un pájaro sin brújula que desviaron las nubes o las copas de los árboles

(no el olmo que no engaña a nadie)

un halcón peregrino al que despertó la luna y los dientes en la almohada mordiéndose a sí mismos, pero dejando esto de lado y volviendo a lo que interesa la cocinera solo un asomo de nalga en mitad del trípode maldiciéndome hasta la muerte que bien lo notaba yo en la firmeza de la espalda, yo comprobando

—Al menos de lomo eres una yegua decente

y preguntándome en qué antros del demonio las pescaba el cretino, los ojos de mi padre se clavaron un instante en mí y antes de triturarme

(yo acordándome de mi madre

—Ni una lápida vas a tener)

se perdieron, me preocupé con afecto

(quien reniega de la familia no merece tener alma) — ¿Se siente desvalido, señor?

y luego la espalda de la cocinera un sobresalto de furia, el cretino remó en mi dirección para vengarse de mí, levantarse del sillón, golpearme y siguió inmóvil con sus ollares grandes y después pequeños y las costillas desordenadas, cada una por su lado, si friese capaz de hablar exigiría que me contase

—¿Cómo era mi madre?

porque ni una foto se libró, descubrí en un cesto un álbum de fotografías al que le faltaban imágenes y en el espacio de las imágenes que faltaban manchas blancas de cola, puede parecer idiota

(a mí me parece idiota)

y sin embargo detuve el pulgar en las rugosidades de la cola — ¿No me ve, madre?

supongo que mi madre de primera comunión, mi madre con mis abuelos, mi madre con mi padre en Portalegre

(ciudad toda torcida)

de vacaciones con un vestido estampado, aún hoy a los ochenta y cinco años mi madre en Portalegre con un vestido estampado y la sonrisa cohibida que provocan las máquinas, partes importantes desenfocadas, partes sin importancia

(una manga, una sandalia)

nítidas, una mancha en la cara torciéndole la boca, su boca no es así, quítese la mancha, madrecita, fotografías que envejecen a las personas, las engordan, las disfrazan, cada fragmento de cola

(algunos de ellos los rascó el cretino)

mi madre gorda o delgadita, creo que delgadita, pequeña (yo que prefiero a las mujeres grandes)

de manera que para enseñarle a mi padre a no robarme lo que es mío dejándome unas costras en hojas de cartón le dije a la cocinera que se estiraba el delantal con la fantasía de esconderse las piernas

—Ven arriba a mi habitación

(hasta en eso un cretino, un trámoso de cuidado, me descubro ante él sin rencor, no solo yegua por el lomo, yegua también por las piernas, si no estuviese condenado a morir y el médico

—Una semana a lo sumo

el médico que nunca acertó en nada ni siquiera en la esposa, que lo cambió por un guardia forestal y se esfumó en Francia con la cuenta del banco, ocuparía yo el trípode y no le daría descanso mientras no me enseñase los trucos)

unas costras en hojas de cartón y por consiguiente bien está que su lengua tenga que luchar con el tubo

—¿Qué insulto me ha lanzado, padre?

mientras que la cocinera trepaba las escaleras con los tobillos de yegua y un balanceo de muslos que garantizaba buena sangre, señalé la habitación de mi padre en lugar de mi habitación por temor a que la lluvia me gritase a los oídos, con la lluvia la

infancia y con la infancia, desconsuelos, terrores, la santita en la cabecera (mi madre la santita con las manos cruzadas, sufriendo)

y yo arrodillado pidiendo por nosotros, por mí, el pánico de que al levantarme en el cementerio perdiessen mis restos y al no haber restos yo no habría existido, nadie que me ofreciese narcisos y repitiese mi nombre

—¿Este quién era?

una pausa

—No tiene importancia

y yo olvidado para siempre, un halcón peregrino o un difunto sin placa en los ovillos de la nada, en la habitación de mi padre ni santitas ni oraciones, muebles inmensos, negros, la escopeta de caza en el armario y el cretino en el bajo castañeteándole las encías

(ni una lápida vas a tener)

susurrándome con un asomo de terror —¿Tú crees que es grave?

no se preocupaba por mi madre, no se preocupaba por mí, veía el ataúd, el agua bendita y él sin poder defenderse, esposado al rosario

—¿Tú crees que es grave?

con la ilusión de cobrar aliento, curarse, tranquilícese por la cocinera, padre, que yo resuelvo esto en su lugar, ni siquiera cierro la puerta para que pueda enterarse, hundido en el sillón, de que cumple con la tarea, en la ventana los gansos salvajes

camino del este, el administrador viéndome y bajando la voz, le aconsejé que se afeitase antes de llamar a mi puerta, que no rozase la mano de las criadas y el pelota

—Patrón

no a mi padre, sino a mí, a este menda, le comuniqué con un codazo de camaradería entre machos

—Cuando tenga algo de tiempo le hago un niño a tu hija

no a su hija, se acabaron las ceremonias, un niño a tu hija, mi padre ha estirado la pata, eres mi empleado, y el pelota de acuerdo con que le entregase un nietecito sin papel ni iglesia para cambiarle los pañales, ir a Évora a la cola de las vacunas a perder toda una mañana y parte de la tarde y biberones y calor, el pelota sin vacilar

—Sí, patrón

desde la habitación del cretino los gansos camino del este, de vez en cuando, por pasar el tiempo, yo, un trito o dos y observo precipitarse unas piedras de plumas o sea en lugar de alas unos farditos que caen y les dejó los cuerpos a los perros

(carne amarga, venenosa)

ellos que los despedacen, que luchen, que aprendan a ganarse la vida amenazando y sufriendo así como yo aprendí a afilarme los dientes, lamentablemente no estaba el olmo a este lado de la casa, el pozo sí, la huerta, el lavadero desierto y no sé por qué todo aquello, aunque al sol, entrusteciéndome, ¿adónde habré ido a buscar esta melancolía?, qué agobio, la cocinera en las inmediaciones de la cómoda que mi madre trajo con el ajuar y aún su espejo, el perfume, cajitas de falsa plata donde las mujeres amontonan naderías que no valen un pimiento, cartas, cintas, miserias que les afectan

(nunca os entenderé)

mi madre mujer y por tanto naderías de mujer, un mechón en un sobre con el rótulo *Pharmacia Gonçalves* impreso, y yo con celos del mechón, de quién era, confiese, no desvíe sus ojos, si mi madre estaba conmigo clavaba mis ojos en ella como los halcones al descubrir un polluelo

—No minta

la cocinera, la yegua, con el tejido del suéter cediendo — ¿Qué pasó?

ella seguramente una cajita, no hay mujer sin cajita, un mechón atado con una cuerda y pelos que el tiempo descoloró deshaciéndose en polvo

—No mientas

además de la cómoda la perchita con la chaqueta y sus bolsillos llenos de mondadientes que mi padre usaba en el verano (el mismo que llevo ahora)

para instalarse en el pórtico murmurando solo, si por azar estaba con él se volvía hacia mí, daba la impresión de que iba a hablar pero cambiaba de palillo y estrangulaba los murmullos, cuando me rompí la pierna me rondaba a distancia

—¿No duele?

se notaba que la boca

—¿No duele?

formaba las palabras y ningún sonido el cretino, me señalaba al administrador

—Se rompió la pierna el miedica

y no obstante una inquietud, una alarma

(como si eso me importase a mí, no me importaba un pimiento)

lo oía empujando al médico hacia el despacho y cerrando la puerta con un hilo de voz

—Se pondrá bueno, ¿no?

mientras a mí con desprecio pasándome de largo — ¿Te rompiste la pierna, miedica?

la cocinera dieciocho años y un tufo de bosque, todo elástico, firme, voy a hacerte dar vueltas en el picadero y enseñarte a que comas de mi mano

—Toma ya

de quién era el mechón, confiésalo, no jures por tu vida, no mientas, y debo de haber hablado alto o si no mi padre habló alto por el tubito de su boca porque la cocinera sorprendida

—¿Te rompiste la pierna, miedica?

yo ensordecido por los cláxones de los gansos, mi madre en el cementerio alimentando la tierra, qué plantas es usted ahora, señora, qué arbustos, las hierbas que el jardinero iba segando con la máquina

(mi madre en un cubo)

y quemaba después abonando las margaritas con las cenizas, el suéter de la cocinera cedía y su nuca y su cuello no morenos, blancos, pequeñas arterias, tendones
(¿mi madre pequeñas arterias, tendones?)

usted es listo, padre, lo felicito, he ahí el olor de la fritura en la colcha (no voy a abrir la cama a propósito para que una mujer se acueste) el terrón de azúcar recibido de rodillas

—Toma ya

y de repente la habitación poblada de cómodas a las que le faltaban tiradores y adornos, en las cómodas fotografías arrancadas del álbum, que se notaba por las manchas de cola, fondos de jardín en que una sonrisa desenfocada y una sandalia nítida, mi madre una sonrisa y una sandalia, muebles inmensos, negros, en el interior de los muebles vestigios de carcoma y las perchas desiertas, la escopeta de caza en el armario con las iniciales de mi padre, eres un ganso de la laguna, fíjate en cómo precipitas en la huerta el pico abierto, las patas, yo prendiendo a la cocinera y descuartizándole las caderas

—Échale tu cuerpo a los perros

y no era esto lo que yo quería, lo juro por Dios, tengo miedo, soy un niño, muerdo la almohada con fuerza, observo caer la lluvia (si supieses lo que duele la lluvia)

quería al cretino cerrando la puerta del despacho y el hilo de voz — Mi hijo se pondrá bueno, ¿no?

mi padre que se interesa por mí, me quiere, se preocupa, cuando tenía exámenes en el colegio su expresión

—¿Y?

quería a mi padre con salud, sin tubos

—¿Tú crees que es grave?

mandó abatir al mulo que me quebró la pierna, entró en el establo y le ordenó al administrador

—No con la escopeta, con el sacho

el sacho en las rodillas y el animal derribado, la escopeta después, este es mi padre

—Ahora sí la escopeta

y las tórtolas del techo despavoridas, los ollares de mulo de la cocinera redondeados, pálidos no

—¿Qué pasó?

obediente, feliz, pensando que no me metería con su piso de Vila Viçosa y su parcela en Reguengos, bastó ponerle el pie encima y es evidente que feliz, en el rasgón del suéter la medallita en una cadena, busqué en el bolsillo uno de los más pequeños, lo separé de los restantes y le puse el billete en la mano

—Cómprate un suéter en buen estado y ponte en marcha

en el balcón el sobrino del administrador arreglando la verja y el ruido de los martillazos mucho después del gesto, haciéndome pensar que somos muñecos sin sentido braceando en vano, la cocinera se marchó

(yegua, yegua)

sin acomodarse el delantal ni alisarse el pelo, tal vez ella por la noche rezando también porque al entrar en la iglesia solo me encuentro con mujeres farfullando ante las imágenes, les extienden cirios que gotean en los manteles costras de cola de retrato y mi padre cuyas uñas crecían más que si estuviese bien de salud luchando con las costillas, el enfermero

—A ver si para con esa lengua

le echaba en el tubo con un embudito una especie de caldo y a pesar del embudo los ojos seguían a la cocinera sin detenerse en ella y se pegaban en mí

—Bribón

antes de debilitarse y partir, un ramillete de tibias se sacudió y se calmó, debía ayudarlo llamando al administrador

—No con la escopeta, con el sacho

y en cuanto el administrador acabase con el sacho — Ahora sí la escopeta

quién me asegura que el cretino no usó el sacho con mi madre, la cocinera dentro con dos compañeras más y ni un ruido siquiera, una de ellas la hija del administrador

(—Cuando tenga algo de tiempo le hago un niño a tu hija)

la otra en esta casa desde que me acuerdo de acordarme, instalada en una mecedora avivando el fogón aun sin brasas dentro con un ventalle de mimbre,

conoció a mis abuelos, creo yo, conoció a mi madre, estoy seguro, en una ocasión ella a mi padre

—Cállate

y el cretino sin atreverse a enfrentarse a ella, no lo trataba de patrón, lo trataba de tú, le decía

—Trae esto, trae aquello

y mi padre se lo traía, le decía —Has adelgazado

y el cretino le ponía más sustancia al guiso y le compraba regalitos en las ferias, chales, golosinas, lo crio, pues mi padre al administrador

—Me crio

lo reprendía por sus amantes con un cacarear de lata

—¿No te da vergüenza?

una tarde me topé con mi padre arreglándole el cuello y acariciándole la mano

— No me faltes nunca

y al final mi padre, no yo, un miedica, debilidades con las criadas y lo detesté por eso

(no lo detesté, lo desprecié)

la mujer sin edad avivando el fogón aun sin brasas dentro, falleció de nada, no se despertó, fue así, y el cretino todo un mes sonándose, antes de que no despertase me referí a mi madre y el ventalle más deprisa

—Deja a los difuntos en paz

si ella crio a mi padre quién me crio a mí, al cretino le dieron atenciones y perdieron el tiempo con él, a mí unos olivos en la heredad y la idea de la muerte revolviéndome las tripas, el olmo que no me responde a las preguntas y toda la santa noche una teja lanzando gemidos, si pudiese explicarle esto a una persona cualquiera, por ejemplo a la cocinera, susurrarle

—Oye

y contarle, pero con las mujeres poca charla, un terrón de azúcar siempre que se porten con juicio y se acabó, ochenta y cinco ya son años, soy una rata vieja, ocupo el sillón de mi padre no en pijama, con traje

yo no me muero)

sin tubitos en la boca ni en las partes, el administrador en el cementerio poco después del cretino, el establo desierto, la casa sin nadie, la escopeta de caza allá porque los gansos, resistentes como yo, bocinan por la mañana camino de la laguna, siento a los perros y no la saco del armario, despedácense unos a otros en el patio, la cocinera fuera de la muralla porque la visité un día con unas cursilonas de la ciudad, le eché unas monedas a una niña que ella ahuyentó hacia mí y la cursilona a mi lado

—¿Aquella es tu hija?

la cocinera se despidió sin una palabra, la llamé y no atendió, volví a llamarla y un pájaro de la noche rozando la ventana (¿un halcón peregrino?)

me echaba una mano mi padre —¿Qué hago, padrecito?

una opinión, un consejo, pero mi padre una caja en el muro que no visité nunca, por lo menos los huesos ahí dentro mientras mi madre sin huesos, una cajita que guardé en el sótano en medio de lámparas estropeadas y el pesebre de cuando yo era pequeño al que le faltaban pastores, observo la lluvia desde el balcón y lo que queda del almacén donde ya no hay ninguna tórtola, quedan las ranas del charco cada vez más exaltadas casi comiéndose a la gente, un día de estos, ya verán, una de ellas da dos saltos, llega a mi vera y me lleva, además de las ranas, plantas al azar, retamas, el olmo oscuro en el que unas pocas hojas

(no hojas, los nuditos de una rama)

ilusiones de las que nos servimos para continuar, el cretino por ejemplo — ¿Tú crees que es grave?

con la intención de que yo

—¿Grave qué?

y al final ningún tubo, la próstata en calma, grave qué, tantas madrugadas de caza aún por delante, perdices en Montemor, conejos en Redondo, el miedica de mi hijo sin iniciativa, un inerte, en cuanto el mulo lo sacudió en lugar de ponerlo en línea la piernecita rota para alterarme los nervios con el toc toc de la muleta, el administrador coincidiendo conmigo

—No recibió ni esto de usted

y que no recibió es un hecho, mala suerte la suya, miraba la lluvia, rezaba, cuando madre se quedó embarazada el médico me previno

—Cuidado

porque no sé qué en el pecho, madre miraba la lluvia también y si por casualidad me miraba daba la impresión de que yo era lluvia, no una persona, lluvia, una cosa que iba cayendo y no le afectaba, preguntaba cualquier cosa y nada, no con enfado, olvidada, auscultándose a sí misma, su propio vientre, el niño, entendiéndose

con él así como los árboles se entienden con la tierra en un idioma que se nos escapa, sin relación con nosotros, no recuerdo haberle oído decir mi nombre, me acuerdo de una cajita en la cómoda con ese revoltijo de las mujeres, cartas cintas estampas, un individuo con charreteras

—Mi tío

y nunca creí en lo de tío porque el individuo no era un pariente para ella, un hombre, una noche en que me creía dormido la sorprendí besando la foto, un nombre

(no el mío)

y añoranzas, promesas, al acostarse intenté tocarla y me apartó

—Perdona

no repugnancia ni enfado, distraída

—Perdona

en el momento del parto, en diciembre, el cielo tan bajo que lo tocaba con el dedo, desordenaba las nubes y las ponía enseguida en los ganchos lo mejor que podía antes de que el médico se diese cuenta, nubes con una argollita para la cabeza de los

clavos, estaba acomodando la última y comprobando si estaba derecha cuando el médico me sobresaltó en el despacho con las manos goteando dedos y membranas rosadas

—Si yo fuese usted, iría a la habitación

y no reparé en mi mujer ni en mi hijo, reparé en la cajita no en la cómoda, en las sábanas, el revoltijo que ellas reúnen a escondidas con misterios de tesoro, las cartas esas, las cintas esas, naderías que cualquier hombre desdeña, mi mujer de repente con la nariz larguísima y la lluvia de la ventana con una lentitud de plumas, no gotas, plumas que se amontonaban en la mesita de las medicinas, un codo empujándome con pena de mí

—Es la vida

y si las plumas no me engañaron me dio la impresión de que por primera vez mi nombre aunque mi nombre fuese

—Es la vida

aunque mi hijo el hijo del individuo con charreteras sin nada en la foto salvo una fecha que ella intentó borrar y se notaba, por la fuerza del lápiz, de ocho meses antes (no, de siete)

una fecha de siete meses antes, mi mujer, que no salía de casa, siempre en este sillón mirando el cielo a la espera de que la lluvia y yo en Montemor con algunos perros hasta que con la primera luz las palomas, es decir, hembras en una balsa reuniendo a sus crías y el grito del macho, o sea del individuo con charreteras en el establo, entre las mulas y las vacas, mi mujer no

—Es la vida

entendiéndose con él así como los árboles se entienden con la tierra y no lograba oírlos porque las palomas, el arma, el alboroto de los perros, una bandada allá en el interior de las mimosas, yo el hazmerreír de Évora, la mujer que ayudaba al médico murmurando sobre mí, el administrador a mis espaldas al tractorista que le daba fe de las señales

—El patrón

de modo que se comprende que al cabo de cinco años al levantar sus huesos ordené

—A la fosa de los pobres

y ninguna placa en el muro, ninguna balda con flores, esterlicias rosas crisantemos, no insistas

—Es la vida

caven un hoyo en la fosa de los pobres y las cenizas de ella y la lluvia y el individuo con charreteras y el establo de las mulas y de las vacas ahí dentro, toda la lluvia del Alentejo ahí dentro y el cementerio y Évora y la casa, sepúltense con la casa y ya ahora la cocinera, claro, para que aprenda a no aprovecharse de un viejo con un tubo en la boca y un tubo en las partes, cobarde hasta el final

—No me dejen solo esto mientras mi hijo (no mi hijo)

en uno de los barrios de mendigos que prolongan la ciudad en dirección a España
parando el automóvil no en una carretera, en un camino bordeado de pitas y de esos
pájaros de cola larga que nunca me gustaron, frente a la chabola donde la cocinera

(qué se ha hecho de los tobillos de yegua, del temperamento, de la raza — ¿Qué
pasó?)

y con la cocinera un niño abrazando una forma

(dónde está la dueña de la mercería y la pelirroja de la peluquería, no me dejen
solo)

la forma arrastrándose en el talud, mi hijo (¿mi hijo?)

que sabe lo que ellas valen y les conoce las mañas una moneda, dos monedas y
adiós, una de las cotillas sin creérselo — ¿Tu hija?

(¿hija de él?)

o si no un halcón peregrino despierto por la luna, mi respiración animándose, los
ojos reteniéndolo un instante y perdiéndolo, qué es esto que sube desde mis pies,
desde la ingle, a quién pertenece esta voz sin repugnancia, pensativa

—Es la vida

y creo que pertenece a quien me quita los tubos de la boca y de las partes y mi
lengua libre de modo que puedo dirigirme a quien me apetezca, salir de este sillón e
instalarme en el porche viendo encenderse las bombillas en el granero, ninguna
pluma entre nosotros, el aire limpio, las tórtolas reunidas en el tejado y en el margen
del charco la alegría de las ranas.

UNA DE LA MAÑANA

1

Cuando llevo muchas horas despierta sintiendo el tiempo que no sé hacia dónde va en el reloj electrónico, sé que pasa por mí con un zumbidito leve, comienzo a distinguir cosas en la oscuridad, primero los muebles que dejaron de ser muebles y perdieron su nombre y después el techo, las paredes, el cuadrado más claro de la ventana y el rectángulo más claro de la puerta, esos sí aún techo y paredes y ventana y puerta y yo sin embargo perdiéndolos también y olvidando lo que son, parece que el alma se me sale como un humito y tengo miedo de que no regrese más, que quedándome sin alma me quede sin toda mi vida y siga respirando como respiran las cortinas y los árboles que, por más que nos hablen, no podemos oírlos, no nos preocupamos en tal caso por ejemplo de que se asustan, de que sufren, no forman parte de nosotros, andan por ahí y se acabó, cuando llevo muchas horas despierta mi cara comienza a volverse de la misma materia que esas cosas de la oscuridad y deja de ser cara, los brazos dejan de ser brazos así como los muebles han dejado de ser muebles y han perdido el nombre

(¿cómo llamar a mi cara, a mis brazos?)

en cierto momento no veo el techo ni las paredes ni la ventana ni la puerta que además no da a ninguna parte a no ser a la noche, es decir, a otra oscuridad en que barcos difuntos navegan un momento, vislumbro mi pasado pero fuera de la cabeza, distante de mí, y en el pasado a la mujer del Pragal, a mi marido, a mi hija, no se trata de recuerdos melancólicos sino, por el contrario, normales, casi felices, mi hija acercándose y sonriendo, no en casa, en el parque en el que no hay noche nunca y no perdemos el alma, hay cedros, un vejete que se levanta de un banco trepando a pulso bastón arriba, sin articulaciones ni cremalleras y de repente en su expresión años antiguos, un papagayo de yeso en una jaula, bailes de máscaras, corridas de toros, mi marido en la playa construyendo con mi hija un muro contra las olas que la creciente deshace, creo que mi marido y no mi marido, el hombre que prometió visitarme y no me visita y sin embargo mi hija tan huraña con los desconocidos habituándose a él sin extrañarse, el cuadrado de la ventana encendido si un automóvil en la calle, no el automóvil del hombre porque le conozco el motor, un automóvil cualquiera devolviéndome un ángulo del marco con rositas de cobre y en cuanto se acaban los faros todo tan vasto, qué horror, por un segundo el manzano que gracias a Dios me abandona impidiendo que me aflija y la muñeca no llega a formarse en la hierba junto al tronco, mañana si mis brazos son míos bajo al patio a cortarlo, en el sótano un arca que empujan y nadie ahí abajo, en una ocasión mi padre tocó el timbre sin aviso

(—¿Cómo ha dado conmigo, señor?)

avanzó ocultando una mueca porque un chasquido en la rodilla y un nervio vibrando le contrajo la mejilla, acomodó en el sofá los fragmentos de la espalda que iba apilando uno a uno

(el tercero tardó en encajar, el hombro derecho dio la impresión de que iba a estallar y las cejas se trocaron)

—¿Es aquí donde vives?

o sea mi padre un juguete desintegrándose en una exageración de cuerda que iba perdiendo miembros, la mano posada en el sofá allí sola, sin él, si yo la cogiese me la llevaría, no se comprendía el tamaño de la voz que no se ajustaba a la boca

(alguien hablaba por detrás de él mientras sus labios se movían diferentes de los de antes, torcidos)

—¿Es aquí donde vives?

y no desdén ni furia

(—Me pones nervioso tú) un lamento

—Cuánto he envejecido, ¿no?

cogió la mano y la acomodó en su regazo preocupado porque yo diese fe de su lamento, quien hablaba por detrás de él se marchó y en lugar de pronunciar las letras las alineaba despacito, esta aquí, esta pienso que allá, no estoy seguro, será mejor más

adelante, mi padre examinando la frase, decidiendo que ya estaba acabada, vacilando

(¿estaría acabada, padre?)

volviéndola en mi dirección

(—Debe de haber sonidos equivocados pero la entiendes, ¿no?)

y la frase llena de espacios

—Dime, ¿cuántos siglos ha que falleció tu madre?

el signo de interrogación apenas esbozado y mi madre no como en el momento de su muerte, mucho antes, con una bata a rayas de la que apenas me acordaba, sonreír a la bata componiéndole un tirante y ella sacudiéndose

—Déjame

me prohibía acercarme, besarla, mi padre otra mujer, la enfermera del ambulatorio que olía tan bien, mi madre detestando el olor

—Peste de furcias

es decir, envidiando el olor y detestándolo por eso, retrocediendo ante mi padre

—Quién sabe por dónde habrá andado esa boca

le devolví la frase a mi padre sin perder ni un acento por si los necesitase, nunca se sabe, mi madre falleció hace once años, señor, y unos parientes de luto se cruzaron con nosotros cargando flores, uno de ellos bebía de una botella en la esquina de una tumba y con la muerte de mi madre me faltaba algo que creía que era ella y no lo era, era yo durante mi vida con ella, las salas aumentaron y me sobraba sala y cocina, pensé que en los bolsillos de la bata, colgada con los paños de los platos, el secreto del mundo y solo pinzas de la ropa

(una de ellas rota)

llaves, facturas, probé a cambiar un tiesto de lugar y nadie protestó, objetos conocidos de toda la vida que se volvían extranjeros, interrogué a los parientes de

luto

—¿Ya se van?

el cura me bendijo de lejos en el portón del cementerio después de vaciar el recipiente de agua bendita en un arriate y alborotar a los gorriones, mi madre falleció hace once años, señor, le preguntaba

—¿Qué le pasa, madre? y ella buscándome

—No veo

tirando de la sábana con los dedos que fallaban, esto no a la una de la mañana como ahora, si pasase del mediodía sería un minuto o dos porque en el reloj las siete y trece, mi madre

—Ven acá

y yo apoyada en la pared, con ganas de bajar a la calle, de desaparecer, mi padre equivocándose en las palabras que me quería decir y gastando las de otras conversaciones que le hacían falta

—Guárdelas que puede llegar a necesitarlas, señor mi padre

—Las pasé moradas para descubrir dónde vives

y yo pensando a qué olía la enfermera del ambulatorio ahora, ignoro si la reconocería al verla ya que poco más recuerdo además del sello, una blusa roja, una arruga en el mentón, once años sin entrar en el periódico y pedirle dinero, padre, el piso en que vivimos desierto y casi no me acuerdo de que haya vivido con nosotros, de ropa de hombre en el tendedero y yo admirada ante las camisas y los pantalones, mi madre

—No la toques que la ensucias

no tengo idea de usted, tal vez de la cama chirriando de noche y una especie de urgencia

—Ahora

pero tal vez no

—Ahora

por la radio encendida, memorias que se confunden, ninguna ropa de hombre en el tendedero, tengo la impresión de que lloro, no tengo la impresión de estar triste, de probar una lágrima que no sabía a nada, de forzar una segunda lágrima para asegurarme, antes que la lágrima a mi alcance

(la sentía acercarse) a mi madre

—Suénate

me acuerdo de nosotros en el periódico, ella frente al escritorio y yo reconociendo la ropa del tendedero con un gesto que negaba por encima

¿Ni a tu hija la ayudas?

Y la persona que

—¿Ni a tu hija la ayudas?

la misma que

—Ahora

y ni la urgencia ni la radio, mi madre dentro de un sollozo — Ahora que reencontré mucho tiempo después

—No veo

la misma ansiedad y la misma prisa tirando de la sábana con dedos que no atinaban, tirando de la casa entera y no solamente de mí

—Acércate

el papel de las paredes, la tabla de planchar, toda la manzana — Acérquense

no lloré porque no valía la pena, estaba segura de que mis lágrimas no sabían a nada y ya que estamos con las manos en la masa a propósito de las lágrimas

(—Las pasé moradas para descubrir dónde vives)

un nervio de mi padre arrugó la mejilla y la mano por sí misma se animó y revoloteó en la sala, creí haberla perdido y reapareció en el regazo, una de las fracciones de la espalda se sacudió antes de ajustarse de nuevo, pensé que iba a sacar dinero del bolsillo y entregármelo y en eso me di cuenta de que no veía tal como mi madre desorbitando los ojos hacia mí

—No veo

veía a mi padre recoger camisas y pantalones y meterlos en la maleta, rozándose el pelo con la palma sin atinar con el pelo, atinaba con el hombro

—Hija

y se retraía enseguida, hoy un viejo sin descubrir las palabras que debía alinear letra a letra, de vez en cuando un proyecto de frase

—Te he añorado

y rechazándolo por no tratarse de añoranza — No es añoranza

de la misma forma que ni desdén ni furia (—Me pones nervioso tú)

aguardaba que le respondiese y yo callada, no había nada que decir, decir qué, que camisas y pantalones en una cuerda de tendedero, que mi madre

—¿Te ha dado el dinero al menos? en cierto momento cambió el — ¿Te ha dado dinero al menos? por

—No veo

tirando de la sábana y del mundo con dedos que fallaban, no en esta casa, en la otra, ni para sonarme

(—Suénate)

necesito de usted, nunca he llorado de tristeza, he llorado para probar lágrimas que no sabían a nada, las recogía con la lengua y una gotita insulsa de modo que cuando fue lo de mi hija yo seca y si me tocaban el mentón se daban cuenta de que estaba seca, no heredé de usted un nervio que vibrase arrugando la mejilla, no solté una frase dirigida a nadie, me quedé en el patio pensando tengo que cortar la hierba, no pensaba en mi hija, pensaba tengo que cortar la hierba, traje la tijera y la corté mientras ellos en el velatorio, yo alrededor del árbol cortándola mientras un cortejo de automóviles no sé hacia dónde y si afirmo que no sé hacia dónde es que no sé hacia dónde, no me preocupaba hacia dónde, me preocupaba cortarla, meterla en un

cubo y quemarla junto al muro, al llegar del cementerio la quemaba junto al muro, el único asunto que me importaba era quemarla junto al muro, sentía que me miraban sin levantar la cabeza porque tenía que asegurarme de que no quedaba ninguna hierba, yo igualita a mi padre pero tal vez mi padre no usted, coloque sus pedazos unos encima de otros, déjeme en paz, váyase, métase en la cabeza que no pienso en usted cuando estoy muchas horas despierta sintiendo en el reloj electrónico el tiempo que no sé adónde va, sé que pasa por mí con un zumbidito leve y comienzo a distinguir cosas en la oscuridad, primero los muebles que han dejado de ser, después el techo, las paredes,

el cuadrado más claro de la ventana, el rectángulo más claro de la puerta, el alma que se disipó en un humito y tengo miedo de que no regrese más, que perdiendo el alma pierda toda mi vida y siga existiendo así como existen las cortinas y los árboles que por más que nos hablen no les prestamos atención ni forman parte de nosotros, la señora del Pragal

—Ana Emilia

(espero que la única persona con nombre en este libro, la única auténtica)

el hombre que a pesar de las promesas que hace nunca llega de Évora, después del episodio de la cuerda evitaba a la muñeca y al evitar a la muñeca ella girando, girando, la hierba cenizas sin importancia que la primera lluvia disolverá mañana, usted, padre, disuelto, que pase bien el resto del día, desaparezca, mi marido vestido de mujer con la esperanza de que yo lo ayudase

—Ana Emilia

(¿seré la única persona con nombre en este libro?)

y yo frente al guardarropa abierto viendo apenas al hombre que debería visitarme y no me visita, miraba a mi hija sin preguntarme, sacaba una percha de la barra

(no tendré sueño en toda la noche, me quedo así despierta) y ordenaba a mi marido

—Ponte este

otro hombre que no había encontrado antes y golpeaba también extiéndole un brillito en la palma

—¿Y los pendientes?

maquillando a mi marido con mi pintalabios, intentando adornarlo con mi anillo

—¿Quién más en la imprenta hace quedar mal al Gobierno?

mi marido, él sí, no mi padre, con un nervio que al vibrar le arrugaba la mejilla, mi marido que trabajaba en la policía haciendo quedar mal al Gobierno, imprentas, panfletos y yo frente al guardarropa como frente a la muñeca pensando

—Tengo que cortar esta hierba, tengo que cortar esta hierba y ninguna hierba, la alfombra, la tarima, el hombre no en Evora, en Lisboa, mi marido presentándomelo

—Un compañero

(aunque dure milenios mis lágrimas no sabrán a nada)

esto dos o tres años antes de que naciera mi hija, llamaron a la puerta y era el hombre

—¿No está su marido?

sentado donde se sentaba mi padre

—Las pasé moradas para descubrir dónde vives

mi padre ocultando una mueca porque la rodilla chascó

(la rodilla de mi padre chascaba también, al principio no noté que un martillo

— ¿Engañándonos?

yo frente al guardarropa casi sin verlos

—Mañana corto la hierba

o sea no viéndolos ensimismada por la hierba)

—¿Es aquí donde vives?

criticándome los cuadros y la mesa, si mi madre estuviese conmigo coincidiría con usted

—Tan feo

no, mi madre revirando los ojos hacia la pantalla — No veo

y si pasaba del mediodía era un minuto o dos porque el reloj siete y trece, me acerqué al tendedero y las tipas

—Hola

no se asustan, no sufren, están allí y se acabó, el hombre a mi marido — Vístete de mujer que a tu esposa le gusta

y no era a mi marido a quien pretendía humillar, era a mí — ¿Por qué te casaste con él?

tenía una hermana en Estremoz, anunciaba

—Un día de estos le haré una visita a mi hermana

es decir, un día de estos atravesaba Estremoz evitando a su hermana así como parecía que me evitaba a mí, se sentaba sin mirar, no

—Las pasé moradas para descubrir dónde vives

detestándome con un silencio enfadado, detestando a su hermana, si mencionaba a mi hija

—No me hables de muertos

se iba por la noche y lo sentía en la habitación recogiendo a oscuras la corbata, los zapatos, metía uno o dos billetes bajo el perfume de la cómoda, nadie me saca de la cabeza, a juzgar por su torpeza, que no estaba lleno de miedo, yo que no aterrorizo a nadie y dentro de poco existiendo el pasillo, la puerta de la calle existiendo igualmente, cinco o seis pasos en los escalones y se

acabó, nunca —¿Necesitas algo?

un ladrón, ponía la cabeza en su almohada porque si mi cabeza en su almohada tal vez supiese lo que siente, lo que quiere, tuve que esconder las fotos de mi hija puesto que él

—Las fotos

cortando la hierba alrededor del manzano también, quemarla junto al muro y de nuevo un cortejo de automóviles de luto yéndose sabe Dios adónde, le regaló la muñeca y la muñeca lo asustaba con una cosa suelta ahí dentro, de metal o de plástico, conversando sobre asuntos que mi hija y yo no mencionábamos nunca, no había secretos entre nosotros y en caso de que los hubiese la cogía por los hombros y la hacía girar en el portón del colegio antes de que la madrina de la alumna ciega

—¿Qué pasó?

y no ha pasado nada, tranquilícese, estamos bien, nunca entendí el motivo de que las muñecas no sonrieran

(muéstrenme una muñeca que sonría, no una sonrisa pintada, una sonrisa de dentro, feliz)

expresiones que fingen no comprender y comprenden, están al tanto de todo lo nuestro, mi hija se cuidaba de no venir a molestarme y si alguien en vez de ella, la muñeca por ejemplo

—¿El padre?

mi hija disimulaba sacudiéndola —No agobies a mi madre, cállate

en caso de girar el picaporte la encontraba encogida en la cama mirando el patio, no exactamente el manzano, sino los árboles de la China más pequeños, más frágiles, con florecitas

rosadas

(uno de ellos se secó)

o la hierba alrededor de los arriates, esto con doce, trece, catorce años, igual a las muñecas, o sea también quieta, pareciendo

no entender (entendía)

y también sin sonreír, las flores de los árboles de la China musitando confidencias y callándose antes de que mi hija o yo — ¿Qué pasa ahí fuera?

cuando el hombre llegaba de Évora se hacían las distraídas y no merece la pena que te pongas nerviosa que esto es una novela, me han inventado y no obstante mi

hija, las flores, faros que muestran el respaldo de la silla y la cortina más cerca de lo que yo creía, acabándose los faros todo tan grande, qué horror, el lavabo en el rincón opuesto del mundo, el pasillo infinito

(—¿Cuándo se acaba el pasillo, madre? —No se acaba)

si me visitasen hoy ningún cuadrado más claro de ventana, ningún rectángulo más claro de puerta, mi padre

—¿Es aquí donde vives?

y yo dispuesta a evitar que cualquier porción de él se desencajase de la pila, por qué motivo las personas me fastidian, insisten, la enfermera del ambulatorio

—¿Cómo te llamas, chiquilla?

sin sonreír, el barniz sonreía por ella, la boca auténtica quieta (la muñeca un dientecito, dos dientecitos, ella ningún diente

—¿Tiene algún diente usted?) amenazando en silencio

(y no obstante creo que los pacientes del ambulatorio la oyeron y la prueba de que la oyeron es que estaban inmóviles, atentos) — Me pones nerviosa tú

la tarde en que mi padre se marchó ella a la espera en la avenida, la sombra primero horizontal y después vertical al encontrar una fachada, la sombra de mi padre con la maleta mitad horizontal y mitad vertical, mi madre bajó la persiana en cuanto las sombras quedaron superpuestas, cuatro brazos, dos cabezas, un cuerpo, al partir las sombras seguían en la calle, fueron los empleados del Ayuntamiento que lavaban la noche con mangueras con una furia de ecos

(doliente cada mínimo sonido)

quienes las ahuyentaron junto con recuerdos de perro camino de la plazoleta, observé al despertar y nadie, el cielo púrpura, camionetas de fruta por ahora espaciadas, al alma no me salía del cuerpo en esa época, protestaba encerrada y necesitaba espacio para ordenar lo que no sabía qué era y no obstante crecía, mi madre a la mesa

—¿Qué tienes tú?

y un peso de viudez sin difunto aumentando con la cena, en una ocasión o dos la sospecha de que mi padre estaba en la acera y huyó, le pregunté al sofá

—¿Era usted, señor?

y la mano sin brazo ahora confusa, regresando al regazo toda deditos culpables
— Me pones nervioso tú

el hombre de Évora sin mirar a la muñeca

(los árboles de la China repicando, debe de haber una campanilla en el patio)

y el tiempo que debe de haber pasado vacilando en la tienda, antes de vacilar en la tienda vacilando en la vitrina sin atreverse a entrar, rezó para que su hermana no en Estremoz, sino acompañándolo y resolviendo el asunto sola

—Quédate ahí fuera

una mujer fuerte que no volvería a ver, de Estremoz se acordaba de una feria cuando pequeño, un gitano de bruces por un tiro en las costillas y el chaleco que se hinchaba y se deshinchaba a medida que la sangre, mi marido al espejo mostrándome uno de los pendientes

—Me obligaron a ponerme esto, mira

y los codos del gitano en el suelo, tierra en el pecho, en la cara, caballos asustados que tropezaban en la verja y la música creciendo, el gitano mirando al hombre, con tanta gente alrededor, sin que comprendiese el motivo

—¿Por qué yo?

mientras mi marido iba cayendo en el espejo no por fracciones como mi padre, entero, fuera del espejo desconozco lo que pasaba, el segundo hombre

—Sujétalo

el médico de la policía me invitó a firmar un papel abriendo la estilográfica (una estilográfica cara)

—Aquí está

explicándomelo no a mí, a alguien que no había a mi lado
Un problema en el corazón que su esposo debería haber tratado, señora
y todo el tiempo que estuvo conmigo se dirigió a alguien que no había a mi lado,
en el caso de yo a mi lado se desviaba más

—Si hubiese tenido juicio habría vivido algún tiempo

las fotos de quien mandaba, un guardia escuchándonos desde la puerta

—En su lugar para tranquilidad de todos no mandaría destapar el ataúd una de la
mañana y yo despierta, mi madre en cierto momento — ¿Falta mucho para que se
haga de día?

y aunque quisiese no la encontraba en la cama, lo que quedaba más sábanas que
carne, arrugas de funda, colchón, mi padre componiéndose en sus vértebras

—Dime, ¿cuánto tiempo hace que falleció tu madre?

el tiempo para él sin relación con el tiempo y tardé en comprender que buscaba a
mi madre, no a mí

(—¿Me pones nervioso tú?)

yo una niña a la espera en el despacho del periódico, subía al primer piso sola, me
quedaba a la entrada repitiendo instrucciones — No te olvides de pedir el dinero

un teléfono sonando y yo acercándome al teléfono no en esta sala, la de la
izquierda, y la de la izquierda vacía, me equivoqué, el timbre una pared más adelante,
en la habitación siguiente, en esta

(juraría que en esta)

y nunca pensé que dos estancias fuesen tantas, ventanas para un lugar que no
parecía Lisboa, edificios diferentes de aquellos que había visto en la calle y el cielo
sin color que no servía de nada, si mis lágrimas supiesen a algo las aprovecharía
enseguida y lloraría, el teléfono se interrumpió y volvió a sonar y en cada estridencia
de timbre mi nombre

—Ana Emilia

(por lo menos tengo un nombre)

la certidumbre de que mi madre estaba enfadada por la espera y por tanto pedir
disculpas, contarle, un armario de pronto y me desvíe a tiempo, por una uña negra no
logró tragarme, con un garrafón dentro tragado hace siglos, yo con pena del garrafón

—Pobre

y el teléfono indicándome caminos errados contento de que yo me perdiése
— Ana Emilia

las aguas estancadas de los edificios antiguos, camas que desarmaron y en medio
de ellas la de mi madre en un susurro urgente,

—Ahora

ya que hablé del

—Ahora

tengo la impresión, es decir, no estoy segura

(yo con dos o tres años, no más)

de que la vi desnuda una tarde, un cuerpo monstruoso differentísimo del mío, adelanto esto indecisa, no lo sé, yo mirando a mi madre y mi madre mirándome, después cogió una toalla y el cuerpo desapareció

(¿mi cuerpo monstruoso hoy día?)

ganás de preguntarle a mi padre con la esperanza de que me asegurase que no, una juguete de la memoria, una manía mía — ¿Usted se acuerda del cuerpo de ella?

es posible que por estar despierta desde hace muchas horas suponga cosas que no existen, no lo tome a mal, señor, volviendo a lo que estaba contando las aguas

estancadas de los edificios antiguos, mi madre — Deprisa

esperándome ahí fuera, en casa hacía encaje y eso sí, es verdad, y una paz de silencio, yo tranquila, las facciones de ella en su lugar, por orden, y si levantase el mentón se desordenaría todo, yo con miedo a que me preguntase, igual que doña Irene, las tablas y los ríos de modo que respondí enseguida

—No lo sé

y doña Irene o ella decepcionada conmigo, mi madre a la espera y habitaciones y habitaciones, gracias a Dios ningún gitano con los codos en el suelo, ningún caballo asustado tropezando con la verja

(una y diez de la mañana)

ningún árbol de la China haciendo repicar campanillas, si por casualidad una muñeca en la cuerda del tendedero corto la hierba y se acabó, en medio del pasillo el teléfono en silencio o demasiado remoto para poder oírlo, un medallón con ninjas de cuerpos monstruosos, sin toalla

(¿ayo así hoy día?)

y en esto al insistir

—¿Dónde quedará la salida?

(cuando me quedé embarazada de mi hija me sentía normal) un individuo separando fotografías, cartas

—¿Se ha fijado en quién está allí, señor?

en la ventana la calle que yo conocía y un ciego en un portal murmurando ausencias, mi madre quiso dejarle una moneda en la palma y el ciego

—No soy pobre, señora

con qué soñarán los ciegos, qué ven si duermen, la nariz hacia arriba escuchando porque oyen con la nariz, si soñaran conmigo cómo seré en sus sueños, cómo piensan en nosotros

(una y veinte de la mañana)

al pensar en nosotros, el olor de la enfermera del ambulatorio surgió y se desvaneció y nadie sellando en un mostrador, mi marido

—¿Tu padre un periódico?

un domingo en el café el meñique de él en mi meñique (—El meñique ya está, ¿y ahora?)

un individuo separando fotografías, cartas

(si yo fuese ciega me ahorraría la muñeca girando, mi hija no en una cuerda,
viva, con la muñeca daba igual que las muñecas no mueren y por consiguiente la
hierba del arriate creciendo en calma

—Crece lo que te venga en gana, ¿a mí qué me importa? un individuo separando
fotografías, cartas

—¿Se ha fijado en quién está allí, señor?, (¿el ciego a la espera de qué?)
mi marido avanzó del meñique hacia el brazo, dos dedos, tres dedos, pueden no
creerlo, pero el reloj de él me ensordecía de tal forma que no comprendía las
palabras, supongo que

—¿Se ha fijado en quién está allí, señor? y mi marido
Me pones nervioso tú
no hagan caso, lo he cambiado todo, mi padre en el escritorio sin una mirada
siquiera

—Me pones nervioso tú
lo ponía nervioso desde que nací, reconózcalo, y en el caso de que me haya
querido por qué dejó de quererme

—¿Es aquí donde vives?
una y treinta y dos de la mañana y cuando estoy muchas horas despierta comienzo
a distinguir cosas en la oscuridad, primero los muebles que han dejado de ser,
después el techo, las paredes, el cuadrado más claro de la ventana y el rectángulo más
claro de la puerta aún techo y paredes y ventana y puerta y yo sin embargo perdiendo
la noción de lo que son, parece que el alma se me ha salido en un humito y tengo
miedo de que no regrese más, que perdiendo el alma pierda mi vida y siga respirando
como respiran las cortinas y los árboles que por más que nos hablen no los podemos
oír, están ahí y se acabó, mi padre

—Las he pasado moradas para descubrir dónde vives y qué curioso, ¿no le
parece?, yo a la espera de

—Me pones nervioso tú
y de repente un caballero de edad ocultando una mueca porque la rodilla chascó
(no nos besamos, qué idea, nunca besé a mi padre)

y un nervio que al vibrar arrugaba la mejilla, usted que si estoy muchas horas
despierta me ayuda con la hierba

(—¿Quieres que te ayude con la hierba?)
no alineando las palabras unas después de las otras, esta aquí, esta pienso que
—Debe de haber sílabas equivocadas pero comprendes, ¿no? mi padre y yo
decidiéndonos

—Tenemos que cortar la hierba
agachados en el patio metiéndola en un cubo sin mirar el manzano o la cuerda, a
lo sumo

—Las he pasado moradas para descubrir dónde vives y para qué más charla, el individuo separando fotografías, papeles

—¿Se ha fijado en quién está allí, señor?

y estaba una mujer asustada por el azúcar de la sangre (—Vamos a repetir el análisis)

no una niña a la espera del dinero —¿Te ha dado dinero al menos?

ni una muchacha a quien la ensordecía el reloj de pulsera, una mujer que no se acordaba de usted, no lo echaba en falta (—Eres igualita a tu padre)

y a pesar de todo lo acompañaba hasta las escaleras, volvía a casa, apoyaba la mano sin brazo en el regazo y me quedaba siglos con la esperanza de que minuto más minuto menos

(imagina la escena, ¿no?) llamase a la puerta, padre.

Los perros deben de haber desistido de rondar el garaje porque dejé de oírlos, no responden desde las pitas, proyectándose hacia arriba, a ladridos proyectados hacia arriba en las haciendas vecinas porque los sonidos por la noche tienen una nitidez y un alcance que me hacen voltear la cara de asombro, un misterio más añadiéndose a tantos, el de la Santísima Trinidad, el de las siete diferencias entre los dibujos iguales de la revista o la claridad de los planetas extinguidos, nunca olvidé al profesor que me contó de esas piedras a la deriva y ahí están ellas en el patio palideciendo la tierra donde sepultamos a los animales, planetas muertos que iluminan a gatos muertos con su halo antiguo, si cayese en la tontería de entrar en mi habitación tú un gato muerto en la cama

(¿por qué me casé contigo?)

y en lo tocante al alcance de los sonidos si prestase atención me llegaría la tos de mi hermana en Estremoz y la vería en la ventana como yo pero en lugar de malvas una travesía, una esquina, me contaron que soltera, que grasa en el corazón, una foto mía en el cajón dentro de un sobre para que no se ajase y a pesar de la foto y de haber autobuses a Évora no me busca, no escribe, supe que hace años, al inicio de mi época en la policía, antes de que los comunistas pusiesen al mundo al revés, un necio le rondaba la casa, un viudo que vivía dos calles más arriba y charlitas, sonrisas, una horquilla para el pelo con unas flores a la española y mi hermana que no entendía nada de adornos ridícula con horquilla, le mandamos una citación al hombre, lo llamamos a la sensatez suspendiéndole la jubilación

(si alguien magulló al viejo por error no fui yo)

y él confesó su pecado y la dejó, mi hermana desde la puerta con pestillo esperando un carraspeo, pasos y nadie, el viudo se arregló los dientes con un mecánico dental amigo que se los atornilló a las encías y mi hermana acabó encerrándose de nuevo, desilusionada, incluso a no sé cuántos kilómetros podía oír sus silencios porque no se enfadaba contra la maldad de la existencia, en mi opinión la hicieron de la materia prometida a la recompensa eterna de los santos y no obstante

(ahí tenemos un misterio más, decididamente no me comprendo)

la evito y me quedo quemándome de soledad frente a los campos, la claridad de los planetas extinguidos me blanquea los gestos, si el profesor no lo hubiese explicado me asustaría

—¿He muerto?

yo que llevo demasiados años en la superficie del mundo y sea como fuere no molesto mucho, ocupo pocos metros, casi no me muevo siquiera, Lisboa una vez por mes al anochecer para que no me reconozcan los enemigos de la Iglesia y del Estado que el médico me impidió recriminar

—Es mejor no insistir por hoy

y se venguen de mí, Lisboa no debido a una mujer sino a lo que queda de la hija de la mujer y se reduce a un manzano, una muñeca y una especie de orfandad en las cosas, no sé decir esto de otra forma pero espero que incluso los no emotivos a cuyo grupo pertenezco comprendan, por tanto el manzano, la muñeca y esa orfandad en las cosas cuya compañía prefiero a la de los vivientes mentirosos y voraces, excluyo a mi hermana que se ocupaba de mí, me daba de comer, me vestía, una tarde una especie de beso no en la cara, afortunadamente, hizo ademán de acercar su boca a mi cabeza y me empujó de inmediato

—Desaparece

recuerdo mejor sus manos apartándome que la sensiblería del beso y le agradecí más tarde al liberarla del viudo, un campesino de esos que duermen con el ganado, sería capaz de apostar que del tipo de mi padre, muriéndose de la laringe

(la hija de la que me espera en Lisboa es de su marido, no mía) exigiendo agua o lo que el de la cama vecina interpretaba como agua

—Dele agua

y se equivocaba porque el agua se le escurría por el mentón y el cuello, si lo hubiese detenido no habría durado ni una hora en Peniche

(no tengo hijos y detestaría tener hijos)

el jefe censurándome con respeto, daba la impresión de que me tenía miedo
— No hay forma de que usted aprenda

y qué descabellado escribir esto con la paz de los campos fuera, es obvio que no tengo hijos, no merece la pena mencionar la cuestión, la que duerme allí dentro, al contrario, se enternece

(y no pongo el verbo en presente porque hace siglos que se resignó)

con la idea de embarazos, niños, llegó a traer una cuna y a colocarla en la habitación mirándome con esperanza, una parte de mí se echó a reír sin que yo me percatase o mejor me percaté cuando el cuerpo se le empequeñeció y docenas de codos protegiendo la nariz

—No me pegues

paso de informar que a la mañana siguiente la cuna bajo la claridad cada vez más indecisa de los planetas extinguidos

(no la llamaría claridad, un pabilo que crece y se apaga, cómo podemos existir sin una luz amiga que se ocupe de nosotros en la oscuridad final)

la cuna desmoronándose arabesco a arabesco, sin esmalte, sin colchón, balanceaba un poquito en invierno con la lluvia o ni en invierno con la lluvia, era la que duerme ahí dentro

(o hace que duerme, me es indiferente)

sacudiéndola a escondidas, me molestaba verla a los cincuenta y seis años, casi cincuenta y siete, caminando a través de las malvas rumbo a hierros retorcidos y restos de tul, encontrarme junto a facciones que aún me esperan, aún me desean,

suponen que un día de estos un engorro creciéndoles en el vientre, primero miembros y vagidos y luego ideas fijas, proyectos, los conocía a centenares en la policía donde entraban en medio de dos

(era lo que me faltaba, un hijo)

agentes con sus ideas fijas y sus proyectos

(¿la luna igualmente un planeta extinguido?) que comenzaban a perder, a gatas en el suelo (¿las lámparas del techo planetas extinguidos?) antes de que el médico

—Es mejor no insistir por hoy

la que duerme ahí dentro creyendo que no la veía en el jardín mientras los perros a su encuentro como si un cuerpo abierto los agitase, una vez por mes

(ni siquiera una vez por mes, que la soledad de los árboles de la China me desanima)

llego a Lisboa, aguanto un rato allí evitando a la muñeca y me vuelvo antes de que los planetas del barrio se acaben y no obstante el manzano me persigue, no exactamente el manzano, el recuerdo de la mujer cortando la hierba a su alrededor, todo el tiempo que pasé en el cementerio cortó la hierba a su alrededor, los parientes se despidieron desde el felpudo y nosotros en el tendedero a la espera de que la hija entrase en casa

—Buenas noches o no

—Buenas noches

viéndome y corriendo hacia la habitación, si fuese capaz de contarle a mi hermana en Estremoz

—Ocurrió esto

me rozaría la cabeza con la boca y me empujaría — Desaparece

bajita, canosa, fuerte, conoció a mi madre y no hablaba de ella, si presentía una pregunta me daba enseguida la espalda

—No te respondo a nada

(¿qué hora será en este momento?)

ocupada en limpiar lo que ya estaba limpio, ahora que somos viejos no me importaría en lugar de este despacho un cuartucho en Estremoz siempre que el timbre de los ruidos me asegure

—Estás vivo

yo que tanto miedo tengo a que me cojan y me entierren hablando de la Resurrección a las lombrices, ser un animal muerto entre los animales muertos que sepulté en el patio, por ahí iba yo con el sacho arrastrándolos por la cola

(¿me arrastrarán por la cola?)

gatos, perros, periquitos, primero pesados, después duros y leves, después pesados de nuevo, la tortuga a la que hasta hoy no comprendo, debido a su vocación mineral, si de hecho está difunta, quién me asegura que no intenta regresar con sus uñas negras, se desplazaba por la casa con cautelas de anticuario y tal vez prosiga su marcha obstinada en medio de cimientos, almas atormentadas y sumideros mientras

la muñeca me reprende desde la cómoda en Lisboa no se entiende por qué, tal vez por un hombre con blusa y falda que pide y se calla, un compañero nuestro trabajando contra nosotros

(¿alguien tiene bien la hora, por favor, que mi reloj se ha parado?, me lo llevo a la oreja y el leve latido estancado)

—No

o respecto del cual convencí al que me acompañó de que se dedicaba (tan pretencioso ese verbo, que se dedicaba, fíjese)

a trabajar contra nosotros, aproveché una imprenta que conservamos para entrenar a los agentes, unos mapas y una lista de nombres

(se paró el reloj, si me ayudasen, no importa quién, cualquier persona sirve, a parar igualmente)

y entonces comenzó él con la lengua pegada al cristal resbalando en el espejo y dejando un rastro de grasa de dedos y de niebla de vaho y la hija suspendida en el umbral con los libros del colegio donde se relataba el misterio de los planetas extinguidos

(¿tendré que insistir toda la vida que ni un hijo para muestra?) el que me acompañó interrumpiéndose

—La pequeña

mientras que la grasa de los dedos seguía bajando, el compañero se amontonó en el suelo y los libros de la hija resbalaron también, además de la hija la chimenea de la fábrica de curtidos y un cimborrio de iglesia

(cimborrio es una exageración)

yo en la acera de la juguetería sin atreverme a entrar, si mi hermana estuviese conmigo resolvería el asunto en un santiamén — Esa muñeca de ahí, no la trigueña, la rubia

y la dependienta cambiando la trigueña por la rubia, acomodándole el vestido y cerrando la caja como cerraron la caja de mi madre haciendo girar los tornillos y magullándole la cara, tuve que pedir

—No la magullen

antes de que la baquelita comenzase a crujir y la hija encontrase unas matas de pelo y cuentas de rosario dispersas, la dependienta interrumpiendo el nudo del lazo

—¿Se siente mal, señor?

y cómo podría no sentirme mal al entregarme a mi madre en una caja de cartón
—Torne

atada con una cinta lila, mi padre atinando con el pañuelo y mirándolo asombrado, mi hermana

—Es su pañuelo, límpiese la nariz, suénese

y él sin entender las palabras revirando los ojos ante nosotros, me acuerdo de montones de bicicletas apoyadas en un muro, de mi hermana barriendo la lápida los

sábados y del sonido del agua en los búcaros alterándose a medida que los llenaba, mi padre camino de casa tropezando con los pretilés, a menudo el pañuelo asomaba del bolsillo y él mostrándome el pañuelo

—¿Qué es esto?

nunca se refirió a mi madre, se dirigía a mi hermana con un nombre diferente, se alelaba ante mí

—¿Ustedes viven aquí?

salía por perdices y no se oía un tiro, se acuclillaba en una piedra e íbamos a buscálo por la noche mientras chicharreaban los insectos en los bojes, mi hermana

—Padre

y él despacioso, dócil, el muro del cementerio sin bicicleta alguna, la claridad amistosa de los planetas extinguidos ofreciéndonos acacias

(—Quédense con esto)

y los gansos salvajes

(¿gansos salvajes en la oscuridad?)

de regreso a la laguna, no gansos salvajes, lechuzas que se ocultaban en la sinagoga vieja, las descubríamos de día y un ojo creciendo en una grieta, rodeado de

pelos sobre la curva del pico, la cantidad de animales que se me han cruzado en la vida, señores, un perro gruñendo con el lomo erizado porque descubrió una serpiente y la perra atribulada por los tormentos del celo, la que duerme ahí dentro también esos tormentos tan despierta como yo ahora que el mundo

(un planeta extinguido)

parece inclinarse rumbo a la mañana, veo el surtidor de gasolina, el cobertizo y los carros de los gitanos camino del Polo, casi juraría que ella espiándome desde la cama, no como se espía a una persona, como se espía a un mastín, o sea como la perra en el garaje midiendo presencias, vienen a por mí, no vienen a por mí y el cuerpo del animal viejo aguardando, debía de existir un segundo garaje donde encerrar a mi mujer prohibiéndole los perros, qué te dirán en el hospital, cómo te mirarán, tal vez si magullaron a mi madre con la tapa del ataúd

(no quería ir tan lejos pero he ido, madre, si no soy justo discúlpeme) se lo haya merecido

(una hija peor que un hijo, suerte la mía por no tenerla, ¿cómo puede un padre bregar sin un látigo con los apetitos del celo?)

así como se lo merece mi mujer acercándose a mí, llegué a sospechar que la muñeca me perseguía también con su vestidito de lunares de modo que se la extendí a la hija de la que me espera en Lisboa y retrocedí hacia el vano de la ventana que el manzano casi alcanzaba con sus ramas y al contrario de lo que esperaba soltó el envoltorio en la mesa y volvió a la habitación, al dejar el envoltorio el mecanismo del habla un balido indeciso, tal vez el

—No

de mi compañero al empañar el espejo, un

—No

que acaso no entendí bien u otra palabra, no lo sé, el vaciarse de la garganta antes de la inmovilidad final

(¿circularemos como la tortuga en el interior de la tierra, con nuestras uñas negras, en busca de una ilusión del cielo?)

dispuestos para el cura, el latín y las bicicletas apoyadas en el muro de los que permanecen arriba, al salir del despacho el director a quien el

—No

lo intrigaba advirtió acerca de los ficheros — No te quitaré ojo, chaval

yo un pobre con unas barras de cuna pudriéndose en el jardín en medio de las peonías y de los tallos de los jacintos que no brotaban nunca, se me antoja que las barras oscilan porque hay un niño dentro, me inclino asustado, advierto en la que

duerme ahí dentro un asomo de esperanza, compruebo que está vacía (la que duerme ahí dentro comprueba que está vacía)

y los campos gracias a Dios tranquilos, en el espacio entre dos nubes uno de los planetas extinguidos, es decir, un fulgor que se apagará en breve trayéndome a los gitanos y cuando los fulgores se apaguen nosotros invisibles en una costra de ceniza, un milano intentando alzar vuelo en el aire enrarecido y se acabó el manzano, se acabó la muñeca, se acabaron los recuerdos que me cuestan y puede ser que en ese momento visite a mi hermana en Estremoz, la boca en mi frente sin empujarme

—Desaparece

puede ser que me alcen del suelo y me digan lo que espero oír y al mismo tiempo me asusta o no lo que espero oír, me basta con un susurro al oído

—Tú

para que mi vaho se deslice por todos los espejos casi sonriendo, contento, mi hermana acomodándose la manta — Tú

ella que daba la impresión de desconocer mi nombre, nadie pronunciaba mi nombre y tantos mecanismos del habla al mismo tiempo

—Tú

(creo que ya he dicho que se paró el reloj, una y pico de la mañana por el contorno de las copas)

así como me apetecía

(sigue apeteciéndome) decirle a la hija de la mujer — Tú

disculpándola por la cuerda del tendedero y la expresión que en lugar de afirmar como suelen los difuntos, tan autoritarios, tan seguros de sí, iba haciendo preguntas, las mismas que de unos años a esta parte no he parado de hacer, si lograse enmudecer en mis adentros y esta vocecita (de mi hermana, de mi madre, de la que duerme ahí dentro y no se calla nunca

—¿Por qué no te callas nunca?)

cesase, al dejar el envoltorio de la muñeca en la mesa un balido indeciso

(uno de los perros, el amarillo al que los grandes le impedían rondar el garaje, se asomó ante el alféizar dispuesto a lamerme la mano y yo casi agradecido, agradecido es una exageración, abandonándole la palma como se la abandonaría a la que duerme ahí dentro, hay momentos de debilidad en los que tiendo a perdonarme y consentimientos, memeces)

el envoltorio de la muñeca en la mesa un balido indeciso, la que me espera en Lisboa poco habituada a emociones

(yo poco habituado a emociones, ella una mujer y basta) vacilando de asombro y otra vez en el espejo un vaho rosado, un — No

y una falda blandiéndose en la alfombra, la hija venida de la habitación examinando el envoltorio

—¿Mi padre?

ni siquiera bonita, delgaducha y no obstante

y no obstante un cuerno, ahí estoy yo dejándome ir, no es el ojo de lechuza del director, es el mío el que te va a controlar, chaval, estábamos en la hija examinando el envoltorio

—¿Mi padre?

como si el envoltorio —No

él que solo un balido indeciso y la que me espera en Lisboa tocando la caja y apartando enseguida el brazo, yo con nostalgia de los gitanos, de los campos, del empleado del surtidor que me hacía señas de adiós, hasta

(imagínese)

de mi mujer al llegar del hospital, la llave en la cerradura, los pasos, si decidieses partir probablemente

(—No te quitaré ojo, chaval)

si decidieses partir no me importaría, maletas en el patio, el autobús y me quedo con el agobio de alimentar a los perros y ocuparme del celo de la perra, traigo a mi hermana de Estremoz

(tenemos una habitación al fondo)

preguntaba aquí y allá por una mujer bajita, fuerte, de pelo canoso, con grasa en el corazón y le pedía, yo que detesto pedir, que líe sus petates y se establezca conmigo junto a la tumba del padre, ella que se pirra por las lápidas y volviendo de esa forma al principio, una familia, yo pequeño, si por casualidad mi hermana acercándose a lo que queda de la cuna con sus hierros retorcidos

—No te quiero ahí fuera

porque es difícil que nos crucemos con una cuna sin la tentación de mecerla y además una cosa es mecer la cuna y otra cosa una hija

una cosa es mecer una cuna y otra cosa un hijo, quién se resiste, por ejemplo, a asentar un puntapié a una lata vacía, hubo latas que llevé a puntapiés una manzana completa siguiendo sus volteretas con satisfacción paternal y el miedo a perderlas en una zanja, en un agujero, yo tentado también de tocar el envoltorio de la muñeca, la

hija abrió la caja y la memoria de un grito en mi interior mientras los tornillos iban apretando, apretando

—Madre

porque huesos aplastados y mi madre sufriendo, quién me alza del suelo, quién apaga mis miedos

(una y dieciséis de la mañana, creo yo, una y diecisiete, una y dieciocho, qué injusticia la del tiempo)

el surtidor de gasolina desierto y la linterna encendida entre bojes, farolas de aldeas en el ángulo opuesto del universo que aún hoy supongo cuadrado, redondo de qué, qué manía, lo que yo agradecía era una palabrita de confianza, no exijo que de ternura, de estímulo

—Creemos que lo consigues

y creer en qué si aquello de lo que soy capaz es permitir que un perro, el más estúpido de todos, me vaya lamiendo la palma, los otros me amenazan, me gruñen sin que mi hermana

—Cuidado

(aun en Estremoz qué le costaba prevenir

—Cuidado)

intentan morderme los malvados, por lo menos una hija, por lo menos un hijo podría ayudarme alertando

Los perros, padrecito y correr con ellos, interesarse

—¿Se encuentra bien?

guiándose hasta casa, una hija

un hijo que comprendiese la grasa de los dedos y el vaho en el espejo

—Era su trabajo, señor

sabiendo que no era mi trabajo, qué trabajo, era el compañero — No

con un pendiente rasgándole la oreja (—Es mejor no insistir por hoy)

mientras le oprimía el pecho con el zapato para obligarlo a callarse y la que me espera en Lisboa sujetaba los brazos de la hija

(no mi hija, Dios me libró de tener hijas, una cuarenta y uno de la mañana)

y la volteaba en el portón del colegio mientras yo al médico — No insisto, quédese tranquilo

y no insisto hoy ni mañana ni pasado mañana, rellénele el certificado de

defunción y recomiéndele a la esposa que no abra el ataúd mientras la claridad de los planetas extinguidos se desvanece por fin y tan oscuro, yo no en Lisboa, solo en Évora, no en esa época, ahora, y bicicletas apoyadas en el muro, personas vestidas de domingo aguardando a que el cura acabase con sus latines, mi hermana depositándose en la sepultura

—Te quedas ahí, no te muevas

bajita, fuerte, de pelo canoso, acomodándose mejor — No te muevas

y no me muevo, hermana, prometo que no me muevo, tal vez camine como la tortuga de raíz en raíz con una esperanza de día y no habrá día, se acabaron los días, está la farola del surtidor de gasolina dilatando el silencio, insectos rompiendo los huevos, un crecer de tubérculos, están ustedes ahí arriba sin que yo logre oírlos y la grasa de mis dedos que va bajando, bajando, no ya por el cristal, por el suelo y por los cimientos de la casa, en cualquier filón de agua que el zahorí no encontró, hay unas tumbas a la deriva, unos chopos, yo en la mesa de la sala con un mecanismo suelto de metal o de plástico repiqueteando en mí, el sonido que al abrir la tapa de la caja mi hija

la hija de la que me espera en Lisboa abrió la tapa de la caja y después del gorgoteo un suspiro, esos desahogos de las criaturas inertes sean plantas, lagunas o baúles censurando, amonestando

—No te quitaré ojo, chaval

levantó la muñeca, no mi madre, no el padre de ella, no yo que no soy padre de nadie y detestaría serlo, la muñeca con los mechones de punta que iba balando, balando, la hija corriendo hacia la habitación y brotes de frutas que no llegarían a madurar, a crecer

(una cuarenta y cuatro, a las dos la farola del surtidor de gasolina apagada y yo incapaz de explicar el sitio donde acampan los gitanos y la leprosería en la que se erizaban frente a nosotros jinetas, comadrejas)

la hija sin

—Gracias

siquiera, si fuese yo mi hermana —¿Qué se dice, malcriado?

pero mi hermana lejos, no reprendiéndome y enseñándome a ser hombre, yo los perros

(nouento a la perra encerrada en el garaje)

y la que duerme ahí dentro de compañía, yo en la silla del escritorio que arrimé a la ventana observando este horizonte, el mismo desde hace años, de pitas y tinieblas, yo a quien nadie visita pensando en mis padres e intentando adivinar las bicicletas en

un muro, la que duerme ahí dentro un movimiento en la cama porque las tablas cambiaron de posición y se acomodaron de nuevo, me pareció oír mi nombre, agucé el oído y la habitación muda, si tuviese la certidumbre de que mi nombre atravesaba el pasillo teniendo cuidado de no tropezar con la columna del tiesto y me acostaba al lado de mi mujer con la pretensión de una lengua en la palma y el hocico no interesa de quién, da igual, no me importa, acercándose, oliéndome

(el calor de las personas y de los animales, su hedor, esa náusea) un cuerpo dilatándose hacia mí, pecho codos articulaciones, el vientre de cincuenta y seis años

(cincuenta y seis o cincuenta y siete, he perdido la cuenta, me he olvidado)

sin mencionar la grasa de los dedos y el aliento en mi cuello, si al menos se mostrase dispuesta a alzarme del suelo, qué pena la ausencia de mi hermana

—¿Qué se dice, malcriada?
pero mi hermana en Estremoz para siempre, los gitanos alcanzando el Polo y los perros sin oírme
(si me oyeron no obedecerían, obedecerían al vergajo y remisos, enfadados)
aquí y acullá en el jardín, el lomo de la que duerme ahí dentro en mi barriga y la cola erguida, a la espera de que le mordiese las orejas y la nuca, que mis patas se le deslizasen a lo largo de sus ijares, que mi ombligo intentando, fallando y un gemido o un suspiro del mecanismo del habla
—No
bajo el último halo, casi sin sustancia, de los planetas extinguidos.

3

No soy una persona interesante, no me han ocurrido cosas interesantes en la vida
salvo la conversación de la encina, era yo pequeña

(mi abuela

—¿No ves la encina?

y murmullos, bisbiseos, lo que es tan poco)

una encina, una vieja y un tío en Luxemburgo, he ahí lo que soy capaz de ofrecer
y se acabó, no sé hablar como hablan los demás en el libro, a la vez o todos al mismo
tiempo ya que hay momentos en que me parece que todos al mismo tiempo aunque
crean que a la vez, escribiendo sus desánimos, sus enojos y lo que siguen esperando

(porque siguen esperando aunque digan que no)

pero conozco mejor el ritmo de la noche que ellos, la forma en que los árboles
anuncian el viento, los campos en secreto — Una y veintiocho de la mañana tres y
dieciséis cuatro y siete esto sin luna ni la prisa de los animales y sin embargo una
mudanza en el cuerpo, la vocecita íntima —Tres y dieciséis cuatro y siete

no fuera de mí, por dentro como los perros a quienes un pálpito en lo que ocupa el
lugar del alma y no tengo idea de lo que es les advierte

—Presta atención, mira

y a propósito de perros mi marido llegó unos minutos después casi al trote,
callado, en el instante en que entre dos nubes percibí la habitación más profunda que
durante el día, más vasta y mi marido inclinándose hacia delante con la cola
horizontal y las encías a la vista (se le veía el diente de oro)

pensé

—No hay razón para tener miedo porque va a tardar siglos en llegar hasta mí

(después de que yo muera, ¿se olvidarán mis compañeras, principalmente
Elizabete y Lurdes, de quién fui o recordarán a la que trabajaba con las úlceras?)

y el diente de oro me trajo a la memoria el momento en que nos encontramos, si
le daba la risa lo ocultaba con la palma, le aseguraba

—Me hace gracia ese diente

mi marido pensando que me burlaba de él y yo en serio, me hacía gracia el diente
fines de semana con la esperanza de no ver un diente de oro mirando las pitas, se
pagó la carrera sirviendo en un restaurante, su padre falleció antes de que ella naciese
nos dijo

nunca se refería a él)

mi marido se jubiló de su trabajo que yo no sabía qué era, retiró la silla del
escritorio y la acercó al alféizar para observar los planetas extinguidos

(—Solo hay planetas extinguidos)

la boca se le fue cerrando y no volvió a cubrírsela con la palma, duerme en el diván con el abrigo encima, visitaba a un pariente en Lisboa, oigo

oigo su coche primero en el interior de mi sueño, después mitad en el interior de mi sueño y mitad en el jardín, solo comprendo que fuera de mi sueño cuando la puerta del garaje chirría, una de esas puertas metálicas que suben y bajan en medio de un vendaval de óxido, por las tablillas de la persiana que prometió reparar y no repara lo veo junto a los perros amenazándolos con el vergajo alrededor de las malvas, no enciende las luces, no se acuesta conmigo, se queda en el sofá con el diente de oro rodeado de docenas de dientes indiferente al ritmo de la noche y a la forma en que los árboles anuncian el viento, mi marido sobresaltado si una lechuza o el reloj averiado de un gallo y no por la lechuza o el reloj, por algo que no alcanzo a entender qué es, Elizabete un señor que la auxilia, Lurdes el electricista del hospital los sábados, yo aquí, vendrá otra enfermera a ocuparse de las úlceras y se olvidarán de quién fui, aquella que traía el almuerzo, lo calentaba en la despensa, no comía con nosotras, vivía en una casa fuera de la ciudad donde antaño había bosque y los olivos del doctor de Coimbra que dejaban secar, al principio tuvimos abejas que se llevó la helada y si pongo atención sigo oyéndolas, dicen palabras que a falta de personas los guijarros y las plantas repiten conmigo y mis órganos también, hace media docena de años

(no media docena, ocho o nueve, como si no estuviese segura de que nueve, nueve años y diez meses)

los ovarios —Acabamos

privándome de la idea de un hijo, llegué a comprar una cuna que aún se mueve ahí fuera sin necesidad de que la empujen, siento un rezongo de óxido o un espasmo de muelles

—Soy yo

escondí en el arca, debajo de la ropa antigua, un ajuar de niño y una medallita en un estuche, y alguna que otra vez, si mi marido está en Lisboa, aparto la ropa y la toco, en el reverso de la medalla un espacio para el nombre y la fecha

(Elizabete usa la suya)

mi madre asegura que mi tío me compró una en los joyeros de las ferias y no me acuerdo de la medalla, no me acuerdo de la infancia, me acuerdo de episodios dispersos tal vez inventados, de mi padre en un automóvil, de ver al diablo en la pared y mi madre

—¿Qué diablo?

del plato en que me daban de comer con una magnolia estampada, allí surgía ella por fin volviéndose más nítida cuchara a cuchara después de litros de sopa, apenas la magnolia entera, los pétalos, el tallo y una raja que en mi cabeza formaba parte de la flor

(sigue formando parte de la flor, no existen magnolias auténticas sin una fisura en el barro)

el plato se trasladaba al fregadero con platos sin magnolia, cacerolas, cubiertos y mi madre frotándome el mentón con fuerza

—Nunca he visto a nadie que se ensucie tanto

y soy yo quien se lo frota hoy día, no exactamente el mentón ya que lo perdió con el tiempo, esa parte de la cara abajo y a la izquierda de la nariz donde se mete el almuerzo y del cual nacen frases inconexas, me pregunto si mi padre, de estar vivo, diría frases inconexas también y con el mismo miedo a la muerte, qué significará la muerte para ellos

—¿Qué significa para ustedes la muerte?

y el ojito de mi madre alerta en todas las direcciones acechándola debería indignarme así como ella a propósito del diablo — ¿Qué muerte?

y la noche pausada ahora, dentro de un mes o dos, más temprano que de costumbre, brotes escarlatas en las pitas, una amenaza de lluvia por el lado de España que se inmovilizó, reflexionó un momento y renunció a caer, los perros que empezaban a agitarse pasando frente a mí junto al alféizar se aquietaron en la oscuridad, el más joven husmeando huevos de serpiente revolvía un arriate desdeñado por la jauría, mi marido, en opinión de él también desdeñado, evitaba los cafés de la ciudad y si nos llamaban a la puerta vigilaba la carretera, al empleado del gas, el correo

—Aún no es el momento de que me cite el tribunal

el diente de oro reaparecía un segundo, los restantes invisibles hasta el punto de parecer que no los tenía y el diente de oro enorme

(Lurdes una dentadura que al masticar castañeteaba y se le torcían las mejillas, se volvía de espaldas en un movimiento que deseaba natural y nos hacía fijarnos aún más, hacía despacio un intento con la mandíbula y viendo que la mandíbula en su sitio proseguía con las patatas)

sin la cola horizontal ni mostrando las encías, la impresión de querer contar algo que no contaba nunca, mencionó al principio a una hermana en Estremoz y arrepentido de su hermana la ahuyentó con un gesto sin darme tiempo a verla, me

pareció bajita, fuerte y de pelo canoso, pero no puedo asegurarla porque desapareció con un cubo y nadie salvo la hermana, nosotros solos en el Registro Civil con Elizabete y el señor que la ayudaba, un comerciante de Borba, de testigos, yo fascinada durante la ceremonia por el reloj de pulsera de él, afirmado las cinco con la ferocidad de un puñetazo, la convicción del reloj me intimidaba y retrocedía por dentro coincidiendo

—Las cinco aunque yo —Las cinco

la esfera desconfiada

—Repítelo y entendí entonces que las agujas de los segundos

—Socorro

con un bracear de pánico, aun hoy, si me preguntan la hora, mi tendencia inmediata es decir las cinco, pero casi las dos de la mañana, que se nota en las hojas, en los pájaros, no en los pájaros de la oscuridad, en los pájaros de día sin cabeza, sin plumas, si uno de ellos cayese los mastines estarían de fiesta, quedan sus garritas y unas cuantas plumas mojadas, las dos de la mañana y no obstante yo

—Las cinco

Elizabete conmovida con los zapatos de domingo y con el vestido de Lurdes que le quedaba holgado a la altura de los riñones, lo disimulé con alfileres y ella una pausa en los traqueteos de figura de procesión para evitar pincharse, dentro de quince años me habrá olvidado

—La que trataba las úlceras, la vieja, ¿cómo se llamaba ella?

pero ha de acordarse de los alfileres, que el dolor y la incomodidad persisten en la memoria, si me detengo un minuto ahí está mi padre en el automóvil lanzándome monedas, las señoritas de azul sin creerlo

—¿Tu hija?

no Elizabete y Lurdes, mejor vestidas, más ricas, con más zapatos que el par de la semana y el par de los domingos, siendo el par de la semana un par de los domingos con demasiados domingos o que se convirtió en el par de la semana porque el par de la semana con demasiadas semanas, la que trataba las úlceras, la vieja a quien los órganos uno a uno

—Acabamos

a la espera de que mi marido regrese a la habitación como los perros regresan erizados, tenaces, al portón del garaje bajo la claridad, afirmaba él, de los planetas extinguidos, la vieja atenta a la cuna descomponiéndose en el jardín con la ilusión de

un tintín de sonajero, la única ocasión en que me quedé embarazada mi marido no se enfadó conmigo, dejó la servilleta sobre el mantel e instantes después lo sentí en el escritorio observando los campos donde nada ocurre, ni los clarines del Condestable ni tambores de batalla y yo a la mesa sola pasmada frente a la silla vacía, el brazo de mi padre haciendo señas desde al automóvil, las mujeres de azul

(una de ellas con un abanico)

me miraban desde la ventana hasta la curva del sauce — ¿Tu hija?

la argolla de la servilleta dirigiéndose a mí, pobre, con el idioma de las cosas que solo más tarde aprendí, yo

—No entiendo

y la argolla renunciando a mí, mi marido tosió y contuvo luego la tos — Ni mi tos te doy

la casa un hospital por la noche lleno de ecos e insomnio en que los pacientes se espían con el egoísmo del miedo, mi padre no una seña, esos pañuelos de los barcos que no parten con ellos, se quedan agitándose para arriba y para abajo gritando más que las gaviotas que los devoran uno a uno así como devoran manchas de aceite, basura y entonces sí, nadie salvo pajitas y algas, yo una pajita, un alga, Lurdes se

ajustó la dentadura con el dedo, cerró la sala de la enfermería y el resto afortunadamente simple, aquí en la cama, casi a las dos de la mañana, digo simplísimo, o sea una sensación de frío, un vértigo y compresas en una palangana, una manchita oscura, yo más débil, yo menos débil, Lurdes

—¿Eres capaz de andar?

y yo capaz de andar, los bancos que se acercaban y chirriaban ahora quietos, normales, me faltaba no sé qué

(¿aquella manchita oscura?)

Lurdes cubrió la mancha con una toalla y no faltaba nada, yo completa, qué habría de faltar, explíquenme, el vértigo de regreso pero atenuado, distante y no me pertenecía, pertenecía a las paredes con órdenes de servicio enmarcadas y a los edificios de fuera, no a mí, Lurdes sujetándose el codo

—Ibas tropezando en el barreño

como si fuese yo la que tropezaba en el barreño y no una pierna no mía (mis piernas conmigo caminando como es debido)

que se escapaba hacia un lado, qué me importa la pierna que se esfumó cuando Lurdes

—Ibas tropezando en el barreño sin darse cuenta de que yo bien, un poco débil tal vez, músculos que tardaban

en responder o respondían con desgana una neblina en la vista, nada especial, cierto cambio en los colores, el negro rojizo y el verde grisáceo, Lurdes volvió a sujetarme por el codo en las escaleras sin que la necesitase, estoy bien, Elizabete empujaba una camilla y las ruedas de la camilla calándome los huesos, el cielo de Évora amarillo, sin nubes, me asusté, me fijé mejor y el cielo de Évora azul con una nubecilla en un rincón, las amigas también azules de mi padre de repente a mi lado tan bonitas, tan ricas, yo frotándome la nariz con el brazo y el brazo en la blusa

—¿Tu hija?

y en cuanto acabaron de preguntar

—¿Tu hija?

ellas en el automóvil

(una de ellas con un abanico)

y adiós, Lurdes se quedó mirándose en el patio y ajustando la dentadura con el meñique, preguntó

—¿Estás segura de que el

—¿Estás segura de que

con menos consonantes y signos de interrogación tardando en llegar debido al meñique en la boca mientras yo me preocupaba, consciente de mis pies

(extraños, enormes)

por no pisar los arriates retirándolos a tiempo, Lurdes subió las escaleras (nunca tuvo un abanico)

y volvió a entrar en el hospital, quise pedirle

—No me dejes ahora

no sé por qué ganas de tener a mi madre conmigo, no a mi madre de hoy día, o sea un agujero bajo la nariz hacia donde iba la cuchara del almuerzo, la que se impacientaba cuando mi abuela

—¿No ves la encina?

y mi madre

(no le molestaban las ramas) —Tan gagá

me sacudía el vestido, creo que besos no, besos la manera de sacudirme el vestido no con el cepillo, con las manos

—¿No sabes estar limpia?

tocaba el vestido, no me tocaba a mí

(¿habrá tocado a mi padre, ido en automóvil como la señora del abanico?) ganas de tener a mi madre conmigo, poder hablarle y tal y en lugar de — Madre pellizcándole la manga

—¿Ha ido en automóvil como la señora del abanico? en la próxima visita (no te olvides)

pregúntale, me crio sola, limpiaba casas como asistenta, se

demoraba en la entrada mirando las begonias con una cara (tuve una cara diferente antes de esta edad, estas arrugas) que yo no reconocía

—¿Qué le pasa?

y ella no enseguida, mucho tiempo después — Nada

o sea la verdad, realmente no tenía nada, llegué al parque del hospital y me tapé los oídos para no sentir los pañuelos en las despedidas del muelle, uno de ellos con sangre en el pico y aquellas uñas que duelen, se alineaban en el alero del restaurante para comernos, me retorcían antes de comerme y al comer la garganta cuello adentro, informé a mi marido

—Me comí el embarazo, soy un pañuelo, puedes volver a la habitación

y los hombros de él inmóviles, no hay gaviotas en Évora, hay cernícalos, abubillas, saltamontes fijados al muro frotándose sus manos de tendero, el fallecimiento de mi abuela debe de haber entrustecido a la encina, un año pagando el furgón y las flores, el dueño de la agencia se encerró con mi madre y aceptó un descuento, dejó olor a cigarrillo y una botella abierta y mi madre sacudiéndome el vestido con más fuerza

—¿No sabes estar limpia?

me pregunto cuál de nosotras sacudía, ella o yo, así como me pregunto si en el interior del ataúd vemos las encinas, la nuestra además enferma encorvándose, con las raíces levantando el patio, en el extremo de una de ellas una ramita que crece, tal vez una extremidad de mi abuela creciendo igualmente, ya casi no andaba salvo para anunciar

—Va a llover

porque sus rodillas hinchadas, cuando joven del tamaño de mi madre, erguida, sin prestar atención a la lluvia, probablemente sacudiéndole el vestido, existe una foto de mi madre en esa época, si el nombre no estuviese escrito debajo juraría que hay otra persona en el marco y además qué haría yo en su época de niña, en qué lugar me hallaba, la cuna en el jardín un chirrido de herrumbre

(dos menos diez, conozco mejor que los demás el ritmo de la noche, ora este tentáculo, ora aquel apoyándose en los guijarros y tirando del cuerpo rumbo a la mañana, una de mis raíces en la superficie, floreciendo)

y con el chirrido de la herrumbre la esperanza de que mis ovarios, no digo todos los meses, digo alguna que otra vez, sigan funcionando y por tanto reparar la cuna y esperar a mi marido en el umbral en silencio, la cola horizontal, las encías a la vista y el hocico mordiéndome, Elizabete cruzó el pasillo con la camilla sujetando la bolsita con suero y no era yo la enferma, era un chico de ojos ressecos en la almohada, año más año menos yo con los ojos ressecos en la almohada que ya los noto en el espejo, los perros no me buscan como antes, fingen que no me ven, me evitan, solían saltar a mi alrededor sollozando de amistad al llegar con las escudillas menos la hembra siempre malhumorada apartándose

(¿con celos de mí?)

faltan gaviotas en Évora, están los gansos de la laguna graznando en el otoño bajo los primeros fríos, con un año pagando el entierro de mi abuela no hay nostalgia que resista, deberíamos haberla enterrado junto a la encina, de balde, para que se viesen la una a la otra y entonces sí lloraríamos, el dueño de la agencia una segunda visita y ningún descuento, un ángel de falso mármol para adornar el túmulo y realmente allí estaba él en el cementerio con las alas recogidas

(alas abiertas más caro)

consultando un libro en que Descanse en Paz

en dorado como si alguien descansase en paz siendo deglutido por escarabajos, lombrices, una saña de bichos cuyos nombres no sabemos, sin ojos porque habitan la oscuridad y engordan a nuestra costa destrozando las tablas del ataúd, qué habrán hecho de las compresas y la manchita oscura, mi marido en el despacho bajo los planetas extinguidos que empurpuraban las malvas, hay ocasiones en que se me antoja que un grito y ninguna mano, señores, que me proteja y me calme, me acuerdo de una vieja que visitaba a su hermana en la enfermería y de sus dedos buscándose, apretándose, y las viejas mirándonos con la súplica de los carneros antes del rejón en la nuca, el sombrerito de la que visitaba con una pluma rota, una cinta en el cuello disimulando las arrugas, un brochecito

—Este es tuyo

y la hermana una sonrisa forzada, más dedos y todo esto sin lágrimas, los párpados rojos de los viejos, es lógico, pero ninguna lágrima, la del sombrerito se marchaba con el pulgar en el cierre del bolso evitando que se abriese, daban lecciones de piano

(también tocaban el clavecín pero no hay clavecines hoy día)

el padre de ellas coronel, un novio en algún rincón del pasado con pantalones blancos y raqueta de tenis, a menudo el piano unas notitas equivocadas, guardaban el periódico con la noticia del accidente ferroviario que llamó al novio

(¿de cuál de las dos?) a la diestra

(qué más les daba ahora)

de Dios lleno de misericordia que infinitamente nos ama, la cubertería despojada de cubiertos cuya plata se ha gastado y con un metal por debajo que no valía nada, mencionar la sopera hindú

(mencionar siempre la sopera hindú)

el sombrerito de la interna con su pluma intacta en el perchero con volutas, aquí tenemos los dedos finitos ajados por el uso que se juntan, se enlazan y un olorcito a manzanilla, se veía la pluma rota oscilar por la acera, si mi madre estuviese conmigo me sacudiría de inmediato el vestido pese a que ya soy mayor

—¿No sabes estar limpia? y el

—¿No sabes estar limpia?

sin energía alguna, debilidades de la edad que me hacían perder la paciencia

—Aguántese, señora

merecía que un pañuelo la cargase por el pico hasta el alero del restaurante y la devorase después junto con pajitas y aceite, a este paso cualquier día

(—¿No ves la encina?)

una sentimental, una débil —Sujétese

o sea sujetése así como yo me sujeto, piensa que no me cuesta a veces y el hueco por debajo de la nariz abriéndose y cerrándose asombrado, no he de ser yo quien le coja los dedos, puede estar segura, el comprimido rapidito que no tengo toda la vida para esto, la luna casi redonda en el intervalo de la persiana

(—No me equivoqué, las dos menos diez por la forma en que los árboles anuncian el viento)

y uno de los perros, supongo que el grande, ladrando, el surtidor de gasolina con la farola apagada cuyos cristales reflejaban sombras, por la mañana temprano los cuervos se alzaban todos a la vez del heno relucientes de barniz graznando boberías, vi una cabra asentar la mitad delantera con movimientos de metro articulado, juntar lo que le faltaba y quedarse de perfil con su perilla de filatelia, Elizabete refiriéndose a mí

—Cómo se llamaba la mujercita, qué cosa

(las dos menos diez en el despertador, confirmado)

qué es de mi plato de la magnolia con la raja que corresponde a la flor, no me acuerdo de haberlo roto ni de haberlo regalado, probablemente la del sombrerito con la pluma rota desolada porque ningún dedo sujetase los suyos, el jugador de tenis la saludó con la raqueta, quiso saludar de nuevo y la enfermera

(no Elizabete ni Lurdes, la que un día me sustituirá) — Un poquito de calma
la claridad de los planetas extinguidos se expandió en el jardín ampliando un horizonte de principio del mundo en el que se cernía el espíritu del Señor sobre las aguas, mi marido un paso, dos pasos en busca de compañía camino de esta habitación esperando que lo animase a continuar

(¿quién me anima a continuar a mí?)

—No te irá mal, te lo prometo

quiero que mi madre me sacuda el vestido impacientándose de ternura (inventemos que ternura)

—¿No sabes estar limpia?

la maleta de mi tío en el sótano que mientras yo dure ha de durar conmigo, puedo perfectamente llamar tío a una maleta, mi marido no pasos, no en el pasillo por ahora

(ha de llegar al pasillo, es una cuestión de tiempo) en el despacho porque el picaporte difícil de girar (un saltito que se niega y accede de mala gana — Ahí va)

el plato de la magnolia tal vez en la despensa entre tarros y mermeladas y mi marido de pie porque su respiración se ha alterado, el pisapapeles descolocado en el escritorio y por el pisapapeles comprendí que indeciso, con la esperanza de que un nuevo planeta extinguido iluminase el patio y dándose cuenta de que los planetas acaban como acabaron el cobertizo, el surtidor de gasolina, los campos, si el espíritu del Señor se cerniese aquí abajo ni una planta de muestra, ganas de que mi madre esté conmigo, la encina sin musgo, mi abuela señalando las rodillas con el bastón

—El reumatismo no miente

(las dos dentro de un minuto y una perdiz desvelada denunciándose a los perros que se restregaban en la verja alborotando un arbusto)

mis rodillas por ahora sin entender la lluvia pero si duro muchos años seguro que los huesos se dilatarán, aprenderé a comunicarme con las encinas y daré noticias

de la tierra pero a qué personas si estaré sola con un sombrerito con la pluma rota y aunque mi marido esté vivo ni un alma que me escuche, las cosas a mi alrededor fingiéndose muertas y yo sintiendo entre naufragios de muebles un piano que nadie abrió, mi marido, ahora sí, en el pasillo

(al comienzo del pasillo)

dispuesto a caminar hacia mí sin el diente de oro a la vista, en la época en que dormíamos juntos por momentos su expresión desprevenida, infantil, uno de los brazos sobre la cabeza, el otro yo qué sé dónde con la esperanza de una ola que lo juntase al cuerpo y yo enterneciéndome, apoyándolo, enseñándole todos los nombres del mundo, debo de haber heredado de mi padre

(¿de quién si no?)

esta compasión por los débiles

(salvo que me equivoque poco más o menos prácticamente las dos)

supe por una conversación entre mi madre y mi abuela, creyéndome en la calle y yo quietecita espiándolas, que vivía en la granja donde la carretera de Lisboa hace

aquella curva cerrada, probablemente eran sus perros que respondían a los nuestros, probablemente su tractor que me sobresaltaba por la tarde en cuanto los ruidos se extendían y la bronquitis de los sapos con los codos alejados en el mostrador de sí mismos va anulando los desagües, la casa de la granja con una terraza alrededor, el automóvil en la parte de atrás pero sin señoritas de azul

(escribí verde y lo corregí poniendo azul y, no sé por qué, me salió, ha de haber una parte de la cabeza deseosa de traicionarnos)

el automóvil en la parte de atrás pero sin señoritas de azul, los perros esos que se mosqueaban con los míos investigando matojos, un caballero con pantalones blancos y raqueta de tenis, ningún caballero, no te emociones, cálmate, el administrador con chaleco, es decir, un individuo con aspecto de administrador, con chaleco, apoyado en una segadora

(mi marido un nuevo paso)

un establo

(¿camino de qué?)

en el que a juzgar por el olor nada salvo pájaros en las vigas

(no gaviotas y por tanto no pañuelos, no uñas, no te devoran, tranquilízate)

un abandono de años en la casa y en la granja, la chimenea sin cubierta, las ventanas de la planta baja ocultas por el heno (¿estaré durmiendo?)

solo el tiesto del pilar de la derecha, el pilar de la izquierda en dos trozos caídos, malvas como las nuestras, pitas como las nuestras, gracias a Dios no una cuna llamándonos por la noche con los sonajeros, los tules y un viejo en un sillón a la

espera no sé de qué, qué esperan los viejos, qué pensarán del mundo mientras las vísceras aún sin las desgracias de la edad, una espiral de desagüe o un nervio imposible de nombrar que despierta y desiste, el viejo una órbita saliente sin detenerse en mí, deteniéndose en el establo desierto y en las colleras devastadas, pájaros entretenidos con semillas secas, los cuervos los veré de madrugada

(faltan tres horas y media)

en la muralla de la ciudad donde antaño por lo que me decían (por lo que mi abuela me decía pero tal vez desvaríos de la cabeza, no voy a llamarlas tonterías)

pavos reales, una estatua de cerámica

(¿una de las siete musas, una de las once mil vírgenes, una de las virtudes teologales?)

con el seno despierto en una actitud de ofrenda y arriesgado adivinar cuál por faltarle los brazos, la sospecha de que en la casa desvanecidos mohosos, ecos enormes de pasos, una de las señoritas de verde

(una de las señoritas de azul, la del abanico)

—¿Tu hija?

pensándolo mejor no sé si

—¿Tu hija? o

—¿Su hija?

he escrito siempre

—¿Tu hija?

y me molesta la posibilidad de haberme equivocado, yo descalza junto al automóvil y detrás de mi madre el porche, la encina y el cielo que huye siempre, quien lo haya espantado que lo diga, nunca vi la encina, bien que lo intentaba y ni un sonido (qué sonido habría, ayúdenme)

no tome a mal mi estupidez, abuela, yo junto al automóvil no intrigada, curiosa

— Tu padre

y al final mi padre aquello, nada especial, un hombre con las cejas de los hombres que apetece siempre alisar, una de las manos en el bolsillo buscando monedas y comprobando su valor sin sacarlas fuera, se comprendía que comprobando su valor porque la boca torcida, la de mi madre igual al sacar del armario vasos que no podía ver, mi padre

(prefiero no llamarlo padre de la misma forma que un hijo mío no llamaría padre a mi marido, mil años que viva no le perdonó la cuna deteriorándose en el jardín)

mi padre consciente de las monedas sustituyéndolas por otras, un tufo a medicamentos y a cosas sin vida, las cejas al final no de hombre, ausentes, todo se ausenta de nosotros con el paso de la edad, facciones, deseos, ideas y domingos en el parque, quedan la sorpresa y el miedo, una pregunta aterrada

—¿Qué ha sido?

y en el caso de que respondamos vuelven la cara, no escuchan, un pliegue que no existía creciendo en la mejilla, un pliegue o una vena si es que poseen venas que supliquen

—No lo digas

(mi marido caminando hacia aquí con el hocico estirado, por miedo a que le prohíba entrar de la misma forma que los perros no entran en la cocina, se quedan en la puerta tiritando, mi marido en el pasillo y yo que cincuenta y seis años, casi cincuenta y siete, pesan, le doy la espalda fingiendo dormir)

pero retomando el asunto íbamos por la casa abandonada y el viejo mirándome, se me antojó que el primer planeta extinguido, la primera piedra muerta surgiendo a pesar del sol sobre un bosque de álamos mientras que el maíz se iba marchitando en los tallos, cuando le daba el viento un chascar de alambre, la impresión de que un triciclo y felizmente

(¿por qué he escrito felizmente?) no un triciclo, el rastrillo, el viejo

(mi marido inclinado sobre la cama inseguro de si yo dormía, los soplidos de él cosquillas)

—sustituyendo monedas sin una señora de azul o de verde (¿qué me importa eso?)

que lo ayudase, las señoras tan viejas hoy día como las hermanas en el hospital, deditos delgados que buscaban deditos, mi marido seguro de que yo dormía se marchaba de la habitación ahogando la tos con la manga, el viejo escondido en una colcha o en una manta intentando repetir

—¿Qué ha sido?

qué bien los veo en la enfermería y no llegan ni a una sílaba, el administrador cambió la segadora por el molino de riego y después del molino de riego lo perdí en un declive, es decir, la gorra por instantes y después ninguna gorra, él en una cueva en silencio, interrogué a la manta

—¿Usted es mi padre?

el tejado necesitado de arreglo y las ventanas de la planta baja invadidas por el heno, el jugador de tenis alzó la raqueta preparando un saque, no soy una persona interesante, no me ocurren cosas interesantes, no sé hablar como los demás pero conozco mejor que ellos el ritmo de la noche y la forma en que los árboles anuncian el

viento, sé que mi marido en el despacho observando los campos, sé que un viejo en un sillón

—¿Qué ha sido?

sé que dentro de poco los cuervos abandonarán la muralla, una gaviota en otra parte con mi sangre en el pico y no vale la pena que a Lurdes la atemorice un vértigo

—¿Estás segura de que

porque me cogerán los brazos de la estatua de cerámica, que no existen.

Esto porque en otoño nadie consigue dormir, nos vamos poniendo amarillos del color del mundo que empieza en septiembre bajo el mundo rojo, el silencio deja de afirmar, escucha, se demora en los objetos insignificantes, no en arcas y armarios, en bibelots, cofrecitos, no somos nosotros quienes lo oímos, es él quien nos oye a nosotros, se esconde en nuestra mano que se cierra, en un pliegue de tela, en los cajones donde nada cabe salvo alfileres, botones, pensamos

—Voy a sacar al silencio de ahí

y al abrir los cajones el otoño en lugar del silencio y el amarillo tiñéndonos, las ventanas sueltas de la fachada van a caerse y no se caen, se deslizan un centímetro o dos y aguantan, en la calle los gestos distraídos de la noche se transforman en un fragmento de muralla o en la enferma que falleció hoy en el hospital abrazada a su hermana con un sombrerito con la pluma rota en la cabeza, se estremecieron al unísono, la cama o una garganta un sonido cualquiera

(¿cómo describirlo?)

y la que yacía acostada se murió, el sonido en mi cama y en mi garganta ahora, me pregunto si moriré también y continúo, si encendiera la luz volvería a ser yo, me encontraría

—Estoy aquí

y mis días por orden, listos para usar, almidonados, cuál de ellos elegiré para gastar mañana y la sorpresa de tantos días todavía, la enferma se quedó en medio del suyo que siguió solo, mirando hacia atrás desilusionado porque no lo seguían, la de la pluma rota se desprendió de su hermana sin mirar a nadie, sentí el mundo que comienza bajo la forma de una corriente de aire

que anuncia la lluvia, no la de agosto, limpia, lluvias grises, sucias, el aire sucio, si alguno de nosotros hablase, palabras sucias, desconecté el oxígeno y la llave de la botella un chasquido sucio, en el caso de que me llamasen

—Lurdes

tendría que ocultar el nombre antes de mostrarlo alrededor, frotarlo sin que se diesen cuenta con un paño cualquiera, un nombre que me intriga desde que lo conozco, intento cambiar su forma y se resiste, compacto, duro

—Lurdes

veo a mis padres de modo diferente como si mis padres Lurdes, no yo, de niña me quedaba pensando en él quieta, equilibrándome en el pie derecho primero y en el izquierdo después para calcular el peso de las letras, no del cuerpo, en mí, la pluma rota se marchó sin saludar, zapatos menudos triturando las piedras deprisa y pisando mi nombre y yo desembarazada de mí, libre, no me llamo Lurdes, me llamo Yo, mis padres retrocedieron hacia zonas vacías del pasado con el

Lurdes

ellos bautizando como Lurdes todo, utensilios, vecinos, atibórrense con mi nombre y déjenme, en la zona del pasado que el nombre ocupaba mi madre a mi padre

—No descansarás hasta no acabar conmigo

con un peinado antiguo, un collar que recuerdo haber visto con las perlas sueltas del hilo en un cartucho, una persona de luto mojando bizcochos en el té

(¿quién sería?)

el pasado amarillo del color del mundo que empieza, la persona de luto — No te preocunes por tus padres, ven aquí

el gallinero sin gallinas, solo la red desgarrada, piedra caliza y un señor de rodillas echando semillas en la tierra

(vine de más lejos de lo que imaginaba)

el señor de las semillas pronunciaba mi nombre alzando una azada y por tanto girar la cabeza y evitarlo, episodios que la memoria mostraba y escondía, imposible componer mi vida con espacios huecos separados por acontecimientos de repente vivos, la difunta a la que ayudé a vestir y hojas pegadas a las ramas en el mundo acabado, la pluma rota desenvolvió el ganchillo de la hermana colocándose las gafas de ella, no las suyas, para acabar el tapete

(nadie consigue dormir)

mientras el silencio se inclina para oírnos, la una de la mañana, las dos, qué importa, mi compañera fuera de la ciudad cerca del surtidor de gasolina donde el empleado siempre con el mismo periódico, en cuanto un automóvil en la carretera el mentón de su marido crecía, el temor de ella

(si sonase el timbre de la enfermería se quedaría sentada, la lámpara de una de las habitaciones encendiéndose y apagándose, eterna)

—Ustedes van a olvidarme

y quedarse en un mundo antiguo sin relación con el nuestro donde los carros de los gitanos entre dos granjas rumbo al Polo, mi madre vino detrás del tiempo en el que yo creía que viviría para siempre

—No descansaréis hasta no acabar conmigo

su anillo en mi dedo, el collar, cuál es el motivo de que robemos a los muertos y los dejemos sin dinero, sin nada, me impedía tocar las copas con una pequeña orla dorada

—Son de cristal y se rompen

surgía de una rinconera remota con objetos de plata abollados, caracolas, estampas

—No descansaréis hasta no acabar conmigo

mañana el electricista del hospital aquí en casa y por tanto guardar la escoba y el cubo, me toca a mí defender las copas en el armario cerrado

—Son de cristal y se rompen

presentes en la oscuridad con su brillo de agua picuda, la impresión de un secreto en las fotos del álbum que les permite existir, moverse, mi padre que me llama con sus misterios de tímido señalando al electricista

—¿Este quién es?

y se me apoya en el hombro y no me deja en paz, la calle, la farola, el fragmento de la muralla, Lurdes, el marido de mi compañera con quien nunca hablé

—No te duermas, Lurdes

y tranquila que no me duermo, estoy aquí, me quedo aquí, en compensación las monjas del colegio me obligaban a levantarme para la misa, iba dejando huellas de sueño por el pasillo y de repente en un arco de piedras aquellos ángeles horribles, las manos del cura al alzar la custodia me apretaban, va a levantar la sotana donde escondió el cuchillo y me degüella, el charco de mi sueño aumentaba en las losas y yo un cuerpo flotando inerte, enfadado con Dios o si no pesadísimo porque Dios este malestar, este frío, gladiolos en el claustro donde acechaba una gata, hígados y orejas y cabezas de cera en el altar de los milagros, mi compañera señalando una manchita marrón

—¿Era esto?

esto en la cuna del jardín clamando a gritos con una boca gigantesca sin dientes, alrededor de la boca una corona de brazos y piernas en movimientos de muelle mientras la persona de luto sumergía bizcochos en el té, el mundo que empieza en septiembre poblándose de gente, por ejemplo el profesor con el cigarrillo que escribía las tablas en la pizarra, lo veíamos cenar en la pensión vertiendo gotas en un vaso, las contábamos desde fuera en voz alta, Ester, Florete, Dulce con aparato en los dientes, mucho mayor que nosotras, que emigró con sus tíos, el profesor revolvía la medicina con un palillo, no enfadado, pidiendo

—No me hagan de menos hace años

(¿siete, tres, nueve?)

una carta de Dulce, me quité el aparato hace siglos y me quedé viuda, ¿sabías?, esto en Alemania, creo yo, un país de gigantes como ella, Dulce angustiada por ser tan grande pasándome un papelito en el aula

—Eres mi amiga, no me mientas, ¿tú crees que soy normal? le llegábamos al cuello

—¿No hace frío ahí arriba?

y Dulce agachándose y cogiendo una piedra, no tenía valor para tirarla, se marchaba llorando, al final de la carta

Hace mucho frío aquí arriba

esto en Alemania o en Holanda, no conozco las diferencias pero a juzgar por el sobre un país con sellos

Hace mucho frío aquí arriba

llevé la carta en el bolso hasta que un día, no tengo idea de cómo, la perdí, volqué todo en la mesa, llaves gafas oscuras monederos pañuelo pastillas para la garganta

—¿Dulce?

el mundo que empieza en septiembre debajo del anterior poblándose de gente, el farmacéutico con revólver porque el dueño del café no sé qué y él no sé qué también, pasaban uno junto al otro rojos, desviando la vista, mi padre le aconsejaba al farmacéutico

—No haga caso

con temor a tiros, prisiones y el *jeep* de la Guardia citando testigos, mi hermano en la silla de ruedas

—Lurdiñas

yo probaba su silla cuando lo sentaban en el banco bajo la ducha, para lavarlo, y las piernas delgadísimas, fingía que mis piernas esmirriadas como las suyas y cuando empujaba las ruedas tropezaba con las cosas, envidia de no tener piernas así, de que me dejasen al sol por la tarde

—Te hace bien el calor

y yo obediente rascándome

(—Los que se rascan son los sarnosos, chica)

cayó de un andamio con un primo, si me interesaba — ¿Y el primo?

lo que oía eran martillos clavando otras respuestas, no la de mi hermano, las abejas del abogado danzaban en las colmenas, la persona de luto mojaba bizcochos en el té con una mueca severa, mi compañera

—Vosotras me olvidaréis

apartando a los perros de la perra en celo, mi padre el domingo en la pérgola golpeando triunfos desde lo alto

(¿aya lo he visto sin la gorra?)

y me pregunto si ya lo he visto sin la gorra, nunca lo abracé, nunca le di confianza, la una de la mañana porque en otoño nadie consigue dormir salvo mi hermano envejeciendo en la silla y alzando el mentón desde el pecho

—Lurdiñas

los gigantes cruzaban Alemania en dos pasos, enciende la radio, Lurdes, ve al tendedero y tranquilízate, una persiana que se golpea desprendida del riel, cada gota del profesor una pequeña espiral morada en el vaso que se ovillaba, desaparecía, tengo cuarenta y cuatro años y qué significan cuarenta y cuatro años, díganme, qué relación entre cuarenta y cuatro y yo, entre Lurdes y yo, entre mi cuerpo y yo, casas, olores, silencio y yo en el centro, mi padre vino y se fue sin que mi compañera tropezando en el barreño reparase en él, si lo sacaban de la silla mi hermano un extraño, al enfermar era con la silla al lado de la cama con quien yo hablaba y las rodillas esmirriadas no ocupaban espacio en la sábana, hablaba con la silla, el rasgón en el pijama, todo aquello que no decía

—Lurdiñas

y mi hermano mirando el techo callado, lo busqué con la esperanza de entender lo que sentía y el techo solo techo conmigo, solo la tulipa rosada de la lámpara y el

escarabajo de julio, fijo, que el paso de las horas iba transformando en un objeto, tal vez este deshollinador en la cómoda y este baulito labrado eran escarabajos antes, entraron por la ventana y se fueron demorando en la piedra caliza, si enciendo la luz los encuentro a mi espera, serviciales

—Úsanos

no te duermas como se durmió tu hermano sin dejar de mirar el techo, cuando se lo llevaron el techo con la tulipa y el escarabajo seguían allí, meses después miraba hacia arriba y ellos allí, me olvidé de vigilar el techo durante una semana o dos y al buscarlo, nadie, volvió con este mundo amarillo poblado de criaturas y los gansos en círculo eligiendo el viento, evaluando con sus cuellos altos, midiendo, solo en la granja del padre de mi compañera el heno insistía en crecer, hubo otro hermano pero ese antes de mí, solo en el álbum, vestido de Carnaval sorprendiéndose, quedaba un automóvil pintado de rojo con uno de los ejes torcido por el óxido, mi madre me quitó el automóvil, lo acomodó en el cajón

—Deja al cochecito tranquilo

y el claxon de uno de los gansos graznó, objetos de plata abollados, caracolas, estampas, he ahí lo que heredé de mis padres, la casa donde no entro para no enfrentarme con la ausencia de ellos censurándome

—Al menos podrías visitarnos

o sea visitar ecos, sombras, la silla de ruedas en la habitación del fondo, más pequeña de lo que me imaginaba, burlándose de mi hermano y de mí, de lo que sufrió por él, por qué tanta crueldad en las criaturas inertes, esa manía que tiene el pasado de

humillarnos, los recordamos con ternura y nos desprecian, en casa de mis padres nada que me encare de frente, todo sesgado, escarnecedor

—No queremos saber nada de ti, vete

camas sin colchón en las que no imaginamos que hubo personas un día, yo antes de puntillas para alcanzar el frutero con las uvas de cerámica cuyo borde siempre conocí mellado y hoy las frutas insignificantes, modestas, lo que fui sin importancia, lo que pasó sin interés, qué ridículo, Lurdiñas, mi compañera

—Vosotras me olvidaréis

y yo ya olvidada, señores, si me ven una mueca de interrogación — ¿Lurdiñas?
si no me encuentran en la vida de ellas, no existo, el electricista atormentándome la nuca, el médico para quien yo transparente

—¿Lurdiñas?

el electricista que aún la semana pasada conmigo, también interrogándose, no éramos tantas en el hospital, Dios santo, durante mucho tiempo yo la única enfermera en los partos, en caso de que se olviden de mí olviden a mis padres, a mi hermano, a la persona de luto mojando bizcochos en el té, si no existo en el recuerdo de ustedes nunca existí, ayúdenme, acuérdense al menos del gallinero sin gallinas y del asadero que era una escalera acostada, dentro de tres horas rombos pálidos

avanzando por la tarima, si no viviese aquí nadie notaría los rombos, cuarenta y cuatro años y detesto mi cara que ha cambiado, no me pertenece, no soy yo, esta nariz por ejemplo no de carne, de imitación, se sujetaba por detrás con un elástico, fíjense, y si me apeteciese me la quitaría, no ha de sorprender que el médico con demasiadas estilográficas en la bata

—¿Lurdiñas?

la alianza, que se volvía enorme al cogerme del brazo, mientras llenaba una ficha

—¿Su nombre?

(ya está ahí la tabarra de los nombres)

ni se la veía, sin las estilográficas y la bata se le iba la autoridad, cerraba la puerta del despacho y se quedaba un buen rato comprobando el silencio, dejaba el estetoscopio en el escritorio y los tubos de goma, vivos, tenían retortijones de tripas, el grifo del lavabo se descuidó y una gota se quedó desaprobándome en el borde del desagüe, no descansarás hasta que no acabes conmigo, la silla de ruedas testimoniaba martirios por los que nadie se interesaba, desaparecemos y lo que nos perteneció dispuesto a servir a los otros con una simpatía distraída, debería irse con nosotros, no quedarse por allí, en casa de mis padres la ropa se emperraba en el armario provocándome, brillo en los codos, costras en una solapa

(¿de huevo, de salsa?)

calderilla sin valor en el bolsillo, aun en la época en que valían no valían nada, una concha que no comprendía porque mi memoria sin playas y en esto arena, olas, mi madre vestida y mi padre con corbata, tan provincianos, tan serios, con una cacerola de comida, intimidados por las personas desnudas y yo avergonzada de ellos, siempre me avergoncé de ellos, del audífono de mi padre, de mi madre disculpándose

—Perdón

(en otoño nadie consigue dormir)

viajaban de pie en el autobús agarrados con todas sus fuerzas a la barra y al soltar la barra el lugar de las palmas mojado, lo que queda de mis padres es una costra de huevo o de salsa en una casa que hasta los ecos ha perdido, no teníamos patio, teníamos las máquinas que construían el restaurante nuevo sacudiendo las paredes y después de las cuatro las herramientas solitarias, el guardia comiendo con la boca en las rodillas no se entendía qué porque solamente máquinas, la certidumbre de que el guardia masticaría toda la noche espiándome, mi compañera despierta como yo y en el jardín de ella malvas, pitas, la perra en celo que no ató en el garaje andaba con la barriga abierta de arriate en arriate enredándose con las piedras mordiéndolas, mordió al médico y al electricista y escapó de ellos, esperó más adelante y escapó de nuevo, yo cuarenta y cuatro años y la articulación del hombro de cuya existencia no tenía idea comenzando a dolerme, las escaleras del hospital cada vez más largas, un peso en las caderas negándose a subirlas y atención a la urea, la persona de luto mojaba bizcochos en el té en lugar de campanadas

(cada sílaba una hora) definitivas, solemnes — La urea, niña
si de nuevo una playa con mis padres entraba en el agua sin quitarme ni la cadena del cuello y me ahogaba, palabra de honor, me ahogaba, dentro de poco cincuenta años y las escaleras infinitas, tener que parar a mitad de camino a la espera del regreso de los pulmones fingiendo que me falta no sé qué en el bolso, quien apoyase su oreja en mi pecho notaría una biela exhausta fallando, las piezas al fin encajaban, qué suerte, vacilaban un poco y reanudaban el giro, pasado tanto tiempo el corazón obediente, fiel, no cuento con las hormonas pero cuento contigo, gracias, gracias a Dios Lurdes heredó el corazón de su abuelo, un caballo que a los ochenta y tres años se ponía pinzas de la ropa en los pantalones para no mancharse de aceite y daba su paseo en bicicleta los domingos, a los ochenta y nueve caminaba sin bastón, a los noventa y dos comía por cinco, a los noventa y cuatro, pobre, comenzó a ponerse duro de oído y a confundirse con la familia, le aclaraba a gritos

—No soy mi madre, soy Lurdes y mi abuelo asintiendo

(era un hombre delicado)

—Ya he visto

ponderando el asunto y alegrándose de corregirlo — Mi mollera a veces ponderando mejor, concluyendo que la equivocada era yo y por tanto cogiéndome el mentón

—¿Emilita?

ya no mi madre, mi abuela, a los noventa y seis años se calló, se fue quedando atrás y su corazón por delante de él, intacto, atravesando los días recto como un cohete, mi abuelo aquí y el corazón sin paciencia de esperar ganándole semanas y meses, superando las Navidades, los inviernos, habría subido las escaleras del hospital de un salto mientras que mi abuelo ponderando

¿Emilita?

no un llamamiento, una pregunta, debe de habersele encendido dentro una bombilla pequeña

—Menos mal que has llegado, Emilita

y una frase sobre peces de la que me perdí la mitad, la boca se interrumpió antes del final del discurso y se quedó abierta pensando, mi compañera

—¿Noventa y cuatro años?

con la esperanza de que la existencia de mi abuelo prolongase la suya, elegí cada mueble de esta casa y no obstante entro llena de cumplidos con un pudor de visita, intento no molestar al diván, dejo las cortinas en paz y por lo menos la casa no puede quejarse de que acabo con ella, en la pared mi retrato hecho por un hombre gordo en una plaza de Lisboa, me cambiaba la posición de la cabeza con deditos leves, extendía el carbón con el pulgar y lo limpiaba con un trapo, una asamblea de japoneses me comparaba con el dibujo viajando entre el papel y yo, los zapatos del hombre gordo gastados, el traje gastado, un lazo de artista en el lugar de la corbata, mejillas que se balanceaban colgadas de las orejas, me rechazó el dinero con un gesto

de palomo y cuando terminó de revolotear su mano se me pegó al brazo negra de carbón, de lápiz, de lo que parecía betún, las facciones tan gastadas como los zapatos y el traje y yo lo habría aceptado si hubiera tenido cuarenta y cuatro años en esa época, se habría hecho cargo de mí, me habría ayudado, y viviría no aquí, en casa de mis padres con él

(objetos de plata abollados, caracolas, estampas)

le prestaría el albornoz que quedó allí en un clavo, abriría el arca en la que mi madre ponía las sábanas y al abrir el arca se oiría la silla de ruedas de un lado para el otro y el movimiento adormilado de la cortina con cada corriente de aire, veintidós años en este agujero, Dios mío, cómo pude, quién sería la persona de luto que mojaba bizcochos en el té, las copas con su brillo de agua picuda y el orgullo de mi madre mostrándolas

—Son de cristal extranjero
convencida de que el mundo

(Alemania con Dulce dentro, incluso)

giraba en torno a aquel tesoro ridículo, en otoño nadie consigue dormir y no obstante bajé un instante al interior de mí misma, casi encontré el recuerdo de lo que fui y regresé a la superficie, el hombre del dibujo desapareció en la terraza entre dos autobuses llevándose consigo un tobillo que se negaba, por qué motivo solo algunas fracciones del cuerpo forman parte de nosotros y las restantes carecen de toda utilidad, molestando, pesando, a los cuarenta y cuatro años aumentan, celulitis, manchas, demasiada piel en el cuello, otra voz en nuestra voz que nos completa las frases y tiembla, me cuesta menos aceptarla hoy día, madre, pídame opiniones que no me encojo de hombros, respondo, no me paso el tiempo comprobando la hora con disimulo, no recurro a disculpas

—Entro a trabajar a las ocho, señora

me quedo escuchándola casi con atención, no le deseo la muerte, dure a sus anchas unos meses más, torpona y disminuyendo de tamaño, no pienso

—¿Y si te callases tú?

le arreglo la sala, le hago la cama, si mi hermano

—Lurdiñas

llamando desde ningún lugar hago que no oigo, usted colgándose de la blusa

— ¿Has oído?

y no es a usted a quien persigue, no se preocupe, señora, fíjese en que ni existe el techo, la tulipa de la lámpara, el escarabajo y listo, se va apagando, tranquila, fíjese en que mi padre ya se apagó en mí, quedó la gorra en el paragüero y no me fijo en la gorra, si él en este momento con nosotras

—¿No saludas a tu padre?

ni lo notaría, no me cogería del brazo al caminar a mi lado, no me riñó nunca

— ¿Sabía quién era yo, padre?

y él viéndome y vacilando, el padre de mi compañera unas monedas al menos y no me enfado con usted, no me exalto, no era solo conmigo, no hablaba, tal vez en casa hace siglos, en las tardes de gripe, lo encontraba mirándome con el labio hacia delante como estudiando el triunfo al jugar con sus amigos, acercaba el termómetro de la ventana sin distinguir el mercurio, yo con gafas ahora con el termómetro de los enfermos con los mismos gestos que mi padre, las cosas que heredamos, señores, y yo irritada por heredarlas, me visitaba en el colegio de las monjas con la turbación del respeto, nos metían en una sala con crucifijos y purgatorios hasta que se cumpliese la hora, había un cuadro de santa encaramada en una nube y un roble en el patio que se

iba hinchando, hinchando, cinco años de un sueño perpetuo entre la geografía y yo y entre la historia y yo ocultándome afluentes y batallas, no te duermas, Lurdes, en este mundo amarillo, háblame de tu vida, del electricista, del médico, dentro de poco será mañana y el hospital de nuevo, los lugares ocupados de los pacientes que fallecieron ayer, miradas que se espían de reojo y el traqueteo del montacargas en los cables, tuve a mi padre en el hospital en la sala de mi compañera, no en la mía, y sin gorra ni dentadura postiza un extranjero para mí, trabajó de mecánico en las locomotoras paradas de las líneas secundarias con juncos y cardos, algo en el esófago, creo yo, una hernia, un tumor, primero hernia, después tumor, después ni hernia ni tumor, el estómago y los ojos en el techo aunque no

—Lurdiñas

silencio, cuando no jugaba a las cartas en la pérgola se quedaba domingos enteros junto a la mesa del comedor sumando los cuadros del mantel y esto del hospital no en otoño, en invierno, una palidez en las hayas y una llovizna lenta, si me acercaba a la almohada la esperanza de que una pinza o unas tenazas le quitasen el dolor, se lo mostrasesen

—Ahí tiene su dolor

y a pesar de aliviado estremeciéndose de madrugada debido a los cuervos que subían desde la muralla para rodear los campos y se volvían amarillos en el otoño amarillo que va tiñendo mi habitación, cuervos y me apetece repetir cuervos, cuervos, los gansos que él no veía de regreso a África, si Dulce quisiese se daría un paseíto desde su país con sellos hasta aquí, antes del médico y del electricista otra persona, no el señor que ayudaba a Elizabete, no el dueño del café, mi padre cuyas vísceras se le escapaban al médico al final no el estómago, apenas llegaban a un órgano la enfermedad ya se había ido, se limitaban a descubrirle las huellas y señales de haber descansado antes de continuar huyendo, la espantaron de los riñones y le hicieron una emboscada en el páncreas, la rodearon con trampas de radio

(otro hombre, no me pregunten quién)

grafías, análisis e inyecciones que emitían pequeñas señales de luz, era mi madre quién observaba ahora los cuadros del mantel señalando la silla de ruedas, el coche de juguete, la gorra en el paraguero señalándome

—No descansarán hasta no acabar conmigo

mi madre que acabó sola sin necesitarnos de modo que a los cuarenta y cuatro años qué queda, explíquenmelo, no me afecta que no se acuerden de mí porque me marcho, no se preocupen, es una cuestión de tiempo, a un lugar sin malvas ni pitas, el mar, me quedo en la arena observando la bajamar lejos de esta muralla que se va estrechando y me opreme, de estas travesías y de estos callejones que me evitan, no hay nada que no me abandone hoy día, el médico hace siglos que dejó de llamarme, el electricista no me visitó este sábado, mi compañera

—¿Por qué?

pensando en ella y en su cuna inútil o en extraños que vinieron a preguntarle por su marido no en la enfermería, en la dirección del hospital acompañados de fotos que iban mostrando uno a uno

—¿Sabe quién es?

ampliaciones que desenfocaban los rasgos, sombras que se sucedían demasiado deprisa para que pudiera reconocerlas, entre las fotografías una mujer junto a un manzano y una chica con trenzas en el portón de un colegio, uno de los extraños deteniéndose en la mujer

—¿Y esta?

golpeando el vestido con el índice, ojalá ninguno de los gansos grite y el montacargas con la cena de los enfermos no oscile en los cables agitando aluminios, más allá del portón un edificio de fábrica justo pegado al muro, la chica con trenzas sustituida por un individuo disfrazado de mujer con un pendiente que le rasgaba la oreja en una mesa de autopsias, el índice sin creer en ella

—Tampoco lo sabe, ¿no?

la fotografía del marido con el mismo individuo esta vez vestido de hombre y en la que está uno de los extraños también, los gansos no gritan en otoño, un sollozo de perdices a lo sumo y nunca imaginé que sollozasen tan alto, no machos, hembras removiendo arbustos, hay siempre unos pocos gansos demasiado jóvenes e incapaces de partir zambulléndose entre los juncos de la laguna desplumándose al frío, si nos acercamos intentan un paso en el barro o no se mueven, aceptan, los perros los arrastran por el pescuezo hacia las matas del espinar y ni un ala protesta, queda un surco en las hierbas, el hombre disfrazado de mujer un ganso, la chica con trenzas un ganso, me acuerdo de las ranas ensordecíendonas

(nunca pensé que las ranas)

un ganso intacto con el pico abierto en el margen (¿el marido de mi compañera?)

le pregunté bajito

—¿Sabe quién es?

le pregunté

—¿Y esta?

la fotografía de una muñeca en un trozo de cuerda girando, no la chica, una muñeca con un mecanismo suelto en la barriga, de metal o de plástico, emitiendo unas vocales confusas, no imaginaba que las ranas en septiembre nos impidiesen

hablar, el marido se encerraba en el despacho hacia el surtidor de gasolina, los campos, la fotografía de una casa en Lisboa con un par de árboles de la China y sus flores enormes

(no se distinguía de qué color en la película)

al lado del manzano, el marido que regresaba en medio de la noche (no voy a dormir)

sobresaltando a la perra

(¿mi compañera, yo?)

con el vientre abierto contra los neumáticos del garaje, cuarenta y cuatro años y estas ganas de pedir, humillarme, yo una oveja abandonada por los gitanos hasta que los perros me ladren, siete, ocho, diez perros con el hocico bajo exigiendo, aquellos que los cazadores de Portalegre o de Setúbal no dejaron entrar en los remolques de los coches y sobreviven con ratones, palomas enfermas, serpientes

(los vaivenes del montacargas me desmembran, es en mí donde él oscila, se eleva)

los perros de la granja del padre de mi compañera también, de otras granjas de alrededor hacia los cuales ella, ansiosa por la urgencia, iba volviendo el lomo distraída de las fotografías

—¿Sabe quién es?

mayor que yo y no obstante aguardando, me pregunta cuál de ellos le apoyaría las patas en los hombros, retrocedería un momento, volvería a apoyarse, el que hacía las preguntas, el que mostraba las fotos, el que tomaba notas en un ángulo de la mesa, la persona de luto que mojaba bizcochos en el té

—No te preocupes por tus padres, ven aquí

un movimiento del tronco hacia delante y no manos enteras, dedos casi cosquillas, casi agradables y en esto casi dolor

—Lurdiñas

un pie sobre mi pie apretándome, una especie de cantilena — Ven aquí, ven aquí

mi pasado amarillo del color del mundo que empieza en septiembre debajo del anterior y en el cual el silencio deja de afirmar, escucha, no somos nosotros quienes lo oímos, no nos pide

—Ven aquí o

—¿Sabe quién es?

o

—¿Es este?

él oyéndonos a nosotros, se esconde en un pliegue de ropa o en los cajones

donde no cabe nada salvo alfileres, botones, pensamos — Voy a sacar al silencio de allí

y al abrir el cajón en lugar del silencio el amarillo tiñéndonos, las hojas no pertenecen a las ramas

(¿cuántas horas entre este momento, este preciso momento, este segundo en que escribo y el que creo que es mañana y tal vez mañana nunca, se acabaron las mañanas, las he gastado, dejaron de existir así como la mirada de mi hermano se detuvo en el techo, quedaron la tulipa, el escarabajo y la silla de ruedas, cuántas horas entre este momento y la mañana verdadera?)

las hojas no pertenecen a las ramas, las pegaron y eso es todo, las ventanas alrededor de las fachadas pensamos que se van a caer y no se caen, se deslizan uno o dos centímetros, desisten, aguantan, desde esta ventana la oscuridad, los grandes gestos de la noche que se transforman en un fragmento de muralla o en la enferina que falleció hoy en el hospital abrazada a la hermana con un sombrerito con la pluma rota en la cabeza

(—Ven aquí, Lurdiñas, ven aquí
cuarenta y cuatro años y yo tan vieja, Lurdiñas)

la garganta de una de ellas un sonido pero solo murió la que estaba acostada como yo en esta habitación

(¿me voy a morir?)

el sonido de mi cama y de mi garganta, este sonido, me pregunto si me voy a morir y continúo, si encendiese la luz volvería a ser yo

(¿volvería a ser yo?)

y mis días por orden listos para usar, almidonados, cuál de ellos elegiré para gastar mañana, la sorpresa de tantos días todavía, la enferma se quedó a mitad del suyo que siguió solo mirando hacia atrás decepcionado porque no lo quisiesen, la hermana sin mirar a nadie y allí estaba el mundo que empieza en una corriente de aire anunciando la lluvia, no la lluvia de agosto, limpia, lluvia gris, sucia, el aire sucio, ojalá no grite ninguno de los gansos, que el montacargas con la cena de los enfermos no oscile en los cables blandiendo aluminios, la persona de luto me ofrecía bombones

—¿No te apetece, Lurdiñas? no Lurdiñas

—¿No te apetece, Lurdes?

un nombre que me intriga desde que me conozco, lo repito sin entenderlo, intento cambiarle la forma y se resiste, compacto, duro

—¿No te apetece, Lurdes?

veo a mis padres de manera diferente como si mis padres Lurdes, no yo (—No te preocupes por tus padres, ven aquí)

y me quedaba pensando en mi nombre equilibrándome en el tobillo derecho primero y en el izquierdo después sintiendo el peso de las letras, no el del cuerpo, en las piernas, la pluma rota se marchó con los zapatos pequeños triturando las piedras deprisa y aplastando mi nombre, desembarazada de mí y yo libre, no me llamo Lurdes, me llamo Yo, mis padres retrocedieron insignificantes

(—¿No te he dicho que no te preocupes por tus padres?)

hacia las regiones vacías del pasado bautizando como Lurdes todo, utensilios, vecinos, atiborrarse con el nombre, mi madre a mi padre

—No descansarás hasta que no acabes conmigo
y no las copas o un coche de juguete al que le faltaba un neumático, el graznar de
los cuervos o sea extraños acompañados de fotografías
(la cara me rozaba el pecho, la barriga, iba a decir los muslos y me equivoqué, en
un punto unas veces impreciso y otras veces preciso que se abría despacio, latía)
o sea una mujer junto a un manzano y una chica con trenzas en el portón del
colegio, un individuo disfrazado de mujer con un pendiente que le rasgaba la oreja en
una mesa de autopsias
(detesto contar esto, mi mano odia lo que escribe)
en una mesa de autopsias, el marido de mi compañera con el mismo individuo
vestido de hombre y uno de los extraños también, sombras
(—No te preocupes por tus padres, ven aquí
y una sombra en mi ombligo, en la barriga, iba a decir en los muslos y me
equivoqué, en un punto unas veces impreciso y otras preciso que se abría despacio,
latía)
fotografías amontonándose, creciendo, y el índice insistiendo — ¿Es esta?
juré que no lo diría, prometí que no lo diría
—No lo digo
—Puede quedarse tranquilo que no lo digo
—Que me quede lisiada si lo digo
pero voy a decirlo y listo, el índice insistiendo
(voy a decirlo)
—¿esta?
(mi compañera que me perdone si en esta yo estoy demasiado joven e incapaz de
partir desplumándome de frío, su marido acercándose a mí
—No te preocupes por los tuyos)
mientras yo intentaba un paso sin salir del lodo, sin moverme, aceptando (yo sin
moverme aceptando)
me acuerdo de las ranas ensordecíéndonos
(nunca pensé que las ranas)
bultos de ahogados sin ahogado alguno, tallos a la deriva y un ganso con el pico
abierto en la margen afirmando
—No lo digo
mirando las copas en el armario que le gustaban a la madre de ella.